



T. N. HAWKE

LA OMEGA DEL

Alfa

NOVELA LIGERA OMEGAVERSO

LA OMEGA DEL ALFA

UNA NOVELA OMEGAVERSO DE

T. N. HAWKE

@del libro T. N. Hawke (Marta Guinart)

Todos los derechos reservados

@de la portada T. N. Hawke (Marta Guinart).

Todos los derechos reservados.

Publicado exclusivamente a través de Amazon.

Por favor, no piratees, descargues o leas *online* las obras de los demás en plataformas ilegales. Vivir del arte en general suele ser muy difícil, y más aún en los tiempos que corren. Además, hoy en día hay libros legales gratuitos en muchas plataformas y servicios de suscripciones asequibles. Gracias.

ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[SINOPSIS](#)

[GLOSARIO DE TÉRMINOS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

SINOPSIS

Ella es una omega que sufrió acoso escolar durante la adolescencia... y que ahora está viviendo su sueño de ser una conocida artista independiente.

Él es un alfa que fue el chico más popular del instituto... y que ahora es un millonario jugador de la NBA de fama mundial.

Ella juró no volverle a ver **tras una terrible humillación**.

Él necesita verla de nuevo al precio que sea porque **su aroma omega no se le quita de la cabeza**.

Una fiesta de exalumnos.

Una reunión inesperada.

Una pasión que echó raíces durante su juventud y que ahora será incontenible.

Y un mundo en el que la fama se paga muy cara que les pondrá las cosas difíciles.

Una novela ambientada en un omegaverso (alfa/omega) corta e intensa que te calentará la sangre.

NOTA: Esta novela es perfecta tanto si eres principiante en el omegaverso como si has leído antes algo de este género.

Los humanos de este mundo tienen algo llamado subgénero (alfa/beta/omega) y ello se va explicando en el *worldbuilding* de la historia además de en el glosario que hay al inicio del libro y que contiene una breve explicación de cómo funcionan los subgéneros.

NOTA 2: Si te apetece leer una historia donde haya hombres lobo y que sea también omegaverso, tienes disponible ***La reina del alfa*** (T. N. Hawke) en el perfil de Amazon de la autora.

Ambas historias son independientes y autoconclusivas. No están ambientadas en el mismo mundo, aunque compartan un mismo tropo (con versiones diferentes del mismo).

¡Feliz lectura!

GLOSARIO DE TÉRMINOS

SOBRE ESTE OMEGAVERSO

¡Hola, lector!

En este libro encontramos algo llamado subgéneros, que son una característica biológica extra que las personas (en este caso seres humanos, no hombres lobo como en *La reina del alfa*) desarrollan o «despiertan» durante la adolescencia.

Hay tres y son los siguientes:

Los alfas: los líderes. Los considerados el subgénero dominante que todo el mundo quiere ser. Los más poderosos físicamente, ya que desarrollan musculatura con facilidad, y por ende tienen mayor fuerza que otros subgéneros; además, suelen ser mucho más altos y fornidos.

Tienen fama de posesivos y sobreprotectores, y sus feromonas reaccionan a las de los omega.

Asimismo, tienen un periodo de celo anual durante el que se vuelven hipersexuales, agresivos con cualquiera que no sea de su familia, o de su círculo más íntimo, y territoriales.

A nivel socioeconómico son la clase dominante, teniendo facilidades para obtener puestos de trabajo de liderazgo y también mayor acceso a recursos económicos (como por ejemplo préstamos bancarios) debido a los estereotipos asociados a su subgénero: emprendedores, líderes natos que no se rinden fácilmente, altamente inteligentes, trabajadores y capaces.

La mayoría de los políticos, empresarios multimillonarios (o billonarios) y demás estratos sociales de la élite son alfas.

Los alfas se presentan a lo largo de una semana, mostrando conductas territoriales y posesivas con las personas de su entorno durante los primeros días; y luego despertándose una mañana con una fiebre que les dura dos o tres días, dejándoles con aroma a alfa, sentidos agudizados, cuerpos más fuertes y saludables y una autoconfianza devastadora, una vez la calentura desaparece.

Los beta: el subgénero mayoritario que nadie quiere ser, pero que casi el setenta por ciento de la población es, en este caso.

Son los «mundanos». Los que no tienen sentidos especiales, como la empatía de los omega o la superfuerza de los alfa. Los de apariencia «anodina», según dicen los estereotipos.

Por mucho que se esfuercen y por mucho talento que tengan, la mayoría no llegan nunca a ser líderes de nada porque sus jefes los pasan por alto frente a los alfas.

Socialmente hablando, se presionan unos a otros para mantener esa mentalidad estereotípica y «tradicional» de que las cosas solo funcionan si los alfas son los que mandan, que es común especialmente en sectores más tradicionales y de mayor edad.

Muchos suelen tener problemas de autoestima, entre otras cosas, debido a esta presión social

continua para mantenerse dentro de la media y no destacar demasiado para no «robarle» el liderazgo de algo a un alfa.

Por lo general suelen ser tranquilos y racionales. Pero los estereotipos, como siempre, no se pueden generalizar pensando que son verdades absolutas que definen a todo un colectivo, ¿verdad?

Los betas simplemente se presentan sin más, despertando un día oliendo a beta sin ningún cambio físico o mental aparente.

Por último, llegamos al subgénero que me resulta más interesante por su, en ocasiones, paralelismo con ciertas ideologías misóginas o patriarcales: **los omega**.

Los omega son los hipersexualizados. Los considerados débiles, sumisos, dulces y tímidos; o al menos los omega que son definidos como «apropiados» por los medios de comunicación y por la sociedad.

La pareja «perfecta» de los dominantes alfas y aquellos con los que están destinados a reproducirse.

Los estereotipos asociados a ellos empiezan a presionarlos, como pasa con todos los subgéneros, cuando se presentan durante la adolescencia, despertando su primer celo de manera bastante súbita y sin previo aviso: un periodo de excitación sexual, incomodidad y sensibilidad emocional que dura varios días, durante el cual el omega añorará tener un alfa a su lado que «cuide de él».

Dado que, a diferencia de los otros dos subgéneros, se presentan de una manera implícitamente sexual, los omega han sido categorizados como siervos de los alfa durante toda la historia humana, llegando incluso a ser tratados como propiedades hasta hace cosa de un siglo, cuando las protestas masivas y las movilizaciones sociales les otorgaron el derecho a votar, a ser ciudadanos libres e independientes y a poseer propiedades sin necesidad del permiso de un alfa.

Y este, lector, es el interesante marco social y biológico en el que se desarrolla nuestra pequeña historia romántica.

¡Espero que la disfrutes!

PRÓLOGO



OLENA

Hace seis años.

Boston, Massachusetts.

—¡Ay!, es que es tan guapo que apenas puedo pensar cuando aparece por clase —suspira Janet—. Ojalá me presente como omega y me elija como su compañera. Espero no ser beta como mis padres. Es el subgénero más aburrido.

Intento ignorar al grupito de las chicas de Janet, pero sus voces me resultan cada vez más estridentes.

Hace mucho calor, pienso sacando una botella de agua de la mochila, mareada tras la clase de Educación Física.

—¿Te lo imaginas? —ríe la lameculos de Cissy, que está sentada sobre el pupitre de al lado, observando a Janet con adoración, y que jamás le lleva la contraria en nada—. El alfa más rico y guapo del instituto con la chica más bella y con más clase.

Janet hace un gesto falsamente tímido ante su grupito de idiotas, riendo tras una mano alzada de manera delicada. Sus uñas pintadas de rosa hacen juego con su brillo de labios.

Ojalá yo tuviera su belleza y su estilo, me lamento dando un suspiro mientras me acabo la botella entera de agua.

Pero la sed no se me pasa. Solo se incrementa.

Qué extraño.

El estómago me da un ramalazo de dolor y un extraño calor se extiende desde la parte baja de mi vientre hacia el resto de mis extremidades, haciéndome estremecer y poniéndome la piel de gallina.

Me aferro a la esquina de mi pupitre cuando me mareo intentando levantarme con intención de ir al baño, pensando que quizás algo que comí ayer me sentó mal.

—Serías perfecta aunque fueras una beta como yo, Janet —está diciendo otra de las amigas de la chica más popular—. Ser omega no lo es todo en la vida. Aunque seguro que serías la omega más bonita de todas si al final acabas siendo una. Hasta le harías sombra a esa actriz que está ahora tan de moda.

—No digas eso —oigo reír a Janet, pero de repente es como si las voces de ella y sus amigas estuvieran muy lejos—. Hay muchas más guapas que yo en el insti.

Sus amigas bufan y objetan su afirmación, pero yo apenas las oigo. No soy capaz de concentrarme, aunque por suerte el mareo se me pasa tan rápidamente como ha llegado.

—Oye, ¿estás bien?

Alzo la cabeza y veo que Umi, una de las amigas de Janet, me está mirando con preocupación. El resto de las chicas, al escucharla preguntar eso, siguen la dirección de su mirada y me observan con curiosidad.

—Sí —replico, pero tengo la boca reseca y mi voz suena rasposa a pesar de todo el agua que he bebido—. Solo estoy mareada...

Una nueva oleada de angustia me asalta y apenas tengo tiempo de inclinarme hacia un lado antes de vaciar todo el contenido de mi estómago.

Las otras chicas gritan. Unas con asco y otras preocupadas. Se oye el ruido que hacen las patas de las sillas al ser arrastradas cuando tres de ellas se levantan de los asientos que habían colocado alrededor del pupitre de Janet.

—Voy a buscar al profesor —anuncia Umi, saliendo a toda prisa del aula en dirección al concurrido pasillo.

Cuando dejo de vomitar, mi estómago y mi cabeza empiezan a sentirse mejor, pero el calor no desaparece y este se une a la vergüenza que siento cuando veo que hay gente apelotonada en la entrada del aula, mirándome y cuchicheando entre ellos.

—Abrid paso, ¡aquí llega el alfa más alfa de entre todos los alfas! —exclama de repente Víctor, un beta dicharachero y risueño, apartando a la gente de en medio para abrirle paso a su mejor amigo, cuya voz profunda y masculina puede oírse riéndose de las ocurrencias del beta por encima de las de todos los demás.

Oh, no, gimo mentalmente cuando veo la altísima y musculosa figura del jugador estrella del equipo de baloncesto y chico más popular del instituto, Jared Faust, entrar en el aula tras su amigo. Menudo día tan horrible. Por favor, que esto pase ya y quede solo en un mal recuerdo.

Pero el día iba a ir a peor. Y solo me doy cuenta de ello cuando un líquido espeso empieza

a humedecer mis braguitas y esa humedad pronto se convierte en algo pegajoso y demasiado abundante como para que no manche también la falda de mi uniforme.

Mi corazón late tan fuerte que parece que vaya a reventar en mi pecho, y no es ni de excitación ni a causa del vergonzoso enamoramiento que tengo con Jared desde que lo vi por primera vez hace ya dos años. No.

Es porque me estoy haciendo pis encima en medio de clase y enfrente del chico que me gusta y este trauma no lo voy a superar jamás.

Por favor que no se den cuenta, rezo en silencio con unas ganas tremendas de echarme a llorar. *Por favor. Por favor. Por favor...*

Víctor, que se para a un par de metros de donde estoy yo, mira con asco el vómito del suelo cubriéndose la nariz.

—¿Has vomitado, chica solitaria? —pregunta sin ningún tipo de consideración.

—Sí que lo ha hecho —interviene Diane, una chica de las del grupo de Janet, que se ha levantado de su pupitre para alejarse del charco. Por suerte este está mayoritariamente compuesto de agua, ya que apenas he comido hoy porque mi estómago estaba extraño—. Es asqueroso. Ya podría haber ido al baño o algo antes de echar la pota.

Me mira con cara de asco, y no solo es por el vómito. Sé que no le caigo bien. Suele burlarse de mí por mis gruesas gafas de pasta y porque siempre estoy en la biblioteca, junto a la ventana que mira hacia la pista de baloncesto y con algún libro de fantasía en la mano al que apenas presto atención cuando es Jared el que juega.

—Dejadme en paz —digo, pero suena débil y patético y solo hace que Diane y su mejor amiga se rían de mí con más ganas.

Hasta Janet, que suele ser cordial conmigo aunque no seamos amigas, tiene cara de tirria y se ha alejado de mí.

—¿Dónde está Umi? —inquieta la chica más popular del instituto, la que todo el mundo cree que será la omega de Jared algún día—. Ya debería haber llegado con el profesor.

—Voy a buscarla —replica Cissy, apartando a la gente cotilla de su camino para salir al pasillo.

Uno de los chicos que hay asomados en la puerta saca su móvil y empieza a grabarlo todo. Cuando lo veo, agacho la cabeza y trato de esconder mi cara con las manos alzadas, humillada y asustada de que suban el vídeo a alguna red social y esto se convierta en una pesadilla aún peor.

Tengo ganas de levantarme y echar a correr para huir de la clase, pero si lo hago se van a dar cuenta de que mi entrepierna ha manchado mi falda (y sigue haciéndolo a pesar de que aprieto las piernas todo lo fuertemente que soy capaz).

Voy a empezar a hiperventilar y a tener un ataque de pánico en breve. Ya noto que me duele el pecho y que mi respiración es más rápida.

—Dejadla en paz —ordena una voz autoritaria y grave.

Mi mirada ansiosa se desvía hacia Jared por encima de mis dedos, pero él solo me observa con una expresión extraña en el rostro, los ojos sin parpadear y las pupilas dilatadas, parado a unos tres metros de mí como si algo lo hubiera detenido de súbito al entrar en el aula.

Ni siquiera ha mirado a los demás cuando les ha dicho que paren.

El calor de antes se hace más fuerte y el vientre me arde tanto que un gemido involuntario sale de mis labios cuando percibo el aroma a alfa de Jared, que siempre me ha resultado muy atractivo desde que se presentó como el subgénero más fuerte hace unos siete meses.

—Oye, ¿qué es lo que te pasa, chica solitaria? —se extraña Víctor, que puede que sea sociable pero es menos perceptivo que un percebe—. Estás roja como un tomate. ¿Tienes fiebre o algo? ¡¿No irás a contagiarnos una gripe?!

Da varios pasos hacia atrás con cara de alarma y choca contra el pecho de su mejor amigo, que permanece todavía inmóvil con los ojos clavados en mí.

Algunos se echan a reír al oírlo y otros empiezan a llamarme «guarra» o «desvergonzada» cuando notan que miro al alfa sin poder evitarlo, y ello solo hace que mis ganas de morirme del bochorno, para no tener que recordar esto jamás, aumenten.

Mis ojos empiezan a llorar sin que yo les dé permiso para ello y respirar empieza a costarme demasiado.

Y entonces Jared emite un sonido de lo más aterrador. Una especie de gruñido bajo y grave que apenas se puede oír, pero que pone los pelos de punta y deja a todo el mundo temblando de terror cuando se cuela bajo nuestras pieles y resuena en nuestros huesos, convirtiendo nuestros cerebros en algo primario que no deja de gritarnos «depredador cabreado» en letras mayúsculas y con apremio.

—¿Ja... Jared? —tartamudea Víctor con voz aguda, meándose encima cuando pierde el control sobre su vejiga.

Y no es el único.

Aunque yo no me doy cuenta de nada porque todos mis sentidos están clavados en Jared. En lo fuerte que es. Lo bien que huele. Lo guapo que es.

Lo fértil que es, susurra mi cerebro.

Parpadeo sin comprender de dónde viene ese pensamiento, pero cuando trato de poner un poco de orden en mi mente solo gimo de nuevo sin pretenderlo, sintiendo una *necesidad* que no puedo poner en palabras pero que me hace sentir desesperada por tocar al alfa.

Mi vagina palpita de repente y el líquido se escurre por mis muslos manchando también la silla en la que estoy sentada por lo abundante que es.

—Joder —jadea alguien cuando recobra la capacidad de hablar tras el susto que Jared, todavía inmóvil y con la mirada fija en mí, ha dado a la clase entera—. Es una omega. ¡Una puta omega! Por eso Jared está así de extraño. La rarita se está presentando aquí mismo y lo está

poniendo cachondo a propósito con sus feromonas.

—¡Menuda guarra! —chilla una chica alfa a la que no conozco, mirándome con expresión horripilada—. ¿Podéis oler eso? Apesta a celo omega. ¡La muy cerda está cachonda por Jared!

—Mirad cómo le mira —bufa el chico que hay a su lado, un beta—. Hasta yo puedo oler que está emanando un huevo de feromonas de celo. Madre mía.

Se desata el caos en el aula. La gente grita, saca sus móviles para grabar vídeos o audios, echa a correr para llevar la noticia a otra parte, o se echa a reír y le dice a Jared que debería follarme ya que estoy evidentemente cachonda y pensando en su polla...

Y yo ya no puedo más.

Justo cuando Jared emite otro de esos sonidos aterradores y territoriales que hace que esta vez la escuela entera se quede muda del terror por lo intenso que es, salto por la ventana abierta del aula del primer piso en la que estamos hacia el patio trasero de la escuela y aterrizo cerca de unos matorrales.

Echo a correr hacia casa llorando a mares, asustada y humillada, prometiéndome que jamás volveré a poner un pie en este colegio.

Antes muerta que volver a pasar por esto, me juro a mí misma mientras el ataque de pánico va creciendo más y más en mi pecho, amenazando con engullirme por entera.

CAPÍTULO 1



OLENA

En la actualidad.

Año 2017.

De vuelta en Boston.

No puedo creer que vaya a volver al instituto donde se creó mi mayor trauma.

Han pasado algo más de seis años desde ese fatídico día, pero el edificio es el mismo que cuando yo acudía aquí, antes de cambiarme de ciudad y de instituto para siempre. Aunque han añadido un aulario nuevo en el patio que antes solía ser un campo de baloncesto al aire libre.

Me gustaría poder decir «qué recuerdos» con algo de nostalgia, pero la verdad es que solo siento pavor cuando pienso en salir del coche y caminar hacia el interior del recinto. Así que me quedo un rato más dentro del coche, apretando las manos sobre el volante a pesar de que sé que la reunión de exalumnos a la que me he comprometido a asistir ya tiene que haber empezado.

Calma, Olena, intento tranquilizarme mentalmente, pero a pesar de que hacía años que no pensaba en lo que ocurrió cuando me presenté como omega, esos recuerdos ahora mismo me atormentan demasiado como para convencerme a mí misma de que realmente lo he superado.

Cierro los párpados y apoyo la cabeza en el volante soltando un gemido.

Deben de estar esperándome, pero las ganas de mandar el contrato con Víctor al cuerno, encender el motor y largarme son muy intensas.

Alguien me sobresalta golpeando el cristal de mi ventanilla con los nudillos justo cuando

estoy a punto de hacer eso mismo como la cobarde que soy.

—¿Vas a salir de ahí o no?

Me quedo mirando a Janet con pasmo. La chica más popular del instituto ahora es una mujer que, como yo, debe de haber cumplido los veintidós, pero ha cambiado tantísimo que apenas reconozco a la chica vestida siempre a la última moda que recuerdo de mis días de adolescente.

Sus cejas pobladas se alzan como si supiese qué es lo que estoy pensando y me estuviese mandando un poco a la mierda mentalmente.

Avergonzada, abro la puerta del coche y salgo del mismo, dándome cuenta por el aroma que emite de dos cosas: la primera, que Janet es una omega (como deseaba serlo), y la segunda, que está emparejada, ya que lleva una marca de matrimonio en el cuello, un anillo en el dedo y huele a «no me toques que tengo pareja», un aroma particular de los casados que advierte a otros de que esa persona ya no está disponible para emparejarse contigo.

—Hola —saludo con incomodidad, recordando con toda claridad el día de mi presentación e intentando que no se me note que mi estúpido corazón, que a pesar de todos los años que han pasado sigue obsesionado con Jared, está sangrando al pensar en que ella debe de haberse emparejado con él.

—Te estamos esperando todos —anuncia Janet a modo de saludo, moviendo un pie contra el asfalto de los aparcamientos de manera impaciente—. ¿Cuánto llevas ahí metida? ¿Media hora?

Me encojo de hombros.

—¿Todos? —inquiero de manera nerviosa, ignorando su pregunta.

—Ajá —replica dando media vuelta y empezando a caminar hacia la entrada del instituto.

Cuando ve que no la sigo se detiene a mitad de camino y se gira.

—Tengo el estómago un poco revuelto —le cuento, pero ella me interrumpe antes de que pueda seguir con la excusa que no es del todo mentira y largarme de ahí.

—Te daré una infusión digestiva —dice haciendo un gesto con la mano para que camine tras ella—. Vamos.

Ella me mira con impaciencia y yo me apresuro a seguirla haciendo una mueca incómoda. El malestar de mi estómago se incrementa, pero trato de decirme a mí misma que ya somos adultos y que lo que pasó fue solo un incidente sin importancia. Nada más.

Pero en mi cabeza resuenan las voces burlonas de mis compañeros y el pecho me duele cuando pienso en los vídeos virales tan crueles que subieron sobre mí a internet.

CAPÍTULO 2



OLENA

La reunión se celebra en el salón de teatro del instituto, donde se han dispuesto mesas llenas de sándwiches y bebidas y la gente se pasea saludándose unos a otros con entusiasmo.

Janet me obliga a no esconderme en un rincón y me coge de una mano cuando ve que reduzco el paso.

—No seas tímida —me dice en un tono mucho menos arisco que antes—, que no pasa nada, en serio. La gente ya se ha olvidado de eso.

—Uf. Ojalá tengas razón y sea yo la única que lo recuerda.

Hago una mueca de horror y, cuando la ve, la otra omega pone los ojos en blanco.

—Si te comentan algo en plan borde, dales un tortazo y verás qué rápido se les acaba la gilipollez —declara con un resoplido.

La miro con la boca abierta.

—¿Dónde ha quedado la Janet coqueta y dulce de antes? —pregunto con confusión y no poca hilaridad.

Ella se ríe con ganas.

—La enterré cuando me presenté en mitad de la clase de gimnasia y, después de vomitarle a todo el mundo encima, me di cuenta de que el olor de los alfas me resultaba repugnante —me confiesa entre risotadas—, así que me casé con un beta.

Espera, ¿qué?, se asombra mi mente, atónita.

—Espera, ¿qué? —repite mi boca justo cuando llegamos al grupo de gente hacia el que ella me estaba arrastrando.

—¡Chicos! —exclama Janet con entusiasmo, volviendo a ser la chica alegre y sociable que recuerdo—. Aquí está Olena. ¿La recordáis?

—Cómo no recordarla si... —Víctor se calla cuando ve a Janet alzar un puño con cara de que está pensando en estampárselo en el rostro si hace un comentario desagradable. El beta se aclara la garganta y me sonríe—. ¡Nos encanta volver a verte! ¿Cómo te han ido las cosas?

—Pero si has sido tú el que ha negociado la adquisición de su obra de arte, ¿no? —bufa Janet entre risas—. Serás bobo, cariño. ¿No recuerdas que además la vimos en la tele hace un par de años, en uno de esos documentales sobre pintores modernistas actuales?

—Oh —él abre los ojos como platos—, es verdad. Perdona, tengo la cabeza en las nubes.

Se acerca a mí y nos damos dos besos en la mejilla.

—Y demasiados cubatas en el cuerpo —replica con sarcasmo Janet, soltándome la mano—. Seguro que Sebastian ha vuelto a poner *vodka* en los vasos de ponche, ¿a que sí?

Un hombre beta, que recuerdo vagamente de haber visto en clase en las filas de atrás, se encoge de hombros y da un sorbo a su vaso de papel.

—Sí —afirma sin un ápice de culpa.

Me río al ver como Janet le da una patada en la espinilla a su amigo.

Espera, murmura mi mente, ¿no acaba de llamar a Víctor «cariño» hace unos segundos?

Mis ojos se desvían hacia el cuello y la mano del risueño beta y veo que él también está emparejado.

—Sí, es mi marido —declara Janet con una sonrisa de orgullo al ver hacia dónde se dirige mi mirada—. Nos casamos hace dos años.

Le da una palmada en el culo y Víctor se ruboriza y se atraganta con su bebida.

—Enhorabuena por la boda —felicitó con sorpresa.

—Gracias —sonríe el beta entre toses.

Nunca los vi interactuar mucho. Janet siempre parecía irritada o indiferente cuando Víctor aparecía junto a Jared, gastando alguna broma e interrumpiéndolos las veces que ella intentaba entablar conversación con el alfa.

—¿Dónde está Jared, por cierto? Con lo mucho que ha dado por culo para que lograras que ella viniera al evento, y va y desaparece cuando yo consigo que finalmente Olena salga de su coche —refunfuña Janet frunciendo el ceño.

Víctor y Sebastian se encogen de hombros y yo me quedo de piedra al oír eso.

—¿Por qué Jared insistiría en que yo tenía que venir al evento? —pregunto con confusión,

pero ellos me ignoran.

—Creo que ha ido al baño —comenta Sebastian—. No lo vemos desde hace unos diez minutos.

Janet murmura por lo bajo algo que suena a «siempre tengo que hacerlo todo yo» y se marcha.

—¡Quédate con ellos! —me ordena, mirándome por encima de su hombro mientras se abre paso por la multitud de exalumnos—. Y vosotros, ¡no dejéis que se marche!

—No lo haremos, cariño —ríe un risueño y medio ebrio Víctor, pasando un brazo por debajo del mío para entrelazarlos—. Ya lo has oído, Olena, nada de escabullirte. Has prometido estar aquí, ¿no?

Me encojo de hombros.

—Solo porque lo pusiste como condición para contratarme para el proyecto de la redecoración del hotel Palace —admito sin tapujos—. Si no, no habría venido jamás.

Él hace una mueca y Sebastian sorbe su bebida observando a la gente de manera distraída.

—Voy a por otra —declara el taciturno hombre cuando se le acaba el ponche—. ¿Os traigo una?

—A mí todavía me queda un poco —señala Víctor inclinando su vaso para que vea que está lleno hasta algo menos de la mitad.

—Yo no quiero, gracias —contesto yo, pero el beta ya se está alejando sin detenerse a oír la respuesta.

Víctor suelta un suspiro y se ríe entre dientes.

—Seguro que encuentra los vasos más grandes que hay y los llena hasta arriba —se lamenta—. Desde que lo dejó su novia en el altar hace unos meses, el pobre solo quiere emborracharse.

Hago una mueca incómoda y busco en mi cabeza qué responder sin encontrarlo, así que me encojo de hombros mentalmente y observo a la gente que se mueve a nuestro alrededor, hablando en grupos.

—Siento lo que ocurrió el día de tu presentación, por cierto —se disculpa Víctor tras un rato de silencio—. Éramos críos gilipollas, pero eso no lo justifica. Se pasaron mucho contigo.

—No es que tú grabaras vídeos o me insultaras, no tienes por qué disculparte —contesto con calma, sintiendo que algo en mi corazón tal vez está empezando a sanar y a dejar ir ese incidente que marcó mi vida durante tantos años—. Y gracias por comprar mi último cuadro. Me sorprendió saber que lo habías adquirido tú a través del administrador de la galería de arte.

—¡Oh! No fui yo quien lo compró. Solo fui el mediador de la transacción —me confiesa él acabándose su bebida—. Fue Jared el que lo hizo. Soy su representante, ¿sabes?

Saca el pecho con orgullo.

Yo, en cambio, palidezco cuando algo aletea en la boca de mi estómago al oír ese nombre otra vez.

Abro la boca para preguntarle por qué Jared quería uno de mis cuadros, y además el más caro de todos ellos, pero la voz de Janet me interrumpe.

—¡Mirad a quién he encontrado en la puerta de los baños siendo acosado por sus fans! — exclama la omega.

Sé quién es antes de girarme para mirarlo porque he olido ese aroma suyo, tan atrayente y enloquecedor como siempre, incluso antes de sentir la presencia de su enorme cuerpo caliente a mi espalda.

—Ey, Jared —saluda Víctor con una sonrisa—. Al final Olena ha venido, como tú querías. ¿No es eso genial?

CAPÍTULO 3



OLENA

Trago saliva y trato de que el pulso no me tiemble demasiado cuando Sebastian vuelve y me coloca un vaso gigante de ponche en la mano sin mediar palabra.

Aprieto mis dedos alrededor del vaso de papel y me obligo a aparentar calma, aunque no la siento, porque no quiero derramar los contenidos sobre mi vestido.

Y menos en frente de Jared.

—Hola, Olena —saluda el alfa, ignorando las acciones del beta, que le coloca su propio vaso en la mano al verlo y se va a buscar otro, dejándonos solos y murmurando algo sobre empezar la fiesta.

Jared me mira como si el resto del mundo no existiera entre él y yo. La intensidad que emana me hace apartar la vista. Siento los latidos del corazón cada vez más acelerados y un nudo de calor en el vientre que me avergüenza.

Es incluso más guapo que antes, nota mi mente, extasiada por tenerlo cerca, muy a mi pesar.

—Hola, Jared —respondo con un hilo de voz, sintiéndome ridícula, pequeña y débil y detestándome por ello.

He logrado muchas cosas en mis cortos años de vida que me han llenado de orgullo y de seguridad en mí misma, pero es mencionar el pasado o encontrarme de cara con el que fue mi mayor anhelo truncado y todo eso se tambalea como si solo hubieran sido castillos de naipes.

—¿Cómo has estado? —me pregunta él sin alejar su mirada de mí.

—Bien. Gracias por preguntar —replico, gritándome a mí misma mentalmente que está

prohibido ruborizarse o hacer el tonto.

Hay demasiados ojos puestos sobre mí desde que él ha aparecido, y un repaso rápido y poco sutil a nuestro alrededor me muestra que hay gente señalándonos y cuchicheando entre ellos como si no tuvieran nada mejor que hacer con sus vidas.

No quiero sufrir otra humillación más cuando se note que nunca he dejado de sentirme atraída por él. Porque esas cosas, siendo omega como soy, cantan como un aria de ópera: alto y claro.

Mis malditas hormonas me ponen difícil el poder ocultar mis emociones cuando estas son muy intensas. A veces mi subgénero es algo jodido.

—¿Solo «bien»? —inquire él como si hubiera esperado que le contara mi vida.

Me encojo de hombros y no respondo porque estoy demasiado ocupada intentando no mirarle. Así que clavo los ojos en mi vaso como si el contenido me interesara.

—Ajá —asevero, fingiendo que no me importan los susurros que están empezando a recorrer el salón de actos a nuestro alrededor—. ¿Y tú?

Él frunce el ceño.

—He pensado en ti —me confiesa como si nada—. En nuestros días de instituto... ¿Y tú? ¿Has pensado en mí?

Abro los ojos como platos y los clavo en su rostro. Hay una media sonrisa en sus labios cuando me devuelve la mirada.

—No muy a menudo, la verdad —miento como una bellaca.

Él entrecierra los ojos, dejando entrever que sabe que no digo la verdad.

—¿En serio? —pregunta con un deje de sorna en los labios, como si supiera algo que yo no sé.

De repente, siento que el hecho de que de vez en cuando haya visitado su Instagram para cotillear (además de leer todos los artículos disponibles *online* sobre él) se me nota en la expresión de la cara, por ridículo que ello sea.

—Muy en serio —replico con un hilo de voz, cada vez más nerviosa—. Perdona, tengo que ir al...

Estoy a punto de excusarme y huir como una cobarde hacia los baños cuando él vuelve a hablar, interrumpiéndome.

—Conseguí el número de tu casa e intenté contactar contigo después de lo que ocurrió, pero jamás me devolviste las llamadas ni los mensajes —declara con un tono serio y circunspecto—. Nunca olvidé ese día, ¿sabes? No puedo quitármelo de la cabeza.

Siento sus ojos repasarme de arriba abajo con intensidad mientras yo doy un sorbo a mi bebida y me atraganto con conmoción al oírle hablar del incidente sin pelos en la lengua.

—¿Estás bien? —se preocupa Jared dándome palmaditas en la espalda.

Alargo una mano para alejar al alfa porque su aroma y su voz, profunda y cavernosa como suelen serlo las de su subgénero, me están mareando más que el alcohol.

—Sí. Sí —miento de nuevo—. Perfectamente.

Él me agarra de un brazo y me obliga a caminar y, cuando dejo de toser y puedo alzar la cara para ver dónde estamos, me doy cuenta de que nos ha metido en la salita que hay a un lado del escenario, donde varias máquinas de sonido se alzan apoyadas contra las paredes.

—Largo —le ladra al chico que estaba frente a los enormes aparatos repletos de cables de colores.

Este, con los ojos como platos del susto, se apresura a salir con pasos rápidos y nerviosos, mirándome brevemente al pasarnos de largo.

Ahora sí que estamos realmente solos. Especialmente cuando Jared cierra la puerta para tener privacidad.

—Voy a ser claro —me dice Jared sin tapujos, girándose hacia mí para mirarme de frente—. No he podido sacarte de mi puta cabeza desde ese día. Hay algo en ti, en tu aroma, en tus ojos... No sé lo que es, pero no paro de pensar en ti cuando menos lo espero, como si hubieras hecho un agujero en mi mente y amenazaras con quedarte ahí el resto de mi jodida vida. Estoy cansado de ello.

A estas alturas estoy tan conmovida que apenas puedo pensar o respirar, a pesar de que la tos ha pasado de largo.

—¿Qué? —inquiero con voz aguda y asombrada, sin saber si esto es real o no.

Maldigo cuando aprieto demasiado el vaso de papel por los nervios y este derrama sus contenidos sobre mi mano y mi ropa.

—Tengo que... —Trato de no mirarle, pero es casi imposible. Es tan alto y tan ancho de hombros que ocupa casi todo el sitio él solo, dejándome tan solo un rincón para que yo me apretuje entre una de las máquinas y su cuerpo—. Tengo que ir a limpiarme.

Le enseño la mano manchada como la pobre excusa que es.

—Ya lo harás luego —dictamina él.

El alfa coge mi bebida y deja la suya y la mía sobre una de las máquinas cercanas con impaciencia.

Miro hacia la puerta pensando en volver a huir, pero él está parado delante de ella. Y no por nada es uno de los jugadores más famosos de la NBA. No voy a poder pasar si él no quiere que lo haga.

—Te ofrezco un trato —propone de repente, pillándome por sorpresa una vez más. O tal vez es que sigo en estado de *shock* y por ello no deja de darme vueltas la cabeza—: sal conmigo durante un tiempo. Probemos a ver qué tal nos va.

Resoplo con incredulidad.

—¿Quieres salir conmigo? ¿Por qué? No entiendo...

Él me interrumpe arrugando sus cejas negras de manera hosca.

—Acabo de explicártelo.

Me llevo una mano a la frente y trato de procesar las bombas que me ha soltado una tras otra sin darme tregua ni tiempo para respirar.

Mis emociones son un caos.

—Mira —empiezo a hablar sin poder ordenar mis pensamientos, pero sabiendo que está impaciente por una respuesta—, eres un alfa muy atractivo, ¿vale? Y no voy a negar que me atraes porque creo que eso es evidente.

Lo miro de reojo y veo que tiene esa media sonrisa satisfecha en la cara otra vez, como si oliera el deseo que tiñe mis hormonas omega. Cosa que es muy posible que esté haciendo. Sobre todo, ahora que estamos lejos del aroma de otras personas.

—Muy evidente —se ríe con ojos burlones.

Chasqueo la lengua cuando la irritación supera la combinación explosiva de la atracción que siento por él y el agobio que me produce el estar en este sitio.

—Lo que es muy evidente es que tu ego es más grande que el puto Everest —replico con sarcasmo.

Él resopla y se cruza de brazos.

—Eso no es cierto. Solo digo la verdad —refunfuña.

Alzo una ceja, sintiéndome cada vez más mi yo normal y no la niña asustada que he vuelto a ser al poner un pie en este maldito lugar.

—Ah, ¿sí? —bufo poniendo los ojos en blanco—. Pues como esa «verdad» no sea que eres un puto arrogante, no sé a cuál te refieres en concreto. ¿A que me siento atraída por ti y tú, según acabas de confesarme, por mí? Eso ya lo sabía casi toda la jodida sala por las putas hormonas, *alfa*. Ni tú ni yo podemos esconder lo que somos. Ni lo que sentimos tampoco, al parecer. Por si no te has dado cuenta, estábamos siendo la comidilla del lugar.

—A la mierda la gente —gruñe Jared—. Que piensen o *noten* lo que quieran. Mientras nos dejen en paz me importa una soberana polla lo que digan de mí.

—¿Y lo que dicen de mí? —insisto en un tono más vulnerable de lo que desearía, presa de la impulsividad emocional y la falta de filtros que, al parecer, me produce hablar con él.

Me siento ridícula una vez más por dejarle ver que, bajo mi fachada de mujer más o menos tranquila, estoy angustiada por la ansiedad social que me causa estar aquí, con esta gente que convirtió mi adolescencia en un infierno.

De normal suelen decirme que soy la calma personificada incluso bajo toneladas de estrés,

pero Jared está trastocándose demasiado. Abriendo con facilidad la puerta hacia mis miedos y ansiedades.

Necesito recuperar algo de autocontrol.

Él tensa la mandíbula y su expresión se vuelve de piedra.

—Les joderé la vida si se atreven a intentar hacerte algo, ya sea físico o verbal, en persona o a través de las redes sociales —declara con un tono oscuro y ominoso que me pone un poco los pelos de punta, pero que también caldea mi cuerpo y hace que mi sexo se humedezca—. Tengo poder, influencia y dinero de sobra como para encargarme de todos y cada uno de ellos si intentan acosarte otra vez. No permitiré que vuelvan a hacerte daño, lo juro.

CAPÍTULO 4



OLENA

Abro la boca sin saber qué decir porque una vez más me ha dejado sin palabras, pero de mi garganta solo sale un sonido que es una mezcla entre un jadeo y un humillante maullido que decido ignorar a pesar de que, cuando él lo oye, su sonrisilla socarrona vuelve con creces.

—¿No... no se supone que son tus amigos? —balbuceo, sintiéndome tímida de nuevo, para mi total bochorno, porque la manera en la que me mira, con esa posesividad, despierta en mí cosas que no comprendo muy bien.

Su sonrisilla desaparece y su rostro se retuerce con ira y sorna dirigidos hacia el resto de los exalumnos.

—A mis amigos los cuento con los dedos de una mano —asevera el alfa—. Y ellos saben que joderme no está permitido. Del mismo modo que yo no los jodo a ellos.

—¿Así que es una amistad basada en no joderse mutuamente? —río sin saber por qué tengo tantas ganas de reír de repente.

Quizá por lo nerviosa que estoy. O por el *vodka*. O porque la conversación sigue siendo extrañamente íntima y no estoy acostumbrada a hablar así con alguien: sin filtros. Sin tantas máscaras de por medio como me gusta usar para sentirme segura y distante, en vez de tan expuesta como sus ojos, su voz y su aroma me hacen sentir.

A Jared los ojos se le suavizan al mirarme.

Aparto la mirada de su cara porque esa nueva expresión suya le está haciendo algo a mi corazón que debería ser ilegal.

—No confío en mucha gente, Olena —me confiesa en un tono serio y mucho más calmo

—. Me han dado muchas puñaladas traperas. Hasta el punto de que la mayoría de la gente que afirma conocerme me cae bastante mal, si soy honesto. A veces solo quiero que se callen, paren de intentar ganar dinero a mi costa y me dejen en paz. Otras veces lo que quiero, en cambio, es partirlas la cara y rugirles que se olviden de mí de una puta vez. Especialmente cuando les da por salir en entrevistas o vídeos hablando mierdas de mí a cambio de un cheque o de cinco minutos de patética fama, hablando como si realmente supieran lo que siento o lo que pienso, cosa que es jodidamente falsa.

Debe de ser estresante ser famoso. Por suerte, mi propia fama se limita al arte, así que lo mío no es comparable al constante flujo de información que hay sobre él en redes sociales o en la televisión.

Me estremezco de pavor por la mera idea de ser sometida a la clase de deshumanización constante que a veces puede entablar una fama mundial como la suya.

—Siento mucho que haya gente que te haga esas cosas.

Él me mira como si no comprendiese por qué me disculpo.

—¿Por qué lo sientes? No es culpa tuya —replica—. Son adultos y se comportan como les da la gana, le pese a quien le pese. Es su puta responsabilidad. Por eso desconfío y detesto a la gente por lo general, a no ser que me prueben que realmente merecen la pena como personas, ¿entiendes?

—Menudo cabronazo misántropo te has vuelto, ¿no? —resoplo con una risa algo forzada, sintiendo que la conversación cada vez se vuelve más íntima y personal, a pesar de que ya ha sido bastante fuerte desde un inicio—. ¿De verdad la mayoría de las personas que has conocido son tan malas?

El alfa me mira fijamente a los ojos.

—Sí —declara sin medias tintas—. La codicia pesa mucho más en algunas personas que la conciencia, Olena. Y cuando empiezas a ganar dinero, atraes a esa clase de gente como el azúcar a las cucarachas.

Hago una mueca y pienso en mi madre.

—Ya lo sé.

Está claro que a Jared no le van las conversaciones sobre el clima. De hecho, parecía frustrado por mantener una conversación banal frente a otras personas conmigo y por mi negativa a explayarme en mis respuestas a sus preguntas.

Supongo que por eso nos ha encerrado aquí. Por eso y porque quería proponerme salir juntos.

Me ruborizo cuando lo recuerdo.

—Ya que estamos hablando sin filtros, sé honesto conmigo, Jared —le pido—. Tú lo que quieres es follarme para que se te quite la extraña obsesión que te dan mis hormonas y ya está, ¿no?

Tengo mis dudas tras lo que me acaba de decir. Los alfas tienden a ser posesivos y sobreprotectores, cierto, pero no puedo clasificar su declaración de que piensa defenderme destrozando socialmente a cualquier persona que trate de acosarme de nuevo en una cajita que diga: «solo son cosas propias de alfas, no te está declarando nada, Olena. Olvídate de ello».

No sin sentir que no estoy siendo muy honesta conmigo misma.

Aun así, lo intento porque estoy un poco abrumada y necesito tiempo para procesarlo todo.

Él se encoge de hombros sin darme una respuesta y alza las cejas con un deje de burla.

—Menudo lenguaje, por cierto —comenta ahogando una carcajada—, ¿dónde ha quedado la omega dulce y tímida que conocía?

Lo fulmino con la mirada.

—No me conocías tan bien como crees —gruño, sintiéndome de repente a la defensiva al recordar otra vez el pasado—. Apenas hablábamos. Creo que cruzamos tres palabras durante el último curso que estuve en este instituto. Además, han pasado muchos años desde entonces.

Por su rostro pasa una expresión algo oscura.

—Lo sé. Los he contado.

Me quedo sin habla porque una vez más me ha dejado pasmada.

Y me remuevo con incomodidad sobre mis pies, sintiendo mi corazón acelerando sus latidos una vez más.

El calor de la sala, pero sobre todo el calor de mi cuerpo, me está empezando a resultar opresivo.

Necesito salir de aquí. No solo de la sala de sonido, sino del recinto. Del puto instituto. De esta ciudad.

—Bueno —decido relamiéndome los labios—, ya he cumplido con la condición de venir a la reunión de exalumnos, así que tengo el contrato, ¿no?

Me arriesgo a levantar la vista y mirarle y veo que se ha puesto serio.

—Hubiera sido tuyo aunque no hubieras aparecido.

Su confesión me cabrea.

—Entonces, ¿para qué me has hecho venir hasta aquí? —pregunto en tono acusatorio cuando se me pasa por la cabeza que no tendría por qué haberme sometido a todo este estrés si no fuera por ese maldito contrato que necesito urgentemente.

Los ojos de Jared se entrecierran.

—Porque seguías sin responder a mis mensajes —responde con irritación—. E incluso aunque acudiese a tus exposiciones, nunca te pillaba en ellas. Esta era la única manera que se me

ocurrió de volver a verte.

Hago una mueca.

Tiene razón. He estado evitándolo activamente. Me sorprendía que intentara contactarme y me sentía intimidada por los recuerdos de la humillación por la que pasé frente a él, y luego por su fama.

Así que borré mi Instagram cuando vi un mensaje privado suyo que decía: «hola, ¿podemos hablar?». Y luego me sentí aliviada cuando mi agente me comentó que un famoso jugador se había presentado en mis exposiciones cuando yo, por suerte, no estaba presente debido a problemas con mi vida privada (mi madre).

No quería afrontar ninguna de las cosas que me recordaran al pasado, incluyéndolo a él. Me decía que había rehecho mi vida y que no necesitaba a nadie que hubiese conocido a mi yo anterior en ella, aunque luego pasara un rato buscando noticias sobre él en internet.

La verdad sobre Jared y yo y nuestra relación (o falta de ella) durante la adolescencia es que, a pesar de que mis ojos rara vez se apartaban de él, no le conocía lo suficiente como para saber si era uno de los que se burlarían de mí o no.

Nunca llegamos a ser amigos. Para mí era una figura lejana, atractiva y deseable. Y ya está.

—Tengo una vida privada complicada —contesto, evadiendo darle una respuesta clara.

Sus ojos se vuelven aún más intensos, cosa que creía imposible.

—¿Novio? —pregunta sin más.

Debato internamente si mentir y decir que sí, pero tengo la sensación de que eso no lo detendría. Solo lo consideraría un breve obstáculo.

Es así de arrogante.

—No —confieso finalmente.

Él parece satisfecho.

—Bien —asiente, sacando su teléfono del bolsillo de su chaqueta de cuero—. Entonces, dame tu número de móvil, la dirección del hotel donde te estás quedando y una hora para que te recoja esta noche.

Boqueo cuando me ordena eso como si esperara la más absoluta obediencia.

Malditos alfas, refunfuño mentalmente.

Resoplo con fuerza, pero él solo alza una ceja como si le importase un pito mi reacción y menea el móvil que sostiene en una mano a la espera de que le dé mi número.

Estoy a punto de ceder y dárselo, diciéndome a mí misma que una sola cita no puede ser tan mala para mi ansiedad y que, además, yo también quiero saber si esta atracción que sentimos puede llevar a algo, cuando alguien llama a la puerta con fuerza.

—¿Jared?

Es Víctor.

—¿Qué pasa? —replica el alfa con irritación.

—Tenéis que salir de ahí —nos dice el beta de manera ansiosa—. Y hacerlo *ya*.

El alfa abre la puerta y se lo queda mirando... y entonces los murmullos de la sala, a los que antes no prestábamos atención, nos abruman.

La gente tiene las cámaras de sus móviles encendidas y nos apuntan con ellas por encima de la cabeza de Víctor al vernos.

Janet, que está tras él, empuja suavemente a su esposo a un lado para mirarnos con cara agria.

—Los micrófonos están encendidos —gruñe la otra omega con un cabreo tremendo—. Y todo el mundo os ha escuchado y lo está subiendo a internet.

CAPÍTULO 5



OLENA

Jared me saca de allí con tal expresión furibunda en el rostro que nadie se atreve a interponerse en su camino cuando me coge de la mano y tira de mí hacia la salida del instituto.

Las cámaras de los móviles, sin embargo, nos siguen desde lejos sin perder detalle. Al igual que sus amigos, que caminan tras nosotros lanzando miradas airadas al gentío y gritándoles que dejen de grabar.

Agacho la cabeza y trato de que mi largo pelo castaño me cubra la cara sabiendo que es una pérdida de tiempo. Mañana nuestras caras estarán por todo internet.

Si es que no lo están ya, claro.

—Jared... —llamo, sintiendo que el nudo de nervios y horror de mi estómago me está empezando a dar angustia—. ¿A dónde me llevas?

El alfa solo responde con un gruñido. Está demasiado cabreado como para hablar.

Nos metemos en el aparcamiento y caminamos hacia un Lamborghini que claramente debe de ser suyo.

—Jared, campeón —le dice Víctor con ansiedad, retorciéndose las manos hasta que su esposa, con cara de querer matar a alguien, lo coge de las muñecas para que deje de hacerse polvo los dedos—. No lo sabíamos. Estábamos visitando nuestra vieja aula por nostalgia...

—Estábamos follando en el escritorio del profesor —le interrumpe Janet sin pelos en la lengua—. Y Sebastian se ha pasado media hora vomitando en el baño por todo el puto alcohol que se ha tragado. Si lo hubiéramos sabido antes, te juro que habríamos hecho algo para intentar impedirlo.

Jared se detiene junto al coche y abre la puerta del copiloto, que se desliza hacia arriba como la de una nave espacial, y se gira hacia ellos.

—Lo sé —contesta, poniendo una mano en la parte baja de mi espalda para empujarme suavemente hacia el asiento a pesar de la tensión colérica de su cuerpo—. Me fío de vosotros tres.

Es lo único que les dice antes de cerrar la puerta después de que yo me siento, pese a mis protestas de que tengo un coche propio que he alquilado para venir al evento, y dirigirse hacia el asiento del piloto.

—Voy a llamar a Mónica para ver si podemos solucionar algo antes de que las redes exploten —informa Víctor mientras se apartan del frente del coche—. Tu relaciones públicas es una genio, ¿no? Seguro que se le ocurre algo para arreglar esto antes de que llegue a más.

Jared baja la ventanilla de cristal oscuro y asoma la cabeza por ella, mirándole con expresión seria, pero sin mostrar enfado hacia el ansioso beta, que se nota que está al borde de un ataque de nervios.

Como yo.

—Inténtalo si quieres, pero los dos sabemos que ya estará petando las putas redes —espeta el alfa, volviendo a meter la cabeza en el coche y encendiendo el motor.

Por la mueca que hacen y la manera en la que sus tres amigos se miran entre sí, es evidente que ya sabían que eso definitivamente ya está ocurriendo.

—¿Puedo llamarte luego? —inquire Víctor con cara apesadumbrada.

Jared niega con la cabeza.

—Ya os llamaré yo cuando se me pase el cabreo.

El alfa sube la ventanilla, se despide de sus amigos con una mano alzada y sale del aparcamiento metiéndose en la carretera, ignorando al gentío que ha salido del instituto y está reunido frente a sus puertas para grabar cómo su Lamborghini abandona el lugar.

Malditos capullos, pienso con asco e ira, temblando de la impotencia que siento ahora mismo, podrían habernos avisado. Pero, no, tener algo sobre lo que cotillear y postear en sus redes sociales es más importante que respetar al prójimo, al parecer.

Hay gente que es capaz de hacer muchas cosas por sus «cinco patéticos minutos de fama», ha dicho Jared antes, y a mí me ha parecido un poco exagerado, pero ahora entiendo hasta qué nivel llega ese horror con el que él tiene que vivir continuamente.

Ya había algunas personas haciéndonos fotos y escuchando nuestra conversación como si fuéramos un espectáculo de circo antes de que él me metiera en la sala de sonido, pero esto es tan abrumador que eso palidece en comparación a pesar de que en ese momento me estaba dando ansiedad.

—¿A dónde vamos? —vuelvo a preguntarle al alfa cuando nos metemos por la avenida y todavía no me ha dirigido la palabra.

—A mi casa.

Frunzo el ceño.

—Jared, apenas nos conocemos. No puedes simplemente llevarme a tu casa y ya está. Soy adulta y tomo mis propias decisiones, ¿sabes? —le digo con retintín.

Él me mira de reojo mientras se mete por una calle lateral.

—Nos conocemos lo suficiente —declara en tono firme—. No te preocupes, no voy a hacerte nada.

—No es eso. Es que... no sé... es todo muy precipitado —suspiro, enfadada conmigo misma porque, en el fondo, mis estúpidas hormonas omega están bailando de gusto al pensar en estar en su guarida de alfa, rodeada de su aroma y sus efectos personales.

—De verdad que no haré nada que no quieras que haga —promete él de nuevo.

Refunfuño por lo bajo y me reacomodo el cinturón sobre mi hombro para que no me moleste.

No es que crea que me va a violar o a exigir nada que yo no quiera hacer. Extrañamente, o quizá no tan extrañamente después de hablar con él un rato y entenderlo un poco como persona, confío en él. Creo que es cosa de los instintos omega; y estos se supone que nunca se equivocan cuando te dicen si puedes fiarte de una persona o no.

Es que me pone nerviosa estar a solas con él porque no sé lo que yo acabaré haciendo.

—Te prometo que te devolveré al hotel si te sientes muy incómoda conmigo en casa —me asegura cuando ve mi enfurruñamiento—. Te quedas en un hotel, ¿no?

Me muerdo la esquina del labio inferior, sintiéndome ansiosa, y asiento.

—En el Triton.

Él frunce el ceño.

—Eso ni siquiera es un hotel —bufa con disgusto—. Está prácticamente dilapidado. Con el dinero que te pagué por el cuadro, ¿no tienes suficiente como para pagarte algo más digno?

Me irrita muchísimo que me pregunte eso.

—Mis finanzas no son asunto tuyo —espeto de manera arisca, poniéndome a la defensiva.

Él se encoge de hombros.

—Como quieras.

Pone el intermitente y cambia de carril, quedándose en silencio una vez más.

Al menos ya está algo más calmado, pienso mirándolo de reojo. Antes daba un poco de miedo.

No es que esté asustada de él. Los alfas rara vez son físicamente agresivos con los omega,

aunque socialmente es otra cosa, ya que nos mantuvieron como una especie de propiedad legal durante muchas generaciones «por nuestro propio bien» y toda esa mierda.

Aunque dudo que deba tener miedo de Jared a nivel social a pesar de que esa mentalidad todavía sobrevive en algunos rincones de esta región en la que ambos nos criamos y no sé si él la comparte o no.

Los que tendrían que estar aterrados son los exalumnos, no yo, me digo a mí misma con firmeza cuando esas dudas y preguntas insidiosas se cuelan en mi cabeza, recordándome que una sola conversación no hace que conozcas a alguien en profundidad por mucho que sientas lo contrario.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Jared cuando el silencio se alarga demasiado, sin reconocer la avenida con pinta de ser nueva por la que se ha metido.

Está rodeada de altísimos rascacielos con cristales de esos que parecen espejos y reflejan el sol de la tarde en tonos dorados y blancos.

—Compré un apartamento aquí hace unos años para cuando vengo a visitar a mi familia, aunque no lo uso mucho porque vivo en Los Ángeles.

—Ya me lo imaginaba —replico, recordando que juega con los Lakers actualmente.

Él alza las cejas y, por primera vez desde que ha pasado lo que ha pasado, una de esas pícaras sonrisas de medio lado que me alteran las hormonas hace aparición en sus labios.

—Ah, ¿sí? —pregunta con sorna, mirándome de reojo—. Así que sigues mi carrera.

Yo bufo con falsa indignación, sintiéndome avergonzada y notando mi cara ponerse roja como un tomate.

—De eso nada —miento. Y luego admito con una mueca—: Bueno, solo un poco, ¿vale? Miraba de vez en cuando para ver qué tal te iba. Eso es todo...

Él solo se ríe de nuevo como si no me creyera nada, y vuelvo a tener la sensación de que sabe que solía entrar en Instagram a través del buscador web hasta que cancelé mi cuenta en esa red social, al entrar en pánico tras recibir su mensaje privado.

Cosa que ahora mismo me avergüenza bastante.

El coche de Jared entra en un garaje que parece sacado de una película de ciencia ficción y, por suerte, eso llama lo suficiente mi atención como para dejar de pensar en todas las cosas impulsivas de las que me arrepiento.

—Guau —me asombro cuando el Lamborghini desciende por la rampa asfaltada.

—Bonito, ¿verdad? —sonríe él.

El garaje tiene el techo repleto de metal labrado, surcado por estilizadas luces led de color azul que lo adornan e iluminan a la vez. A cada pocos metros, veo ventiladores que brillan como supernovas, moviéndose a toda velocidad encima de nuestras cabezas.

Los pilares están cubiertos hasta la mitad de gruesas colchonetas sujetas con cuerdas pintadas de color plateado, completando la temática de parecer que estamos entrando en una nave espacial supermoderna.

—Impresionante —me oigo decir en voz queda.

—Recuerdo que fue una de las cosas que me gustó del edificio cuando compré el dúplex. Nunca había visto un garaje tan increíble —comenta Jared aparcando el coche y quitándose el cinturón—. ¿Vamos?

Trago saliva y asiento, deshaciéndome de mi propio cinturón y aspirando una bocanada de aire que llena mis pulmones de su aroma.

Mi cuerpo vuelve a caldearse y mis manos aprietan mis muslos sobre mi regazo de manera inconsciente.

—Vamos —asiento, sintiendo el nudo de nervios volver a hacer su aparición una vez más.

Espero que esta no sea una de las peores decisiones de mi vida.

CAPÍTULO 6



OLENA

El dúplex es impresionante. Como era de esperar, considerando lo absurdamente caro que tiene pinta de ser todo en este edificio.

—¿Quieres tomar algo? —ofrece el alfa cuando salimos del ascensor (privado, cómo no) que lleva a las últimas dos plantas que su apartamento ocupa por entero.

Niego con la cabeza.

—Creo que con el trago de *vodka* con ponche que he dado ya ha sido suficiente —bromeo—. No suelo beber, de todas formas.

—Como quieras —replica él con una sonrisa, mucho más relajado ahora que está en la privacidad de su guarida—. ¿Quieres que te enseñe el lugar? Hay una habitación en especial que me gustaría mostrarte.

Asiento, intrigada por su confesión, y el alfa me hace un pequeño *tour* por el enorme dúplex con vistas de siete habitaciones y ocho baños, deteniéndonos cuando llegamos a la salita que precede a su dormitorio principal.

—Es mi cuadro —jadeo en cuanto lo veo.

Lo ha colocado justo en el centro de la pared de la salita, con los sillones mirando hacia él, frente a la puerta que da a su habitación.

Impresionada de ver mi arte en una casa como la suya y también por el hecho de que Jared Faust, mi *crush* de la adolescencia y el jugador estrella de la NBA, tiene uno de mis cuadros y además lo exhibe con orgullo, me dejo caer sobre uno de los sillones cuando me fallan las piernas.

—Me enamoró en cuanto lo vi en la web de la galería de arte —comenta él sentándose en el otro sillón—. Sabía que quería una de tus obras, pero no me decidía por una en concreto ya que todas me gustaban bastante. Pensé en comprarlas todas, de hecho —me confiesa con un toque de humor, haciéndome dar un respingo por la sorpresa—. Y entonces salió este y, en cuanto lo vi, tuve que comprarlo. Fui a verlo en persona y le pedí a Víctor que realizara los trámites necesarios para adquirirlo ese mismo día.

—Eso es... es increíble. —Me emociono demasiado. Tanto, que no sé qué decirle—. Gracias —finalizo con voz enronquecida.

Él me sonríe, y a mí se me atasca el aliento en la garganta cuando giro la cabeza para mirarlo y veo su expresión. Hay orgullo, afecto y algo más en esa mirada de intensos ojos verdes.

Aparto la vista de nuevo con un estremecimiento, sintiéndome como si el alfa se me estuviese colando bajo la piel.

—Esta es solo una ubicación temporal —me informa—. Lo mandé colgar aquí porque, si venías a la reunión de exalumnos, quería traerte para enseñártelo. Lo admito.

Se ríe quedamente y eleva la mirada para contemplar mi obra de nuevo.

Trago saliva.

—¿Por qué? —inquiero con una voz casi inaudible—. ¿Por qué mis cuadros? Aunque me han hecho varias entrevistas, no soy tan famosa como otros pintores.

El alfa estira las largas piernas frente a sí y cruza las manos sobre su pecho, apoyando los codos en los inusualmente altos reposabrazos, que deduzco que han sido diseñados específicamente para él, dada su altura de más de dos metros y la forma en la que los muebles de la casa son demasiado altos para que a personas de estatura media como yo le resulten cómodos.

—Porque quería que supieras lo mucho que te admiro —contesta, dejándome pasmada una vez más—. Yo también he seguido tu carrera, ¿sabes?

Sonríe con humor.

Me ruborizo intensamente y evito cubrirme la cara con una mano levantada para que no vea lo emocionada que estoy, pero apenas puedo contener mis ganas de llorar.

—Gracias —repito con voz afectada—. A pesar de la fama que he ido ganando poco a poco, eres la primera persona que me dice eso.

He alcanzado muchas de mis metas profesionales y artísticas en la vida, cierto. He expuesto en galerías de arte de varias grandes ciudades y vendido algún que otro cuadro que ha llenado mi cuenta bancaria con lo necesario para sobrevivir otro año más. Pero la cruda realidad es que nunca me haré rica siendo artista y, aunque no sea el motivo principal por el que pinto (lo hago porque pintar llama a mi alma como nada más lo hace; porque lo seguiría haciendo aunque no pudiera vivir de ello; porque es una parte tan vital de mí que no puedo vivir sin ello), no voy a negar que el dinero viene malditamente bien para no acabar en la calle.

O para pagar las fianzas y abogados de mi madre, en el caso del último cuadro que he

vendido: el mismo que está frente a mí ahora mismo.

—Ey —llama Jared suavemente cuando me ve demasiado conmovida como para seguir hablando—. No llores, preciosa.

Alarga una mano y la coloca sobre una de las mías, inclinando su largo cuerpo hacia mí.

—Lo siento —jadeo, avergonzada por mi arrebato.

Él me sonrío de nuevo, esta vez dulce, cercano y amable, y a mí esa sonrisa me afecta mucho más que las socarronas o las lujuriosas que me ha estado dedicando desde que nos hemos vuelto a ver.

—La primera vez que alguien me dijo que era mi fan tras un partido de la NBA, lloré en los vestuarios, bajo el chorro de agua de la ducha para que nadie me viera hacerlo —admite el alfa, como si me contara un secreto que no le ha dicho a nadie.

Le sonrío de manera llorosa.

—¿Así que los alfas también lloran? Y eso que según dice la sociedad, ni siquiera tenéis conductos lagrimales —bromeo tontamente, porque estoy demasiado atosigada por mis emociones como para pensar con mayor claridad.

Él me guiña un ojo, siguiéndome el juego y aligerando el ambiente, cosa que necesito o realmente voy a echarme a llorar a mares.

—Es un secreto, pero, a veces, cuando hay luna llena, derramamos una lágrima o dos —se mofa él—. Eso sí, no se lo cuentes a nadie. Aunque si lo haces no te creerán.

Me río y él aprieta mi mano con sus dedos de manera afectuosa.

—¿Quieres quedarte aquí o prefieres ver el resto del apartamento?

Trato de sorber los mocos discretamente porque noto la nariz acuosa.

—Quiero quedarme un poco más —murmuro.

Él asiente y, sin soltarme la mano, vuelve a recostarse en su asiento, jugueteando con mis nudillos con las yemas de sus dedos.

—Nos quedaremos todo el tiempo que quieras, cariño —me dice, y la última palabra me hace jadear, pero él solo sonrío con esa media sonrisa suya, sabiendo el efecto que ha tenido en mí porque mi aroma se ha intensificado, para mi total bochorno—. Por mí como si quieres estar aquí hasta mañana. O dormir en mi cama con la puerta abierta para poder ver tu obra desde mi dormitorio —me guiña un ojo—. Se ve muy bien, por cierto.

Suelto un bufido y él una carcajada, desvergonzado y arrogante como el alfa que es.

Creo que el alfa se me ha metido un poco en el corazón. Pero no importa. Pensar en ello solo me hace sonreír.

CAPÍTULO 7



OLENA

—Joder —silbo cuando salimos a una de las terrazas, un buen rato más tarde—. ¿No son ochocientos metros de apartamento un poco excesivos para una sola persona?

Él se encoge de hombros y se apoya en el marco del ventanal.

—Prefiero mi casa de Los Ángeles —admite, dándose la vuelta y entrando en la enorme cocina adjunta a la terraza en la que estamos (el dúplex tiene cuatro de ellas; por si una no fuera suficiente, supongo), para coger una cerveza de la nevera—. ¿Seguro que no te apetece tomar algo? Creo que la gente que cuida del apartamento ha comprado de todo sabiendo que yo venía para quedarme un par de días.

—¿Tienes algo fresco que no sea alcohólico? Tengo algo de sed —le digo.

Me mira por encima de la encimera de la isla central, que es casi más grande que mi primer apartamento.

—¿Agua, té con hielo o refresco de cola?

—Té —decido.

Él saca una jarra de cristal de la nevera y lo prepara, llenando un vaso con el hielo que extrae de una hielera que parece un simple cajón hasta que lo abre, y yo vuelvo a silbar, esta vez para mí misma, pensando en lo mucho que debe costar mantener este sitio solo para que él resida en él unas pocas veces al año.

Más de lo que yo gano en un año entero de normal, seguro, pienso sin que las cifras imaginarias me quepan en la cabeza.

Nos sentamos en los sillones de ratán que hay cerca de la barandilla para beber y

contemplar el paisaje de la ciudad, que va anocheciendo poco a poco.

Boston no es tan grande como Los Ángeles o Nueva York, ni mucho menos. Pero la ciudad donde ambos crecimos tiene su encanto, aunque yo la dejara sin mirar atrás hace seis años.

—¿Así que vives en Nueva York? —pregunta Jared dándole un sorbo a su cerveza—. Lo pregunto porque fue allí donde compré el cuadro.

Le sonrío y niego con la cabeza.

—Los Ángeles, como tú —admito—. Me mudé allí hace tres años. Expongo en una galería de Nueva York porque es de un viejo amigo mío y me la deja de vez en cuando.

—Ah. —Él se alegra visiblemente de oírlo—. Entonces los dos hemos acabado viviendo allí. Es una ciudad de lo más interesante, ¿verdad?

Asiento.

—Muchos famosos, eso sí —le digo en tono de broma—. Actores, músicos, deportistas... uno nunca sabe con quién se va a cruzar.

Él se ríe.

—Creo que hoy en día la gente se emociona más cuando se cruza con los youtuberos que se han mudado en masa a la ciudad. O eso me gusta pensar.

—Dudo que alguien no se emocionara al cruzarse contigo —ríe entre dientes y le doy un sorbo a mi delicioso té helado.

Él hace una mueca de incomodidad.

—Que la gente se emocione al verme me ilusiona, no creas lo contrario —confiesa—. Lo que no soporto es que me sigan por la calle con el móvil enfocando mi cara, cosa que sucede demasiadas veces para mi gusto. Acabas sintiendo que no puedes salir de casa y que, si lo haces, tienes que estar perpetuamente sonriendo para que no te acusen de ser desagradable con tus fans, aunque estés teniendo un mal día... Es complicado. Adoro jugar con los Lakers, pero la parte social no la llevo tan bien como me gustaría, lo admito.

Ambos nos quedamos callados recordando lo que ha ocurrido en la reunión de exalumnos.

—¿Qué crees que va a pasar? —inquiero al cabo de un rato, agarrando mi vaso, húmedo y frío, con dedos tan tensos como el resto de mi cuerpo—. Quiero decir, ¿qué repercusiones puede tener eso? ¿Hablarán de ello unas semanas? ¿Unos meses? ¿Los periodistas acamparán frente a nuestras puertas como hacen en la tele...?

¿Cuánto se ha oído y cuánto han podido grabar?, añado mentalmente. ¿Cuánta gente lo ha subido a internet? ¿Cuántos medios de comunicación se han hecho o se harán eco de lo que ha pasado? ¿Qué consecuencias tendrá eso para nuestras carreras y vidas privadas?

Las posibles respuestas me asustan.

Él se termina su cerveza de un trago, dejando el botellín vacío sobre la mesa que separa nuestros sillones.

—No lo sé con seguridad, cariño —responde en tono sombrío—. Pero me imagino que no va a ser nada agradable, si te soy sincero.

Aun a pesar de sus palabras, cuando me llama cariño de nuevo, mi corazón no puede evitar dar un vuelco y desear que lo hiciera en serio, y no como un mero mote afectuoso de un alfa a una omega, como sospecho que es.

—Supongo que tendremos que esperar a ver qué es lo que pasa.

Él suelta un gruñido pensativo.

—Seguramente sí.

El clima ominoso no se va del todo mientras me acabo el té y volvemos a hablar de las cosas que nos gustan y disgustan de vivir en Los Ángeles; de nuestros restaurantes favoritos y música preferida, pero, a pesar de ello, la atmósfera de estar dando los primeros pasos hacia algo importante, rebotante de ilusión y de un anhelo tan intenso que es difícil definir en palabras, tampoco se apaga en toda la noche.

CAPÍTULO 8



OLENA

Esa noche duermo en uno de sus muchos dormitorios de invitados, cansada porque me he quedado hasta tarde y, lo admito, un poco temerosa de volver sola al hotel sin saber con qué me voy a encontrar.

¿Puede la prensa encontrar el lugar donde te alojas?, me pregunto mentalmente con ansiedad antes de acostarme bajo las sábanas y cerrar los ojos.

Cuando los abro, ya es de día y el sol entra a raudales por los ventanales de suelo a techo que ocupan una pared entera del inmenso dormitorio con baño en *suite*.

Bostezo y me resisto a salir de la cama un poco más, pero al final la combinación de las exigencias de mi vejiga y las ganas que tengo de ver a Jared me obligan a ello.

Salgo del dormitorio sintiéndome un poco tímida por llevar puesta una de sus enormes camisetas (para mí) a modo de pijama. Admito que no me apetece ponerme la ropa de ayer, pero que lo que realmente me pasa es que no quiero quitarme su ropa, por extraño e incómodo que ello sea.

Y su expresión de intensa posesividad cuando me ve aparecer por la cocina no ayuda a que eso se apague.

—Buenos días —saludo con voz adormilada y una sonrisa tentativa en los labios.

—Buenos días, Olena —replica él con un ronroneo, limpiándose de las manos con un paño el café granulado que se ha salido cuando llenaba la cafetera italiana.

—Huele genial —comento deteniéndome en el borde opuesto de la isla de cocina y mirándole sin poder evitarlo.

Intento que no se note demasiado en mi expresión que mi mente está gritando como una posea que el alfa no lleva camiseta, ni tampoco que todos esos músculos me llenan de una necesidad imperiosa de pintar un cuadro, con él desnudo como protagonista, de manera enfebrecida; como si la lujuria que siento al mirarle me encendiese la sangre con una mezcla de deseo sexual y frenesí artístico.

Su sonrisa socarrona hace aparición cuando, invariablemente, nota mis ojos sobre sus pectorales, ya que soy malísima ocultando mis pensamientos.

—Tu rostro es demasiado expresivo, cariño —se burla el alfa.

Cojo el trapo que él ha dejado sobre la encimera de la isla y se lo lanzo a la cara, ruborizándome, pero él solo se ríe con ganas por mi reacción.

—No andes por ahí medio desnudo —regaña medio en broma, tomando asiento en uno de los taburetes y apoyando mis codos sobre la encimera de mármol negro vetado de gris—. Me están entrando ganas de pintarte.

Él alza las cejas con sorpresa, quitándose el trapo de la cara para sonreírme de nuevo.

—Eso parece interesante —comenta, girándose para apagar el fuego cuando la cafetera comienza a pitar—. Si quieres, puedo comprar algunos pinceles y pinturas y algún que otro lienzo...

Niego con la cabeza, interrumpiendo su propuesta.

—Mi vuelo es en unas horas. Y todavía tengo que pasar por el hotel para recoger mi maleta y pagar.

Él pone cara de decepción y yo, para mi asombro, tengo ganas de cancelar el vuelo y quedarme en su ridículamente caro apartamento unos días más, solo para poder immortalizar su increíble cuerpo en un cuadro muy íntimo.

Me tienta tanto que, de hecho, tengo que gritarme a mí misma que las cancelaciones horas antes del vuelo no me devolverán el dinero, y que no tengo para pagarme otro billete de vuelta a casa.

No seas tonta. No te arriesgues tanto por un alfa sin importar lo guapo que sea, por mucha confianza que te inspire y por mucho que quieras follártelo, me regaña mentalmente.

Jared sirve el café en dos tazas y añade leche al mío cuando se lo pido.

Nos sentamos en la misma terraza en la que anoche estuvimos hablando hasta las tres de la mañana mientras intentábamos ignorar, como podíamos, al elefante rosa de la atracción que sentimos por el otro.

—Así que —comenta el alfa dándole un sorbo a su café mientras yo cojo con ambas manos el mío, deseando ponerle algo de hielo porque es verano y hace calor—, ¿quieres follar antes de que tengamos que volver a nuestras vidas de LA?

Me atraganto con mero aire por la sorpresa y le suelto un gruñido cuando él se ríe de mí.

—Capullo —murmuro, sabiendo que estoy enrojeciendo como un cangrejo una vez más.

—Si es lo que te gusta en la cama, puedo ser un gran capullo por ti, cariño —sonríe meneando las cejas de manera insinuante.

Me niego a que note cómo se me ha acelerado el corazón. Aunque mucho me temo que ya lo ha hecho, por la manera en la que sus ojos se entornan como si supiera lo que siente mi cuerpo y el calor que me producen sus palabras.

—¿No decías que querías tener citas o algo así? —pregunto, carraspeando débilmente y dándole un trago a mi café para intentar ocultar un poco mi rubor.

Él se encoge de hombros y mis ojos, que saben bien cómo apreciar la belleza, siguen el movimiento de sus músculos con avidez.

—Ayer cuenta como una cita.

Bufo de risa.

—Pues podrías habérmelo dicho.

Él enarca una ceja.

—¿No te diste cuenta?

Niego con la cabeza.

—Estaba demasiado ocupada preocupándome por lo que pasó en la reunión de exalumnos —le explico—. Y luego por lo del cuadro. Y por lo divertido que fue hablar de todo un poco contigo antes de cenar. Y después de cenar, por el vino y la conversación sobre nuestras cosas favoritas de la vida...

Su sonrisilla satisfecha vuelve a aparecer en su jodidamente hermosa cara de rasgos perfectos.

—¿Lo ves? —asiente—. Una cita en toda regla.

Resoplo otra vez, pero no lo niego.

—Supongo que lo fue —admito a regañadientes.

—Y no estuvo nada mal —me mira de reojo como si estuviese evaluando mi reacción—, ¿no crees?

Me muerdo una esquina del labio inferior y hago un cabeceo vago de conformidad.

—No. No estuvo mal —replico en voz baja.

Pero él me oye y da un sorbo a su café con expresión satisfecha.

—Así que, ¿cuánto tiempo tienes antes de que salga tu vuelo?

Me río porque el muy maldito es tan insistente como encantador.

Y porque admito que me siento coqueta y que quiero acostarme con él. Jared me mira de una forma que me hace sentir la mujer más bella del planeta, aunque sea una tontería sentirme así por un alfa al que apenas conozco.

—El suficiente —replico, armándome de valor y decidiendo darme a mí misma el capricho de follarme al alfa que me encandiló durante mi adolescencia y al que nunca he podido dejar ir.

Si esto no funciona entre nosotros, al menos me quitaré esa espinita del costado de una vez por todas.

Él deja su taza sobre la mesa, y entonces me quita la mía y la deja junto a esta, cogiéndome de la mano para tirar de mí hacia arriba.

—Vamos —me dice con impaciencia.

Subimos las escaleras hacia su dormitorio riéndonos como dos críos a punto de hacer una travesura.

Y mi corazón se siente un poco más ligero de lo que se ha sentido en mucho tiempo.

CAPÍTULO 9



OLENA

Jared besa como un demonio que quiere convencerte de que le regales su alma a cambio de la mejor follada de tu vida.

Joder, jadeo cuando su lengua invade mi boca una segunda vez, tras apartarnos para que pueda quitarme su camiseta por encima de la cabeza y quedarme solo en bragas.

—¿Anticonceptivos? —pregunta el alfa acariciándome un pezón con dedos inquietos.

Asiento, humedeciéndome los labios.

—Especiales para omega. Una vez al año —le explico—. Los tomé hace dos meses.

Él me sonrío con ganas y me besa otra vez.

—Estoy sano, ¿y tú?

Apenas puedo pensar, pero sé que sus preguntas son importantes.

—También.

—Perfecto —ronronea Jared—. Ahora déjame verte bien —me exige mordisqueando mi labio inferior, y me empuja suavemente de los hombros para poner la suficiente distancia como para que sus ojos me devoren por entero—. *Joder*, eres preciosa, cariño.

Me río con vergüenza.

—Seguro que has conocido mujeres más hermosas que yo —digo, sintiéndome halagada pero un poco consciente de mí misma cuando sus ojos se detienen en mis pechos—. No tengo un mal cuerpo, pero es bastante normalillo, la verdad.

Él me fulmina con la mirada como si se sintiera ofendido en mi nombre.

—Nada en ti es normal para mí —declara con voz cáustica—. Tienes las tetas más bonitas que he visto en la vida, por ejemplo. Y tus labios... esos labios me han hecho soñar despierto desde que éramos unos putos adolescentes. Y tus ojos. Y todo el resto de ti. *Todo*. Eres jodidamente hermosa, Olena.

Su declaración y la gravedad con la que habla me hace reír de la incredulidad, aunque él tiene tal expresión seria en el rostro que me hace creer que está siendo honesto.

Sobre todo, cuando alza las manos y, como si no pudiera contenerlo, coge mis tetas y las masajea, alzándolas para poder inclinar su largo cuerpo y pasar la lengua por la parte superior de los montículos.

—Preciosas —susurra contra mi piel en tono reverente.

Suelto un jadeo y me estremezco, sintiendo mi sexo humedecer mis braguitas de algodón.

—Oh, joder... —gimo cuando sus dedos pellizcan suavemente mis pezones—. Sigue.

Él se ríe y vuelve a hacerlo con gusto una vez más, quitando las manos de mis pechos cuando decide que es hora de que me quede también sin bragas.

—Tú —me indigno al ver que todavía lleva los pantalones negros de algodón puestos cuando yo estoy totalmente desnuda—, ropa fuera.

Él suelta una carcajada sorprendida y se deshace de ellos tirándolos sobre el borde de la cama, a la que me empuja con firmeza hasta que caigo de lado sobre el colchón, tendiéndose a mi lado para volver a besarme hasta quitarme la capacidad de pensar con esa lengua suya.

—¿Dónde has aprendido a besar así? —inquiero con no poco asombro cuando nos separamos para respirar, haciendo una mueca de horror porque estoy segura de que esa es una de esas cosas tabús que la gente no pregunta en la cama.

Él se encoge de hombros y vuelve a masajearme los pechos como si estuviera fascinado con ellos.

—Práctica —responde con vaguedad—. Aunque —se inclina y muerde una de mis tetas con suavidad, haciéndome suspirar—, admito que de vez en cuando, mientras besaba a otra mujer, pensaba solamente en ti.

—¿En serio?

Sueno tan incrédula como me siento.

Él eleva la cabeza y me besa brevemente con los labios cerrados antes de mover su cuerpo hacia abajo para poner su boca a la altura de mis pechos.

—Sí —replica como si fuera lo más lógico antes de lamerme un pezón.

Durante el rato siguiente no soy capaz de hacer más preguntas. Estoy demasiado ocupada disfrutando de sus atenciones hasta estar al borde de correrme.

—Tus pezones son jodidamente sensibles —admira él, dándoles un último lametón y cogiéndome para alzarme con una facilidad pasmosa y así tenerme bocabajo sobre él.

—Supongo que lo normal para una omega —le sonrío como una boba, arrastrando mis palabras y sin aliento.

Él sonrío con expresión orgullosa al ver el estado en el que me ha dejado, el muy cabrito.

—No tanto —objeta—. No creas. Cada persona es un mundo. Aunque sí que es cierto que los omega son un poco más sensibles en las zonas erógenas por norma general.

Lo miro de manera impresionada, saliendo levemente de mi estado atolondrado.

—¿Pero tú a cuántas te has follado para ser capaz de decir eso con tanta confianza?

Él se ríe y yo me arrepiento de preguntar, pero estoy demasiado ocupada sintiendo sus manos empujando mis glúteos hacia arriba, arrastrando mi cuerpo sobre el suyo como en una caricia larga y lenta.

—A muchas —contesta con humor una vez mi entrepierna está a la altura de su barbilla—. Unas treinta, creo. No lo sé. Honestamente, solo quería sacarte de mi cabeza, y follarme a mujeres omega con la esperanza de que una de ellas pudiera sustituir mi obsesión por ti me parecía lo más adecuado en ese entonces.

Boqueo de la impresión y del hecho de que su boca me está haciendo cosquillas en el vello púbico al hablar.

—No sé si tomarme en serio lo que me dices que sientes por mí, la verdad —le confieso en un arranque de honestidad, tratando de organizar mis pensamientos de una manera coherente mientras sus dedos se cuelan entre mis piernas por detrás y me acarician de manera experta, haciéndome estremecer—. Me llamas «cariño» y me dices que no dejas de pensar en mí...

—Estoy siendo sincero, Olena —murmura el alfa—. Desde el momento en el que te presentaste, me invadiste la puta cabeza. Y desde entonces no he dejado de pensar en ti. En tu olor. En cómo sabría tu sexo. En tantas otras cosas...

Me sube un poco más y empuja mis piernas con fuerza sin previo aviso, hasta que mis rodillas se abren a cada lado de su cuello.

Suelto un grito y me agarro del cabecero con ambas manos para no perder el equilibrio y estampar mi cara contra él.

—¡Jared! —regaña.

Él se ríe con ganas y extiende su lengua para pasarla por mi sexo, abierto sobre su boca, riéndose de nuevo a mi costa cuando escucha mi «oooh» maravillado.

—¿Primera vez que te lo lamen? —pregunta observándome con intensidad cuando me siento del todo, dejándome caer hacia atrás para poder verle la expresión de la cara.

Niego con la cabeza tragando saliva.

—Una vez —le confieso—. Pero no fue muy bueno.

Fue mi segundo amante. Un beta impaciente por follarse a una omega que me lamió un par de veces, se corrió a los cinco segundos de entrar y me dejó insatisfecha y sintiéndome sucia y sola cuando se largó con una sonrisa satisfecha en los labios. Cabrón egoísta...

Los ojos de Jared se vuelven posesivos una vez más. Sus iris verde musgo se oscurecen y me observan fijamente cuando habla de nuevo.

—Es mi turno de preguntar —dice con voz algo oscura y ronca—. ¿Cuántos?

Maldito alfa, gimo mentalmente, cerrando los ojos momentáneamente porque me ha lamido otra vez de arriba abajo tras formular su pregunta.

Sus manos agarran mis nalgas con la misma posesividad dominante que muestra su mirada.

Me relamo los labios y trato de pensar en el número de amantes que he tenido, consiguiéndolo al segundo intento.

—Cuatro —le respondo.

Si contamos al imbécil egoísta como tal, cosa que no merece, murmura mi mente.

—Mmmm —gruñe él como si no quisiera que le molestase, pero en el fondo no pudiera evitarlo.

Paso las manos por detrás de mi cuerpo y las apoyo en su vientre, ignorando su considerable erección porque estoy demasiado obsesionada con la expresión de su cara. O lo que puedo ver de su cara asomando por encima de mi vello púbico.

—No es ni la mitad que tu cifra —resoplo con indignación cuando él no dice nada.

Su lengua vuelve a lamerme y sus manos mueven mi cuerpo incitándome a frotar mi sexo contra ella, cosa que hago con gusto.

Su boca está demasiado ocupada como para responder durante un buen rato, pero no dudo de que este es un tema de conversación que sacará de nuevo porque tiene pinta de que, por muy liberal que parezca ser, Jared es un alfa con inclinaciones territoriales y posesivas bastante intensas cuando se trata de mí, al parecer.

Me arqueo y gimo, incrementando el ritmo mientras él observa todas mis expresiones con párpados entornados, disfrutando del placer que me causa mientras monto su cara con ganas, perdiendo poco a poco las inhibiciones que todavía me quedaban.

Cuando me corro, lo hago con fuerza, riéndome y curvando los dedos de los pies. Pierdo las fuerzas cuando mis músculos se sacuden con poderosos espasmos y hubiera caído sobre él si el alfa no me hubiera agarrado de la cintura y me hubiera empujado hacia un lado de su cuerpo, dejándome tendida sobre el colchón.

—Dame un segundo y te lo devuelvo —le digo sin aliento en cuanto recobro la capacidad de enfocar los ojos de nuevo.

Él, todavía con esa expresión seria e intensa de antes, pasa su lengua por el borde de mi oreja y pellizca mis pezones, volviendo a chuparlos mientras yo me recupero.

Araño sus hombros con mis uñas romas sin darme cuenta de ello porque estoy volviendo a perder el control.

—Jared —jadeo—. Déjame devolvarte el favor.

Pero él me ignora, cogiéndome en brazos y deslizando su cuerpo por las sábanas revueltas hasta que está sentado con la espalda apoyada en el cabecero de la cama conmigo en su regazo.

—Móntame —me ordena en tono imperativo con los ojos brillantes de posesividad—. Quiero ver tu cara mientras te lleno el coño con mi nudo.

Me estremezco y emito un gemido anhelante que me avergonzaría si me quedara raciocinio alguno. Lo bueno es que sus palabras me han puesto tan cachonda que ya no me queda.

Relamiéndome los labios, resecos de tanto jadear, apoyo mis manos sobre sus hombros y las rodillas a cada lado de sus musculosas piernas. Él coge su polla con una mano y mi cintura con la otra cuando comienzo a descender por su longitud.

Es grueso y largo, como suelen serlo los alfas, pero esta es la polla de Jared.

Jared, mi jodida obsesión de toda la vida.

Jared, el alfa que me está haciendo perder la cabeza por él tan rápidamente como si él fuera un incendio forestal y yo un bosque seco con ganas de arder en llamas hasta hacerme cenizas.

Cuando estoy sentada con él llenándome completamente, gimo de nuevo de manera aguda y necesitada y clavo mis uñas en sus hombros, estremeciéndome con fuerza una vez más.

—Muévete —me apremia él con voz grave y dominante, enredando una de sus manos en el pelo de la parte posterior de mi cabeza.

Obedezco su orden con gusto, alzándome solo para dejarme caer una y otra vez y estableciendo un ritmo que es cada vez más rápido y frenético; más desesperado por alcanzar la cima una vez más, esta vez sintiendo el nudo de la base de su polla hinchándose y dejándonos conectados mientras él me llena con su semen hasta que sus pelotas estén completamente vacías.

Jared solo aparta los ojos de mi cara para mirar mis tetas. La mano que tiene en mi cintura acuna una de ellas y pellizca mi pezón con fuerza, haciéndome gritar, y es entonces cuando me corro una segunda vez, arqueándome con tal fuerza que el alfa tiene que sujetarme con ambas manos y moverme él mismo sobre su longitud hasta que llega a su propio orgasmo con un gruñido.

El nudo de su base se hincha y nos conecta mientras me llena hasta que mi vientre se abulta por la cantidad de semen que derrama en mi interior.

Y yo caigo contra su cuerpo, agotada y sudorosa, y pienso que, si es así como se siente el sexo con un alfa que se te mete en la cabeza y el corazón nada más conocerle, tal vez esos

instintos que me gritan que Jared Faust es perfecto para mí no se equivoquen del todo, a diferencia de lo que había creído durante años.

CAPÍTULO 10



OLENA

Apenas me sostengo en pie cuando entro en mi habitación de hotel con intención de recoger mi maleta y pagar antes de irme de la ciudad.

Jared me ha dejado completamente agotada física y mentalmente. Y el hecho de que me está costando un infierno no aceptar su oferta de quedarme un día más con él en su apartamento y de que él me pague el vuelo después (puede que sea omega, pero soy orgullosa y tozuda como una mula a pesar de mis muchas inseguridades) no me ayuda a que las ganas de decirle que acepto quedarme en su dúplex desaparezcan.

Bajo a la entrada del hotel y pago las tasas en el mostrador, sintiéndome aliviada una vez más cuando nadie me señala como si me reconociera y cargando con mi maleta hacia el ascensor que lleva al garaje donde el alfa me espera con el coche aparcado en una plaza discreta, escondida tras un enorme pilar de piedra.

—¿Lista? —pregunta Jared, que lleva puestas sus gafas de sol y ha cogido prestado el coche de sus padres, que resulta que viven a dos calles de su apartamento.

Asiento.

—Todo listo para el viaje.

Desearía no tener un nudo que me pesa como una piedra en el fondo de mi estómago al pensar en separarme de él. Ni tampoco que su expresión, cuidadosamente neutra después de mi negativa a quedarme más tiempo en Boston, fuese tan fría.

Me gusta el Jared que me sonrío. Y el que me toma el pelo. Y el que me mira con ternura.

Y el que me folla con lujuria desenfrenada.

La piel se me pone de gallina al recordarlo mientras me abrocho el cinturón y él sale del aparcamiento y conduce hasta el Aeropuerto Internacional Logan.

Apenas hablamos hasta que llegamos a la zona de taxis, donde para el coche para que me baje.

—Espera —me pide cuando estoy a punto de quitarme el cinturón, sacar la maleta y marcharme con el corazón apesadumbrado, decepcionada de que no me haya dirigido la palabra.

Me está haciendo sentir como aquel beta capullo, como si yo solo hubiera sido un polvo que quería tener una vez en la vida, y aunque he accedido a tener sexo con él sabiendo que ambos queríamos quitarnos esa espina clavada desde nuestra adolescencia, estoy empezando a mosquearme.

—¿Qué es lo que quieres? —replico con cierta brusquedad, arrepintiéndome cuando él alza una ceja con sorpresa por la agresividad de mis palabras—. Perdona —murmuro, avergonzada y apartando la mirada de él para clavarla en las puertas de cristal del aeropuerto.

—Voy a aparcar en el aparcamiento VIP —decide él—. Por si acaso.

Abro la boca para preguntarle por si acaso qué y la cierro cuando recuerdo lo sucedido con los demás exalumnos.

Estaba tan enfocada en él y en mis sentimientos que hasta me había olvidado durante un tiempo. Boba de mí.

Asiento y él saca el coche de la parada de taxis y buses, metiéndose en el *parking* tras pagar el peaje.

Me sorprende cuando se baja del coche conmigo una vez ha aparcado en una plaza libre junto a los ascensores.

—Voy contigo —declara sin más.

Me encojo de hombros cuando él me quita la maleta de las manos y echa a andar hacia el ascensor más cercano, pensando que se refiere a despedirme antes de pasar por la inspección de seguridad.

Saca el móvil cuando llegamos arriba y yo rechino los dientes sintiéndome frustrada conmigo misma y con él, y a la vez estúpida por sentirme así.

No nos hemos prometido nada.

Él quería tener una cita y follar y eso es lo que hemos hecho. Y ya está. No puedo reclamarle nada porque eso sería *creepy* y a mí no me gustaría que me lo hicieran si hubiera dejado claro que no quería nada más.

El problema, susurra mi cabeza mientras yo trato de convencerme de esas cosas repitiéndomelas una y otra vez, *es que él no ha dejado de decirte que le gustas, que le pareces preciosa, que lleva obsesionado contigo muchos años y que quiere protegerte de la prensa y de los posibles acosadores, y ello no para de mandarte mensajes que te confunden y te hacen pensar que Jared quiere algo más que solo una follada y se acabó. Que tal vez quiera lo mismo*

que tú estás buscando en la vida: una pareja. Un compañero con el que envejecer.

El problema es que, en el fondo, aunque vayas de mujer moderna y libre, siempre has sido una romántica monógama empedernida con una mentalidad que tiende más hacia lo tradicional.

Ser sincera conmigo misma me ayuda a ver las cosas como son en mi interior, aunque negarlas a veces sea más fácil.

No me gusta mentir, aunque lo haga cuando siento que lo necesito para protegerme de algo o de alguien. Y es por ello, tal vez, que cuando estamos frente a la facturación del equipaje pierdo un poco los estribos y la paciencia.

—Oye, Jared —llamo en tono molesto, tratando de mantener la calma y fallando.

—¿Mmm?

Él levanta la vista de la pantalla de su móvil y la clava en mí a través de sus gafas de sol, guardándose el aparato en el bolsillo de sus vaqueros.

—Me gustas —le digo de nuevo, recordando que se lo he dejado claro antes.

—Lo sé. Me he dado cuenta —se ríe él, mirando subrepticamente alrededor para ver si alguno de los pocos pasajeros presentes lo reconoce.

Pongo los ojos en blanco y le sonrío a pesar de la irritación que siento conmigo misma y con su actitud distante.

—Me refiero a que me *gustas* —reitero—, de verdad. En plan... —Me armo de valor y continúo—: En plan novios. Ya sabes...

Ale, ya lo he dicho. Aunque me sienta un tanto infantil y boba por decirlo de esa manera.

Su sonrisa se suaviza.

—A mí también me gustas en plan novios —responde con una voz casi inaudible, inclinándose hacia mi oído para que lo oiga por encima del anuncio de que pase el siguiente, que soy yo.

Avanzo hacia el mostrador con el corazón a mil por hora y una sonrisa atontada en los labios, feliz de oír su respuesta.

—¿Vamos? —inquire él cuando salgo de la zona de equipaje señalando hacia la de seguridad—. El avión sale dentro de poco. Nos hemos retrasado mucho.

Está claro, por la socarronería con la que habla, que está pensando en el revolcón que nos hemos dado.

Dudo antes de detenerme frente a los guardias de seguridad y él coge la maleta que le he quitado para llevarla a facturación y la sube a la cinta corredera.

—¿No vamos a despedirnos? —inquiero con decepción—. No espero que me beses en público, pero un abrazo no estaría nada mal.

De normal no sería tan exigente con mis necesidades emocionales, pero él ha accedido a ser mi novio, así que me niego a no expresar mis deseos de contacto físico cuando me asolan. Como ahora.

Al fin y al cabo, los omega somos conocidos por el hecho de que nos encanta tocar y abrazar a las personas importantes para nosotros, aunque sea un estereotipo. Uno que a mí sí que se me aplica.

Jared se encoge de hombros y me abraza brevemente con fuerza. Y luego se aparta de mí y pasa primero por la zona de seguridad, dejándome patidifusa.

—¿Vienes o no? —pregunta, deteniéndose para mirarme por encima del hombro con esa sonrisilla suya, tan atractiva como altanera—. ¿No querrás que perdamos el vuelo?

CAPÍTULO 11



OLENA

Nos ha metido a ambos en primera clase argumentando que, de todas formas, viajar en avión por separado sería una tontería.

Mis protestas, débiles porque me hace muy feliz que vuelva conmigo a Los Ángeles, caen en saco roto.

A él no le importa no llevar equipaje. Ni que el coche de sus padres esté aparcado en el garaje VIP del aeropuerto. Ni que yo ya tuviese un billete pagado previamente.

Nos sentamos en los asientos, situados uno frente al otro, de la zona amplia y diseñada para la privacidad de los pasajeros de primera clase. Una vez el viaje ha empezado, el alfa aprieta un botón situado bajo la ventana, entre nuestros asientos, que hace aparecer dos planchas ocultas en el lateral de los sillones que se deslizan a unos centímetros del suelo, refugiándonos todavía más de ojos indiscretos cuando se unen en el centro formando una pequeña pared.

—Así mejor —declara Jared con satisfacción, quitándose las gafas de sol y estirando sus piernas todo lo que puede a ambos lados de las mías hasta que rozan la parte baja de mi asiento—. ¿No crees?

Pero yo todavía estoy fascinada por lo de la pequeña pared.

—Me siento como si estuviera en una nave espacial —comento, medio incorporándome para mirar por encima de ella con curiosidad—. Como en tu garaje.

No hay muchos pasajeros, y los que hay no nos prestan atención.

Él se ríe como si mi reacción fuera adorable y yo recuerdo de repente que se rumoreaba que su familia era bastante rica incluso antes de que entrara en la NBA.

Me siento de nuevo y empujo una de sus piernas de manera juguetona con una de las mías.

Jared menea las cejas de manera sugestiva.

—Cuidado —me advierte en tono de chanza sin bajar la voz ni un ápice como el desvergonzado que es—, si jugamos a piecitos, no respondo si acabamos detenidos por escándalo público dentro de un avión.

Le doy un manotazo suave en uno de sus muslos, inclinándome hacia delante con expresión de regañina.

—Los demás pasajeros te van a oír —digo, y me aguanto la risa, tratando de parecer severa.

Su sonrisa se amplía y se vuelve lobuna.

—Si no te gusta tener público, podemos meternos en el baño —propone con otro meneo de cejas sugestivo—. El de la zona VIP es bastante amplio. Hasta tiene ducha y todo.

Lo miro pensando que me está tomando el pelo. Y no solo por la propuesta de tener sexo en el baño de un avión.

—¿De verdad tienen ducha? —me asombro—. ¿En un *avión*?

—¿Quieres verla?

Me lo quedo mirando.

—Sí.

Él se echa a reír a mi costa.

—No puedo creer que estés fascinada por el baño de un avión teniéndome a mí frente a ti.

El alfa tuerce los labios en un falso puchero ofendido.

Suelto un bufido.

—No sé qué más esperar de la clase VIP —admito—. Siempre viajo en económica, y allí entrar al baño es casi imposible. Tienes que hacer contorsionismo para pasar al lado de la pila y lograr cerrar la puerta.

Menuda diferencia.

—¿En serio? —se extraña él—. No me lo imagino. Siempre viajo en primera, como mínimo.

—¿Mínimo? —Es mi turno de extrañarme—. ¿Hay más clases que primera?

Él asiente.

—En algunos aviones, sí.

Sí, definitivamente un niño rico, pienso con incredulidad.

—Tengo que ver ese baño —decido de repente, todavía sin creermelo del todo que realmente haya un baño completo con ducha en un avión.

Él pone los ojos en blanco, pero aprieta el botón de nuevo y la pared retira sus dos mitades, dejando vía libre para que salga al amplio pasillo de esta zona del avión.

Camino hacia el baño que puedo ver bajo el arco con cortina que divide la zona VIP de la siguiente, mucho más económica, y abro la puerta que hay señalizada como WC pensando que tal vez me está tomando el pelo, cosa que estoy empezando a entender que a Jared le gusta bastante hacer.

Me quedo con la boca abierta.

No solo tiene una ducha, sino también una pila doble, un váter japonés de esos que tienen miles de botones imposibles de descifrar y una pequeña bañera.

—Madre mía —musito en voz baja, cerrando la puerta tras de mí y dándome cuenta de que también hay, en un pequeño armario pegado a los espejos de la ducha, jabones, champús y hasta cremas de cortesía.

Impresionante, silbo para mí misma en silencio, decidiendo probar el váter japonés ya que estoy aquí.

Por supuesto, por mucho que los botones estén en inglés me es imposible descifrar para qué sirven todos, así que una vez acabo mis necesidades y me limpio con el papel, me levanto subiéndome los pantalones y aprieto uno de ellos para ver qué pasa.

La música que suena de repente, saliendo de un altavoz situado en un lateral del váter, me hace dar un bote del susto. El interior de la taza se ilumina con luces que cambian de color y varios chorros de agua, como los de una fuente, surgen del interior haciendo que salte de nuevo, esta vez hacia atrás.

Me sorprende tanto que acabo riéndome a carcajadas, y todavía me estoy riendo entre dientes cuando abro la puerta y el ánimo se me cae a los pies por lo que escucho.

—... la puta omega que ha conseguido pillarse a Faust. ¿La has visto? Ni siquiera es tan guapa. Y se nota que es de lo más vulgar. No sé qué ve en ella ese pedazo de alfa.

Es una de las azafatas, hablando con otra de ellas. Sobre Jared y yo.

Me detengo en la puerta, sintiéndome incómoda y señalada, y la cierro tras de mí cuando su compañera le da un codazo para que se calle en cuanto me ve.

Camino hacia los asientos fingiendo que no he oído nada, con las miradas de ambas mujeres clavadas como dagas en la espalda y, cuando me siento y Jared ve la expresión seria y tensa de mi cara, el alfa se me queda mirando con preocupación y vuelve a darle al botón que hace aparecer la división para darnos algo de privacidad.

Pero aun así me siento expuesta. En carne viva. Como si, aun sentada y escondida de su vista, la gente me estuviera señalando y hablando de mí.

—¿Qué te ocurre? —inquire Jared con el ceño arrugado.

Me encojo de hombros. Mi respuesta automática suele ser restarle importancia a un asunto, pero descubro que esta vez no quiero hacerlo, que estoy demasiado irritada como para pasarlo por alto y que la idea de compartirlo con Jared me llena de alivio.

Así que, cuando veo a una de las azafatas pasar por al lado de nuestro asiento (solo le veo la frente pero reconozco su color de pelo), saco el móvil del bolsillo de mis vaqueros y escribo un texto en la aplicación de mensajería, tendiéndoselo para que lo lea porque todavía no tenemos internet.

Jared lo hace y su rostro se oscurece más y más con cólera conforme sus ojos verdes escanean el contenido de mi mensaje sin enviar.

Está tan cabreado que, aunque aparente mantener la calma, hay un pequeño tic en su mandíbula.

Suelto una exclamación ahogada de alarma cuando veo cómo se quita el cinturón y hace ademán de levantarse.

—¡Espera! —cuchicheo—. No me apetece armar un drama. Solo quería desahogarme.

Él aprieta los labios en una delgada línea irritada.

—Te ha insultado, ¿verdad?

Hago una mueca y asiento.

—Sí.

—¿Y qué te dije yo que haría si alguien se atrevía a meterse contigo?

Me lo quedo mirando, recordando aquella conversación en la sala de sonido.

—Acabar con ellos socialmente —susurro, pensando en si realmente sería capaz de ello.

Su sonrisa es fría y cruel cuando habla. Y me grita que sí lo es. Que, aunque conmigo sea dulce y juguetón (y dominante y un poco cabroncete), a Jared nadie se la juega sin consecuencias.

—Exacto —se recuesta en su asiento y se vuelve a poner el cinturón, aunque la expresión de supremo cabreo no desaparece de su cara—. Si no quieres llamar la atención, me parece bien. Lo respeto, aunque a mí me importe una mierda por mucho que luego mi relaciones públicas se queje. Pero no pienso pasar esto por alto. No pasaré por alto *nada* que te haga sufrir, ¿comprendes? Y menos por simplemente haberte relacionado conmigo. Por mis putos errores.

—Vale —replico, sintiendo una mezcla de alivio y aprehensión asentarse en la base de mi estómago—. Aunque no fue tu error, Jared. Ninguno de los dos notamos que los altavoces estaban encendidos. No lo hicimos a propósito.

El alfa me mira con intensidad, de esa manera que me hace sentir que soy la única persona en el mundo, como si los demás desaparecieran del mapa.

No soy capaz de apartar mis ojos de los suyos, como siempre que lo hace.

—Eres demasiado buena para un mundo tan jodido como este, Olena —murmura de repente, pillándome por sorpresa una vez más cuando noto la ternura de su tono de voz—. No te preocupes. Te aseguro que cualquiera que te haga daño lo pagará tan caro que a nadie se le ocurrirá volver a hacerlo.

Aunque una declaración así me habría parecido una idiotez arrogante viniendo de cualquier otro alfa, en Jared solo me hace sentir que es una promesa.

Una promesa que aquellos que le han cabreado van a sentir en carne propia muy pronto.

CAPÍTULO 12



JARED

Olena duerme, cansada tras todas las cosas que han pasado desde ayer, y yo no puedo evitar que mis ojos se desvíen a su rostro dormido, relajado y en calma, una y otra vez, aunque intente evitarlo.

Aunque mi plan era proponerle salir un tiempo, follármela y luego ver qué tal iban las cosas entre ambos desde ese punto, sé que eso de cada uno por su cuenta, tras quitarme de encima ese jodido y obsesivo deseo de tenerla en mi cama (que era una de las opciones), no va a funcionar.

A estas alturas, me conozco lo suficiente como para admitir ante mí mismo sin tapujos que no solo es su aroma o la belleza de su rostro (de facciones delicadas como suelen serlo los de los omegas), o su jodida sonrisa, que me deja sin aliento cada vez que la veo... No. Es mucho más que eso.

Olena Sierra se me metió bajo la piel el día en el que se presentó como omega y el aroma de su celo grabó a fuego en mi cabeza que ella era *perfecta* para mí, negándose a desaparecer por mucho que yo lo haya intentado durante años.

Durante el instituto ya llevaba un tiempo notándola antes de que se presentara. Siguiéndola con la mirada y sintiéndome complacido como el arrogante capullo que siempre he sido cuando sentía los ojos de la tímida chica (a la que recuerdo con la nariz siempre hundida entre las páginas de algún libro) sobre mí de manera constante; ya fuese en clase, entrenando en el gimnasio o jugando un partido amistoso en la cancha del patio. Ella siempre acababa desviando su vista hacia mí.

Ahora recuerdo eso y me doy cuenta de que tal vez ya en ese entonces parte de mí sabía que me sentía atraído por ella, aunque mi arrogancia insistiese en que merecía a la más popular

de la clase a mi lado. Cosa que ahora me hace reír a costa de mi propia estupidez porque Janet y yo jamás habríamos llegado a nada. Para mí la otra omega es como una hermana tocapelotas.

Me paso una mano por la cara con cansancio.

No he podido dormir nada porque sabía que Olena estaba en la habitación de invitados más cercana, vestida además con una de mis putas camisetas, y ello casi me hace perder la cabeza y mandarlo todo a la mierda para intentar seducirla.

Por ello, esta mañana, al verla aparecer en la cocina (tan jodidamente bella que me ha costado cada ápice de fuerza de voluntad no besarla sin ni siquiera un jodido «buenos días»), no he podido aguantarme más y le he propuesto que folláramos de una vez.

Ha sido como tocar el cielo y el infierno a la vez cuando ella ha accedido.

El cielo, porque definitivamente Olena Sierra es la mujer perfecta (y me asombra y me jode que ella no lo vea así), no solo por su aroma o su físico, o lo bien que me lo he pasado con ella en la cama y lo malditamente sexi que es. No. Sino porque no he tenido más remedio que admitir, tras tenerla entre mis brazos, que nunca me había sentido así. Tan completo. Tan a gusto. Tan *bien*. Como si cada pieza de mí encajara en cada pieza de ella, más allá del jodidamente fabuloso sexo.

Y el infierno, porque la omega ha puesto mi vida patas arriba como ya lo hizo una vez y, de nuevo, lo ha hecho sin ni siquiera darse cuenta.

No creo que ella sea consciente del poder que tiene sobre mí. Pero sí que creo que, si lo supiera, es tan malditamente amable, tan buena persona (a diferencia de mí), que no sabría ni qué hacer con el hecho de que podría pedirme que saltara de un puente y yo, confiando en que ella lo hace por mi bien y (más importante) por el suyo, lo haría sin rechistar.

Es jodidamente terrorífico sentirse así. Estar enamorado de una mujer que ha sido más un sueño que algo tangible durante muchos años, pero cuya realidad le da mil patadas a cualquier fantasía que tuviera en la cabeza sobre ella ahora que empiezo a conocerla de verdad, tal y como es.

Porque no me cabe duda de que estoy pilladísimo por ella, me guste o no. Lo entienda o no. Mis hormonas alfa, o lo que quiera que sea ese instinto, la han elegido a ella. Y solo a ella. Como se supone que solo pasa entre alfas y omegas en los putos cuentos de hadas románticos de las películas Disney.

Estoy jodido. Y perdido. Perdido en Olena. Y no me importa. Por mí, puede quedarse con todo lo que soy si a cambio ella se queda en mi vida. Y me acojona lo mucho que estoy dispuesto a perderme a mí mismo solo por ella, y nadie más que ella, por mucho que sepa que la omega jamás me pediría algo así.

Me asusta lo dispuesto que estoy a soltar toda la violencia de la que soy capaz cuando veo dolor o angustia en su rostro o lo huelo en sus feromonas; aunque deba usar métodos legales (o al menos que *rocen* lo legal) porque no quiero acabar en la puta cárcel de por vida por asesinato, mis instintos de alfa enamorado me gritan, como si mi cerebro fuese el de un puto animal poco evolucionado que se basa meramente en instintos de la época Neandertal, que debo acabar para

siempre con cualquiera que le haga daño. Preferiblemente con los puños.

Cierro los ojos y estiro las piernas, que chocan contra la base del asiento de Olena porque son demasiado largas, como me pasa siempre con muebles que no están hechos a mi medida.

He mandado a la azafata a la mierda en pocas palabras, más educadas de lo que desearía, hace un rato; cuando ha asomado la cabeza por encima de la partición que nos separa del resto de la cabina para inquirir si quería comer algo y ha mirado a Olena, ya entonces dormida, con cara de asco.

La virulencia con la que he deseado que la muy zorra tuviera un puto ataque al corazón y la palmara allí mismo, solo para no tener que acabar en una celda de la policía del aeropuerto más cercano por rugirle, ha sido más difícil que un partido contra los Celtics.

Tendré que llamar a Mónica cuando aterricemos, me recuerdo a mí mismo.

Mi relaciones públicas es una genio, tal y como me ha recordado Víctor, al que también voy a tener que llamar porque el pobre estará tirándose de los pelos con ansiedad, conociéndolo. Suerte que tiene a Janet para calmarlo.

Trato de mirar por la ventana durante un rato, ya que todavía quedan cuatro horas de vuelo y mis instintos de alfa, sobreprotectores y activados a tope mientras ella duerme, vulnerable e inconsciente ante los cuchicheos que mis finos oídos captan de vez en cuando (aumentando mi cabreo), no me van a dejar dormir porque insisten en que la mujer a la que quiero como compañera está en peligro. Aunque sea un peligro social y psicológico y no uno que pueda aplastar a base de partirlas la cara a los imbéciles que están hablando de nosotros.

Me esperaba algo así, me recuerdo, pero ello no me ayuda a calmarme.

Janet me ha llamado esta mañana para avisarme de que se habían subido un huevo de vídeos a internet y de que varios de ellos se habían hecho virales. Aunque la conversación que mantuve con Olena en la sala de sonido se oía entrecortada (por suerte) porque los altavoces del viejo instituto no funcionan muy bien, aun así han podido grabar lo suficiente como para que sea bastante comprometedor para ambos.

Uno de esos vídeos, en concreto su petición de que le respondiese con sinceridad y posterior pregunta sobre querer follármela y mi respuesta, está rondando por todo el puto internet. Es la jodida comidilla de todo el mundo, y eso me molesta porque, aunque quiera protegerla y esté dispuesto a invertir los millones que hagan falta para borrar todos los archivos que haya pululando por la red y denunciar a los que los han subido, uno jamás puede controlar del todo una bestia como internet. Es imposible.

Paso las siguientes cuatro horas dándole vueltas a la cabeza, sin poder leer ni dormir como suelo hacer en los aviones. Y, cuando aterrizamos y Olena al fin despierta, con sus increíbles ojos color miel parpadeando de manera adorable para quitarse los últimos vestigios de sueño de encima, he llegado a varias conclusiones para: a) protegerla todo lo que puedo de la mierda de la sociedad y del acoso, *online* o en persona; y b) que mis instintos, que me están dando dolor de cabeza, me den algo de paz.

No sé qué respuesta me dará ella, pero espero que esa ilusión con la que me mira y su

confesión de que yo también le gusto, sumado al hecho de que quiere una relación seria conmigo, le hagan aceptar la nueva propuesta que tengo en mente.

Quizá, si Olena está tan colgada por mí como yo lo estoy por ella (cruzo los dedos para que así sea), la proposición que le voy a hacer no le parezca un puto disparate.

CAPÍTULO 13



OLENA

Salimos del aeropuerto y caminamos hacia el garaje situado en un edificio que hay a un par de calles de allí, donde Jared aparcó su coche cuando cogió el vuelo a Boston hace unos días.

Por suerte, ningún periodista nos espera a la salida, así que, más allá de un par de personas que se paran al reconocerle para pedirle una foto y un autógrafo, nadie nos detiene.

—¿No te importa haber tenido que pagar un riñón para sacar el vehículo? —le pregunto, anonadada, pero luego pienso que para alguien que no solo tiene un Lamborghini en una ciudad natal que visita solo unas pocas veces al año, sino que además aparca un Ferrari en un garaje más caro de lo que valdría mi vida en el mercado negro, seguramente pagar la exorbitante cifra de mantener el coche aquí sea solo calderilla.

Él se encoge de hombros y nos mete en la carretera que lleva hacia el oeste de la ciudad.

—¿A dónde vamos?

Me mira de reojo antes de responder, como si se debatiese internamente sobre decirme algo o no.

—Conozco un buen restaurante, ¿tienes hambre? —pregunta finalmente.

El estómago escoge ese momento para gruñirme y le sonrío al oírlo.

—Creo que mi cuerpo acaba de hablar por sí mismo —bromeo.

Él sonrío y cambia de carril.

—¿Te gusta la comida italiana?

—¡Me encanta!

Tengo muchas ganas de comerme un buen plato de pasta. Y una *pizza*. Y una lasaña. Pero todo eso quizá solo sea mi hambre hablando.

—Entonces te encantará el lugar al que te voy a llevar —anuncia el alfa en tono seguro—. Es de un amigo mío.

—¿Le conozco? —pregunto pensando en si será otro viejo conocido del instituto, como Janet, Sebastian y Víctor.

Jared niega con la cabeza.

—No lo creo —replica—. Vino a Los Ángeles desde la Toscana hace unos tres años y se enamoró de una actriz de Hollywood.

—Vaya —me asombro—, ¿así que sale con una famosa actriz?

Él se ríe entre dientes.

—No. Qué va —replica con humor—. Al parecer, ella solo quería un amor de verano. Así que Giancarlo abrió un restaurante y lo llamó *Il cuore ferito*. Aunque dice que le cambiará el nombre si vuelve a enamorarse.

—Oh, vaya. Pobrecillo.

—¿Tú crees? —inquire él metiéndose por una calle bordeada de altas palmeras y edificios blancos de cuatro alturas—. Yo creo que quizá se precipitó un poco cambiando de país para seguir a una mujer con la que solo había pasado un fin de semana... aunque no soy nadie para decir eso —lo último lo musita entre dientes.

—¿Por qué dices eso? —quiero saber, intrigada—. ¿Alguna vez has cambiado de país por amor?

Él suelta un resoplido.

—No —niega—. La única mujer de la que me he... —Me mira de reojo de nuevo y no termina la frase—. En fin —se aclara la garganta—, la comida de Giancarlo es la mejor comida italiana de Los Ángeles. Auténticas recetas de la Toscana italiana. Aunque es un poco tiquismiquis con la clientela, así que no te lo tomes a pecho si te dice algo raro.

—Viviendo en Los Ángeles acabas conociendo a mucha gente excéntrica —contesto yo con una sonrisa—. No creo que vaya a escandalizarme haga lo que haga. Créeme, he visto casi de todo a estas alturas.

Ambos nos reímos.

—Eso es cierto —admite él—. He tenido mi dosis de encuentros extraños desde que llegué aquí... Ah, ya hemos llegado.

Entra por el arco que une dos edificios de fachada estilo mediterráneo y yo suelto una exclamación ahogada por lo bonita que es la pequeña plaza, que tiene una fuente de aguas

alegres en el centro y está rodeada de geranios rojos plantados en macetas de barro.

—No conocía este sitio, ¡qué pasada!

Jared sonríe con satisfacción al ver mi reacción y rodea la fuente para aparcar el coche en un garaje, tras elevar la puerta de metal con un mando que saca del posavasos que hay junto al volante.

—Yo lo descubrí cuando alquilé el garaje para... Ah...

—¿Para qué? —inquiero cuando veo que duda a la hora de seguir, como si se regañara mentalmente por no morderse la lengua a tiempo.

—Para visitar a una *amiga* que vivía cerca de aquí —finaliza él con una ligera mueca aparcando el coche.

—Oh. Entiendo.

Una chica con la que se acostaba. Está claro.

—¿Bajamos? —pregunta cuando ve que no he abierto mi puerta tras quitarnos el cinturón.

—En cuanto descubra cómo diablos se abre la cosa esta.

Es de las que se deslizan hacia arriba y, por muy chulas que sean, a mí ahora mismo me parecen un incordio.

Él se ríe en voz queda e inclina su largo cuerpo por encima de mi asiento para llegar al manillar de la puerta, abriéndola con facilidad.

—*Voilà*. Ya puedes salir —declara con humor, sorprendiéndome con un beso en el cuello antes de volver a su asiento y salir del coche—. Tendré que darte una clase rápida sobre cómo abrir estas puertas.

—No es mi culpa. No son normales —murmuro con el ceño fruncido mientras salgo del coche, tratando de ignorar el rubor de mis mejillas.

Es muy injusto que solo ese pequeño gesto me haya acelerado tanto los latidos del corazón.

CAPÍTULO 14



OLENA

El restaurante es tan bonito como la plaza escondida en la que está situado.

Y, a diferencia de los lugares que se vuelven famosos en LA (y este tiene pinta de que se va a volver famoso muy pronto, ya que cumple los requisitos de calidad y relativa privacidad necesarios, y además es pintoresco y original), no está repleto de gente hasta reventar, haciendo cola en la entrada, o de famosos atrayendo sin desearlo a una comidilla de turistas, curiosos y *paparazzi*.

Giancarlo en persona sale a recibirnos cuando uno de los camareros le comunica que Jared Faust ha venido con una amiga suya. El italiano es un hombre de unos treinta y pocos que sonríe con facilidad, y nos conduce hacia una mesa situada tras un altísimo olivo plantado en una enorme maceta que nos esconde un poco de la mirada de los otros seis comensales presentes en el restaurante.

Es un poco tarde para empezar a comer, pero al dueño y chef principal del lugar no le importa cocinar algo personalmente para nosotros por su amigo Jared.

—Gracias, Giancarlo —le sonrío el alfa, dándole una palmada amistosa en el hombro y tomando asiento frente a mí.

—¡Nada, nada! No las des —exclama el italiano con un fuerte acento—. Por mi querido *amico* y su bella omega lo que sea. No miréis la carta, ¡os voy a preparar mi especialidad!

Nos guiña un ojo y se marcha antes de que pueda corregirle y decirle que ni soy la omega de Jared ni me gusta eso de que insinúen que soy una propiedad.

No me cae mal. El hombre parece un encanto. Pero sospecho que es un poco anticuado, a diferencia del camarero, también italiano, que pone los ojos en blanco al oírle hablar así y nos

trae una botella de vino que ha seleccionado él mismo y que insiste en enseñarme a mí, en vez de al alfa presente como es costumbre, volviendo a guiñarme un ojo antes de llenar las copas e irse.

—Perdona —dice Jared cuando nos quedamos a solas en la mesa, cogiendo la botella de vino y mirando la etiqueta que el camarero solo me ha enseñado a mí—. Nunca había traído a ninguna mujer aquí. Le dije a Giancarlo hace unos meses que el día que lo hiciera mi acompañante sería la mujer con la que querría casarme, así que ha hecho suposiciones.

Abro la boca para decirle que no pasa nada, pero la cierro porque cuando me dice eso, mi irritación, que no era tan intensa como lo habría sido de estar en mala compañía, se reduce a meras cenizas.

El rubor de antes, cuando me ha besado el cuello en el coche, vuelve a mis mejillas con fuerza.

—Ah. Entiendo —respondo con un hilo de voz, decidiendo ocupar mis manos con la servilleta de lino con el logotipo del restaurante, que desenrollo y aplano con los dedos para no tener que mirarle a la cara y ver cuál es su reacción al sofoco que estoy a punto de tener ahora mismo—. Ha hecho suposiciones equivocadas.

El silencio de Jared es pesado e intenso tras oír mis palabras.

—¿Y si no fuera así?

Alzo la cabeza tan rápidamente que me da un tirón en el cuello.

—¡Au! —me quejo, llevándome una mano a un lateral y masajeándolo con una mueca—. ¿Qué has dicho?

Jared bebe un sorbo de su copa de vino y vuelve a dejarla sobre el posavasos de corcho antes de responder.

—Sé que quizá suene algo absurdo —me dice con calma, observándome con esos bellos ojos de un verde tan intenso—, pero tal vez parte de mí siempre ha sabido que eras la indicada. Así que, aunque no quiero asustarte, sí que quiero que sepas que voy muy en serio contigo, Olena.

Mi expresión debe de estar tan conmovida ahora mismo como me siento por dentro.

—¿Qué? —vuelvo a repetir, sintiéndome una boba debido a la incredulidad.

Él se ríe como si mi reacción le hiciera gracia.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo sin haberlo pensado antes.

—¡Espera un segundo! —me altero, con el corazón a mil por hora y la mente rebosante de un millar de emociones contradictorias—. ¿De verdad me estás pidiendo que me case contigo? ¿O lo he interpretado mal?

Él suspira y vuelve a beber de su copa, observando el vino tras dar un trago y sosteniéndola en su mano mientras vuelve a fijar su atención en mí.

—Sé que esta no es la manera correcta de hacerlo —habla con esa tranquilidad de antes, seguro de sí mismo, como si lo hubiera pensado mucho y estuviese convencido de su decisión—, y por ello me gustaría hacerte una nueva proposición.

Abro y cierro la boca varias veces porque estoy intentando procesar todo lo que me está diciendo y me está costando bastante. Me va a estallar la cabeza.

—¡Pero si solo hemos pasado juntos dos días!

Él se encoge de hombros.

—Llevo pensando en ti casi cada día durante los últimos seis años —declara sin tapujos—. Y pensé que acostarme contigo haría que parase. Pero no ha sido así. Ahora me gustas más que antes, Olena. No —se corrige, frunciendo el ceño—, más que gustar. Más que meramente *gustar*. Esa palabra no expresa bien cómo me siento. Cómo tú me haces sentir.

La facilidad con la que el alfa desviste su corazón es tan admirable como abrumadora.

A mí me resulta mucho más difícil, aunque intente ser honesta conmigo misma.

—¿Estás diciéndome de verdad que quieres que nos casemos?

Todavía no me lo creo.

Él me mira fijamente a los ojos y no responde.

—¿Escucharías mi propuesta antes de decidir que todo esto es un disparate y mandarme a la mierda por ello? —pregunta en cambio.

Hago una mueca cuando pienso en que yo tampoco he podido dejar de pensar en él durante estos últimos años. En que jamás pude dejar ir esa vocecilla que me decía que él era el ser más jodidamente maravilloso de este planeta, por mucho que me repitiera hasta el hartazgo que esa obsesión no era sana y que solo existía porque había creado un pedestal imaginario para mi primer amor frustrado.

Trago saliva, cojo mi copa y bebo de ella hasta casi acabármela del todo, sintiéndome ligeramente mareada cuando la vuelvo a dejar sobre el posavasos.

—Vale —aspiro una bocanada de aire, armándome de valor y luchando contra la incredulidad—. ¿Cuál es tu propuesta?

Esto es una insensatez, me susurra mi mente. Pero mi corazón refuta: *quizá ser una insensata no esté tan mal si ello supone salir con Jared Faust*.

Él deja su copa en la mesa y se inclina ligeramente hacia delante, cogiendo mi mano con una de las suyas y acariciando mis dedos con las yemas de los suyos.

Contengo un estremecimiento y mi piel se pone de gallina por el placer que me causa su tacto.

—Quiero que te vengas a vivir conmigo —me suelta, dejándome sin aire a pesar de que me había preparado para una declaración que tambalease los cimientos de mi mundo—. Mi casa

tiene el suficiente espacio para ambos. E incluso para que montes un estudio de arte si tú quieres. Creo que te gustará. Tiene mucha luz natural durante todo el día.

Apenas puedo procesar lo que me está proponiendo. Tardo un rato en poder responderle.

—¿Vivir juntos? —pregunto, parpadeando para enfocar la vista en él porque mi mente va a mil por hora y me cuesta concentrarme.

Él asiente.

—Quizá te parezca demasiado propio de los viejos tiempos —dice con un deje de humor—. Por todo eso de que los omegas y los alfas se iban a vivir unos meses juntos antes del matrimonio para probar si tenían o no compatibilidad en el hogar antes de casarse.

—Espera un segundo —bufo—. ¡Alto! Eso fue hace más de cincuenta años. Luego dejó de hacerse —refuto en tono distraído porque no dejo de imaginarme viviendo junto a él. Despertándome junto a él. Desayunando con él. Sentándome en una terraza a hablar con él. Y esas ensoñaciones me llenan de tanto anhelo, de tanta ilusión, que se me hace difícil procesar la intensidad de mis propias reacciones emocionales—. ¿De verdad me estás proponiendo eso?

Él me muestra una de esas sonrisas suyas de medio lado que lo hacen parecer un seductor. Uno de esos alfas galanes de cine de la antigüedad.

—Sí, de verdad —murmura sin apartar su mirada de la mía, atrapándome en sus profundidades de color verde musgo—. Ahora mismo no me parece una mala costumbre, aunque esté anticuada.

Me muerdo la esquina del labio inferior con los dientes como hago cuando estoy pensativa o nerviosa.

—Si accedo a ello... A lo de vivir juntos, no a lo de casarme, me refiero —hablo con lentitud, sopesando mis opciones a pesar de que gran parte de mí, por insensato que ello sea, me está gritando que diga que sí—, ¿cómo lo haríamos? ¿Te pagaría alquiler? ¿Serías mi casero? ¿Y qué pasaría si la prensa o la gente en general se enterase de ello?

Por ahora pienso poner su insinuación de matrimonio en el fondo de mi mente, donde mi cabeza no dejará de darle vueltas, pero al menos la mente no me reventará de la conmoción.

Él aprieta mis dedos entre los suyos con suavidad.

—No tendrías que pagarme nada. —Me sonrío con una ternura tal que suaviza sus rasgos hasta que me resulta casi imposible mirarlo sin sentir que una calidez abrumadora se está extendiendo por todo mi cuerpo desde mi pecho—. Ni tampoco sería tu casero. Solo tu compañero.

Esa palabra casi me arrebató la capacidad para pensar una vez más.

—Compañero —grazno—. ¿Como en... como en *emparejados*?

Es una palabra con la que también se define de modo diferente a los esposos: a los emparejados. Un vínculo biológico, más que meramente social.

Un emparejado es el compañero que los alfas o los omegas, con el que a diferencia de los betas podemos emparejarnos biológicamente de por vida, elegimos, formando un vínculo hormonal que nos mantiene unidos tras mordernos mutuamente la glándula situada a un lado del cuello que solo nuestros subgénero poseen y que aparece tras la presentación.

Una unión que solo se rompe en el extraño caso de que uno de los dos (o ambos) nos volvamos abusivos. Cosa que no suele pasar nunca porque ese mismo vínculo nos calma, equilibrando nuestras mentes y sumiéndonos en un estado de curiosa paz interior, causando además que las hormonas asociadas al enamoramiento no se apaguen nunca.

Se trata de un vínculo que, una vez establecido, nos ataría el uno al otro de manera monógama, ya que no seríamos capaces de sentir atracción por nadie más y, además, aumentaría nuestro deseo por el otro y nuestra fertilidad.

No por nada los omegas tenemos fama de producir enormes camadas de bebés una vez emparejados.

Él acaricia mis dedos de nuevo antes de responder.

—No te alteres.

—No me estoy alterando —niego, mintiendo de manera evidente—. Es solo que es... inesperado.

Él me sonrío, haciendo que mi cerebro me recuerde una vez más lo guapo que es. El alfa eleva mi mano hacia sus labios y se inclina hacia delante una vez más para besar mi palma, dejándola sobre la mesa y reclinándose en su asiento tras soltarme.

—Solo piensa en ello con calma, ¿vale? —me pide justo antes de que Giancarlo aparezca, cargando con una gran cazuela de barro repleta de algo que llama *Pappa al pomodoro* que coloca entre Jared y yo, sobre un salvamanteles de madera—. Lo siento si te estoy abrumando. Cuando me decido a algo, me olvido de que la gente no es tan intensa como yo. Perdona.

—No pasa nada —respondo de manera distraída. Aunque sí pase porque mi mente está al borde de volverse un huracán de emociones y pensamientos que no se callan por mucho que trate de controlarlos.

Siento la pérdida del contacto y el calor del alfa sobre mi piel y me paso la comida entera, a pesar de lo deliciosa que está, echándolo de menos mientras le doy vueltas a la cabeza hasta que al final tomo una decisión.

CAPÍTULO 15



OLENA

—Antes de que acepte tu propuesta de vivir contigo en tu casa tienes que saber varias cosas de mí, y luego decidir si esta sigue en pie o no cuando te las cuente —le digo cuando nos metemos en el coche tras la comida, el café y el postre, a los que Jared, como el típico alfa, ha insistido en invitarme.

—Suenas algo ominoso —bromea él.

Elevo un hombro fingiendo una trivialidad que no siento.

—Quizá lo sea un poco. —Trato de imitar su tono de chanza y fallo porque es un tema jodido para mí y me cuesta hablar de ello—. Así que quiero que sepas que no te culparé si decides retirar tu propuesta tras escuchar lo que tengo que decir.

Su expresión se vuelve seria.

—Dudo que haga eso.

Mi mueca es amarga y mi suspiro todavía más.

—No digas eso tan pronto...

Por ahora sigo dejando a un lado lo de hablar de casarnos. Y más aún lo de emparejarnos. Aunque sé que tendremos que hacerlo tarde o temprano, y más si acabamos mudándonos juntos.

Ambas cosas me resultan chocantes y un poco abrumadoras. Aunque él parezca seguro de lo que dice, yo no estoy segura de nada por muy atraída y por muy medio enamorada que ya esté de él.

No me ha sido fácil decidir que la idea de vivir con mi nuevo novio no es tan disparatada

como puede parecer en un primer momento, por mucho que mi instinto me grite que me fíe de él y sin importar que me sienta poderosamente atraída por Jared.

Pero hay varios factores determinantes para mi decisión, entre los cuales no solo están estos dos últimos, sino el hecho de que apenas me quedan ahorros para pagar el alquiler, por vergonzoso que ello me resulte. Necesito ayuda y el banco ya no me va a conceder más préstamos. Todavía estoy pagando el último.

Mi madre me ha salido muy cara esta vez, pero no me arrepiento de haber pagado su centro de desintoxicación porque, por muy problemática que sea y por mucho que a veces resienta tener unos padres así, la quiero tanto como quiero a papá.

—Muy bien —replica él rompiendo el silencio que mi cobardía había establecido entre ambos—. ¿Qué es lo que quieres que sepa?

Me debato un rato entre las dudas y la vergüenza, pero al final decido hacer como hace él e ir directa al grano.

—Mi madre es un problema, aunque no me guste hablar de ella así —declaro apretando los puños sobre mi regazo, porque este siempre es y será un tema difícil para mí—. Uno muy grande.

Él enarca una ceja, sorprendido por mi declaración.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que se opondrá?

Casi me río al oír eso. ¿Mi madre, oponerse a que me mude a la casa de un alfa claramente millonario? Eso nunca. Si acaso, estaría entusiasmada con la idea. Cosa que será otro problema en cuanto se entere.

La quiero mucho, pero no voy a fingir que sus problemas no existen como hacía durante mi juventud, antes de llevarme las hostias que me llevé por confiar ciegamente en ella y en papá.

—No se opondrá, no —niego con la cabeza, y me muerdo el labio inferior antes de proseguir—. Mi padre y ella son ambos betas, y se divorciaron hace unos años cuando resultó que papá se estaba viendo con una chica veinte años más joven que él y a la que, además, había dejado supuestamente embarazada. A pesar de que luego salió a la luz que el hijo no era biológicamente suyo, decidió dejar a mamá y casarse con ella para ayudarla a criar al chiquillo igualmente. Y a mi madre, como es comprensible, nada de eso le sentó bien. Aunque decirlo de esa forma es un eufemismo...

Él suelta un silbido.

—Joder.

De mis labios sale una carcajada, pero carece de humor.

—Esa es una buena palabra con la que definir las cosas —bromeo. Y luego suelto un suspiro, agotada de solo pensar en todo el lío que llegó después, también—. Hace cuatro años, mi madre cogió un bate de béisbol y, borracha como una cuba, esperó a la salida de la casa en la que mi padre vivía con su nueva esposa y los molió a palos a ambos cuando salían a recoger al niño

de la guardería.

Jared me mira con los ojos abiertos de par en par.

—Joder —repite, esta vez en un tono más sombrío.

Asiento con una mueca triste.

—Por suerte, sobrevivieron los dos y solo fueron heridas leves —prosigo—. Pero mamá acabó en la cárcel durante un tiempo por agresión y, cuando salió hace alrededor de un año, acabó entrando otra vez por escándalo público y acoso, ya que volvió a emborracharse, fue a su casa otra vez y, tras hacer varios grafitis en la fachada nada halagüeños, se meó en su jardín... entre otras cosas.

»En fin, es un lío, porque además tanto mi padre como ella me pidieron —*más bien me estuvieron acosando*, añade mi mente con retintín— dinero para sus abogados, que evidentemente los representaron el uno contra el otro en el juicio. Y no pude decirles que no. Aunque me mudé a Los Ángeles, si soy honesta, en gran parte porque quería poner distancia con todo lo que estaba pasando en Nueva York con mi familia.

Me paso las manos por la cara, agobiada de pensar en todo ese lío.

—Por eso te quedaste sin dinero tras vender el cuadro —deduce Jared con acierto.

Asiento.

—Por eso y porque decidí pagar un centro de desintoxicación para mi madre, Jenna, cuando volvió a salir de prisión —le confieso—. Y son bastante caros.

Cosa que no sabía. O quizás es que como soy omega me tomaron el pelo con las cuotas. Tuve esa sensación, como cuando tus instintos te gritan que alguien miente o te manipula, cuando hablé con ellos por teléfono. A veces la gente hace eso: eleva los precios si saben que eres omega, como si pensarán que las cuotas de algo las va a pagar un alfa acaudalado por ti.

Me da mucha rabia que haya personas que todavía tengan esa mentalidad de mierda hoy en día, pero las hay.

—Lo siento, Olena —me dice Jared en voz queda al cabo de un rato. Sus manos están tensas sobre el volante—. Por todo lo que has tenido que pasar.

Trato de restarle importancia con un gesto de la mano y una sonrisa que no llega a mis ojos.

—Ahora ya sabes qué es lo que escondo —afirmo, y añado—: Si me voy a vivir contigo, es muy posible que la prensa empiece a rebuscar en mi pasado, y no me cabe duda de que encontrarán toda esa mierda casi sin ningún esfuerzo. De hecho, no me extrañaría que mis padres incluso llegaran a aceptar salir en programas de televisión para sacar dinero de tu fama y del hecho de que yo viviría contigo... ¿entiendes? Por eso quiero que te lo pienses bien antes de realmente proponerme algo como eso.

Trago saliva porque se me hace un nudo en el fondo de la garganta cada vez que pienso en lo egoístas que han resultado ser mis padres, que de pequeña tenía en un pedestal.

Creer y conocer los defectos de personas a las que amas, llegando incluso a perderles el respeto, es un asco. Pero así es la vida.

Jared está muy serio. Se hace el silencio durante un tiempo, hasta que ya no puedo soportarlo.

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás y no meter los pies en el lodazal que es mi vida ahora mismo, como te he dicho antes. Yo lo haría si pudiera. —Trato de añadir un toque de humor a mi voz, pero no creo que lo haya conseguido—. Tendrías mucha más paz mental, créeme.

Creo que más que bromista sueno tan amargada como me siento al pensar en mis padres.

Jared me sorprende poniendo las luces de emergencia y deteniendo el coche a un lado de la carretera solo para poder girarse y mirarme sin tener que prestar atención a los demás autos mientras conduce.

—Estoy muy dispuesto a caminar por ese puto lodazal —asevera con tono firme y fiero—. Y cualquier otro si es por ti. La oferta sigue en pie, Olena.

Y, tras haberme dejado sin habla, vuelve a encender el coche y sigue conduciendo hacia mi apartamento.

CAPÍTULO 16



OLENA

—¿Así que aquí es donde vives?

—Ajá —replico, consciente de que el lugar prácticamente se cae a pedazos, y de que su auto de lujo destaca bastante en una de las zonas más pobres de la ciudad—. Hogar, no tan dulce hogar —bromeo, caminando a su lado cuando él saca mi maleta del maletero de su Ferrari y nos dirigimos hacia el portal de mi edificio.

Subimos a mi apartamento, situado en la tercera planta, por las escaleras, ya que no hay ascensor.

—Tiene buena luz, a pesar de todo. La orientación es buena —le digo cuando entramos en el pequeño lugar, de tan solo una habitación (cosa que debo agradecer porque por este precio todo eran estudios con baños compartidos por toda la planta, y yo hasta tengo mi propio baño diminuto para mi uso personal).

—Mmmm. —Él solo emite un sonido pensativo, sin decir nada, mirando a su alrededor.

No hay duda de que ha notado las humedades que he tratado una y otra vez de limpiar sin lograrlo. Además de las ventanas, una de las cuales está rota y el casero se niega a arreglar, y el suelo de madera desconchada, cubierto con una alfombra raída con manchas de pinturas. Y las docenas de cuadros, terminados o abandonados a medio pintar, que descansan sobre casi toda la superficie del pequeño espacio que comparten el salón, el comedor y la maltrecha cocina.

—¿Tienes mucha cosa que empaquetar? —tantea cuando dejo la maleta en un rincón y me quedo de pie en mitad de la sala, preguntándome si debería ofrecerle un café o algo de beber.

Niego con la cabeza porque pienso en mi ropa y en mis lienzos, pero luego dudo cuando recuerdo mi no tan pequeño tesoro.

—Muchísima, la verdad.

Él enarca las cejas con sorpresa y yo, en vez de explicárselo, hago una mueca y le hago una seña para que me siga hacia el dormitorio, abriendo la puerta con una floritura.

—¡Tachán! —exclamo señalando las montañas de libros que se apilan bajo la cama y contra la pared a ambos lados de esta, a modo de mesitas improvisadas con una tabla de madera encima—. Te presento mi colección de libros indispensables.

Él se atraganta de la risa.

—¿Indispensables? ¿Todos estos?

Sonrío y asiento con orgullo.

—La mayoría los he comprado de segunda mano. Cuando me mudé tuve que deshacerme de un montón de ellos, no te creas —le confieso con tristeza—. Solo me permití quedarme con los que cupieran en esta habitación sin interrumpir el paso.

—Guau —dice él, moviendo la cabeza de lado a lado con incredulidad—. ¿Cuántos hay? ¿Lo sabes?

—Seiscientos treinta y cuatro.

Se me queda mirando con la boca abierta y mis mejillas se caldean por el rubor.

—¿Y todavía tenías más? —pregunta con asombro.

Me río al ver su expresión.

—Soy como un dragón con su tesoro. No puedo dejarlos ir. Me cuesta mucho solo de pensar en ello...

El alfa alza una mano y la pasa por mi mejilla con afecto.

—Mi pequeña Smaug —se burla con ternura—. Te construiré una bonita guarida para tus libros, con esas estanterías de suelo a techo con escalera que le vi a un compañero de los Lakers en su casa hace un par de meses cuando lo visité. Hay espacio de sobra en mi casa para todos los libros que quieras.

El corazón se me acelera, y no solo por su caricia.

—¿En serio? ¿Con *escalera*? —me emociono casi tanto como cuando me enseñó mi cuadro colgando de su pared.

Él se ríe con ganas al ver mi reacción.

—Creo que casi me siento un poco ofendido de que eso sea lo que te convenza para mudarte, y no el hecho de que mi maravilloso ser vaya a compartir techo contigo —bromea, y me mira arrugando las comisuras de los ojos con diversión—. Porque sospecho que acabo de convencerte del todo con esa promesa, ¿no?

Finjo seriedad y me cruzo de brazos.

—Jared Faust —hablo con la barbilla alzada, aguantándome las ganas de sonreírle como una boba medio enamorada—, si no me hubieras convencido con lo de la luz perfecta para pintar y con no tener que pagar alquiler, lo habrías hecho ahora mismo. Lo admito. No sé cómo has sabido que tener una biblioteca con escalera —me emociono de solo imaginarlo de nuevo— es una de mis mayores fantasías, pero acabas de conquistar mi corazón, alfa.

En vez de reírse, sus ojos se ponen realmente serios.

—Me alegra oír eso —declara en voz queda—. Y ahora, ¿hay algo que necesites de manera indispensable y que no pueda esperar al camión de la mudanza?

Parpadeo para salir del estado idiotizado en el que me había dejado su mirada.

—¿Quieres que vaya *ya* a tu casa?

Él alza las cejas.

—¿Prefieres quedarte aquí durante un tiempo? Si no estás segura todavía, puedo esperar a que te decidas.

Miro a mi alrededor, pensativa.

—No lo sé —suspiro—. No —confieso segundos después con honestidad—. Pero en parte quizá sí, porque todo esto va muy rápido y mucho me temo que soy doña indecisa, aunque me guste la idea de mudarme contigo y quiera hacerlo...

—Recuerda la biblioteca —dice él guiñándome un ojo—. No te olvides de lo mucho que te gusta la idea de la biblioteca.

Sonrío hasta que me duelen las mejillas.

—La idea de la biblioteca me encanta, cierto —admito sin tapujos.

Él alarga un dedo y me empuja suavemente de la frente de manera juguetona y yo alzo una mano para apartar la suya y resisto las ganas de sacarle la lengua como hacen los niños.

—¿Qué te parece si te vienes a pasar una semana conmigo para probar?

Me lo quedo mirando.

—¿De verdad no te molesta lo de mis padres? —inquiero con un deje de inseguridad, porque a mí lo de mi familia no se me quita de la cabeza nunca. No del todo—. ¿Y qué hay de la prensa?

El alfa suelta un suspiro.

—Lamento lo de tus padres, pero tú no tienes la culpa y, aunque me joda que tengas razón y que los cotillas puedan llegar a convertir tu vida en un circo, cosa que detesto —gruñe, cabreado con la idea—, y entendería que *tú* fueses la que tuvieras dudas sobre venirte a mi casa precisamente por eso, yo prefiero tenerte conmigo. Y en cuanto a la prensa, pueden irse todos a tomar por culo. Estoy harto de que mi vida privada sea la comidilla de todos los imbéciles que no tienen nada mejor que hacer con sus putas vidas que arruinar la de otros con su obsesión con el

puto «salseo» de los cojones.

Está más que claro a estas alturas que ese es un tema que le enciende. Y, habiendo visto lo que he visto y también habiendo sufrido los insultos de la azafata casi en la cara, comprendo su enfado.

Ninguno de los dos mencionamos el incidente de la reunión de exalumnos, a pesar de que somos conscientes de que tarde o temprano va a estallar. De que seguramente ya lo está haciendo en las redes sociales.

—Muy bien —decido tras aspirar una bocanada de aire de esas que me dan valor—. Déjame rehacer la maleta. Si me voy a pasar una semana contigo, hay algunas cosas que quiero llevarme.

Él parece feliz de oírme, y a mí todavía me queda algo de esa inseguridad que me dice que parte de mí no comprende por qué alguien estaría feliz de vivir conmigo, pero lo hago a un lado con firmeza.

—Si tienes un par de cajas, puedes meter algunos libros —me dice el alfa—. Las llevaré al coche.

—¿Estás seguro? —le pregunto con entusiasmo, pensando inmediatamente en cuáles son los que me llevaría primero—. Pesan bastante.

Lo tengo bastante claro porque han estado conmigo casi desde mi infancia: los que me regaló mi abuela. La colección de los treinta y seis libros de literatura juvenil y poesía escritos por ella. La única otra omega conocida en nuestra familia, que murió cuando yo tenía trece años.

Él me guiña un ojo y alza un brazo, flexionando sus músculos, perfecta y fascinantemente visibles dado que lleva una camiseta de manga corta.

—Perfectamente seguro. Podré con ellos, no te preocupes.

Le sonrío de oreja a oreja y corro a rebuscar en el único armario empotrado del apartamento para ver si dejé alguna caja plegada en su interior la última vez que compré algo *online*.

CAPÍTULO 17



JARED

Al final, ha llenado cuatro cajas que ha encontrado plegadas en el fondo del armario y yo, al ver su mirada suplicante en esos ojos suyos de cachorrito, no he podido negarme a cargar con ellas hasta el coche.

—¿Vives muy lejos? —me pregunta mientras se abrocha el cinturón tras meter la maleta, que ha dejado para lo último, en el maletero del coche.

Por suerte, este Ferrari en particular es de cuatro asientos. Aunque las cajas llegan hasta el techo y están bastante comprimidas en los asientos traseros.

—Bel-Air —replico.

Ella pone expresión de que debía de habérselo esperado, pero aun así está sorprendida, y yo casi me río.

Su rostro es tan jodidamente expresivo que me está resultando cada vez más fácil leerla. Es como un puto libro abierto.

—Oh —dice, y luego carraspea—. No voy a preguntarte cuánto te ha costado la casa, pero admito que, aunque sea de mala educación, creo que me va a reventar la cabeza de solo imaginarlo.

—No tanto. Unos doce millones, más o menos.

Ella repite las palabras «no tanto» para sí misma en voz baja.

—Me da miedo preguntar, pero, si eso es «no tanto», ¿cuánto es para ti mucho por una casa?

Me lo pienso un poco.

—Depende de la zona en la que uno quiera vivir —le contesto, poniendo el intermitente para meterme en la carretera que lleva hacia mi barrio—. La mía está bien de precio porque la compré justo antes de la inflación.

La omega se queja por lo bajo sobre el estado económico del país y el precio de la vivienda en especial, soltando un suspiro y reacomodándose en su asiento tras desahogarse.

—No debería hablar de dinero, perdona. Es de mal gusto.

—No me importa que hables de dinero o que me preguntes cuánto tengo, aunque admito que no sé la cifra exacta —le contesto con honestidad, volviendo a poner el intermitente para cambiar de carril—. Si nos casamos o nos emparejamos, todo lo que poseo también será tuyo. En ese sentido, soy bastante tradicional. Nada de separación de bienes.

Ella abre los ojos como platos y se atraganta al intentar hablar, ruborizándose ligeramente.

—Mira que hablas de esas cosas con facilidad... —musita, desviando la mirada hacia los árboles que hay a ambos lados de la amplia avenida.

—¿Por qué no? —le pregunto—. ¿Preferirías que te mintiera y te dijera que no pienso en ti como una muy posible futura compañera? ¿Que no estoy intentando convencerte para que te cases y, quizás incluso, para que te emparejes conmigo algún día?

Olena alza sus manos y se cubre la cara con un gemido ahogado, roja como un tomate.

—¿De verdad me estás soltando esas cosas otra vez, así, sin más?

Sonríó para mí mismo, divertido una vez más por lo fácil que es provocar una reacción en ella.

—Quizás algún día te acostumbres a que te hable sin filtros.

Ella bufa.

—Y quizás algún día tú aprendas que a veces los filtros hacen falta para no soltarle bombas a alguien.

Me río por su tono gruñón.

—Si de verdad te estoy saturando, pararé un poco —le prometo—. Y me callaré... Un rato, al menos.

Ella baja las manos y duda de manera visible antes de hablar, mirándome.

—Me gusta saber lo que piensas.

Le sonrío de manera lobuna, satisfecho por su respuesta.

—Entonces te diré siempre lo que pienso.

Olena frunce el ceño y arruga la nariz.

—Siempre y cuando no seas un bruto a la hora de decírmelo... —musita.

—Haré mi mejor esfuerzo para no soltarte cosas a lo bruto —le digo—. Y para no ser un maleducado, cosa que sospecho que te importa bastante. Aunque eso último es arbitrario, en mi opinión.

La omega resopla con más fuerza que nunca.

—El problema no es que seas un bruto a la hora de hablarme —me contesta, pasando uno de los mechones de su cabello oscuro tras su oreja para que no le moleste cayendo sobre su mejilla—. Es que me dices unas cosas...

Se muerde la esquina de su labio inferior sin saber que cada vez que hace eso me provoca unas ganas inmensas de besarla.

—¿Es por lo de casarnos? ¿O lo de emparejarnos? —le pregunto de nuevo, desviándome hacia la carretera lateral que lleva a la entrada de mi casa—. ¿Te molesta que te diga eso?

—No es que me moleste, pero ¡claro que me saturó cuando dices eso! —se ríe ella, evidentemente halagada, aunque todavía sorprendida por mi declaración.

—Ya había deducido que te pasaba eso —admito en voz alta—. Perdona. Puedo ser muy... intenso, a veces.

—Pero sigues haciéndolo a pesar de que sabes que me resulta chocante que me propongas esas cosas tras solo un par de días juntos, por mucho que nos conociéramos en el insti... —resopla Olena de nuevo.

Sonrío con sorna.

—Porque tus reacciones a mis confesiones son lo más divertido que he visto nunca —me burlo con suavidad—. Jamás había imaginado que alguien pudiera ponerse tan roja como tú. Es jodidamente adorable.

Ella suelta un quedo chillido de indignación y yo me río con ganas al oírlo.

—Eres un capullo muy arrogante —refunfuña, ruborizándose otra vez para mi total satisfacción.

Su piel es tan jodidamente sensible... Es fascinante, pienso para mí mismo.

No niego lo que ha dicho de mí porque es verdad. No es la primera vez que me lo dicen ni será la última. Aunque con ella quiero ser más tierno que cabrón la mayor parte del tiempo.

—Este capullo, que además es tu novio, quiere proponerte que follemos en su cama cuando lleguemos a la casa, si tú quieres y tienes ganas —declaro cuando la idea de pasar la lengua por su piel ruborizada invade cada rincón de mi puto cerebro y se niega a apagarse.

Olena hace eso de atragantarse otra vez solo con aire y yo me muero de la risa al verlo.

La omega, indignada más allá de las palabras, me golpea suavemente la mano con la que sostengo la palanca de marchas a modo de regañina.

—Serás bruto... —me gruñe.

Giro la cabeza para mirarla y meneo una ceja de manera insinuante.

—También podemos enrollarnos en la piscina, ya que hace calor —le propongo medio en broma. Y luego añado—: O, si prefieres pasar una tarde sin sexo, ¿qué tal si te enseño dónde planeo colgar tu cuadro y luego vemos una peli? Te prometo que no te tocaré si no quieres. Jamás lo haría. —Lo último lo digo con total seriedad, porque quiero que comprenda que su bienestar se ha convertido en mi más absoluta prioridad.

La omega vuelve a morderse el labio inferior, esta vez con una sonrisa tirando de las comisuras, aunque intenta resistirse a ella.

Sus feromonas se han vuelto intensas, tanto por la lujuria que le han provocado mis propuestas como por el súbito cambio de tono en la conversación debido a mis últimas palabras, que han suavizado su expresión de una forma que, si yo no tuviera que prestar atención a la jodida carretera, estaría mirando embelesado como el imbécil enamorado en el que me ha convertido.

—Todos los planes son tentadores —admite, y mis ganas de morderle las jodidas mejillas y pasar la lengua sobre su piel aumentan con creces cuando no me manda a la mierda sin más por bruto y perverso—. Pero el último... el último me gusta mucho.

Me mira con un deje de timidez que me mata por dentro.

Me paso la lengua por los labios porque tengo tantas ganas de meterla en su boca que la jodida está inquieta tras mis dientes.

—Cuadro y peli, pues —decido con la voz enronquecida de deseo—. Y luego un *tour* por el sitio que planeo convertir en tu biblioteca, mi pequeña Smaug. Aunque tengo la intuición de que llenarás toda la casa de libros si te dejas, ¿verdad? Me da que los pondrías hasta en la cocina.

Su risa de deleite me caldea el corazón como nada lo ha hecho nunca.

—No digas que no lo sabías cuando pase —me advierte con humor—. Te acabas de quedar sin excusa para el futuro si realmente acabo dejando algún libro en la cocina. O en alguna otra parte que no sea la biblioteca.

—Me alegra que nos vayamos conociendo, ¡oh, calamitosa obsesa de los libros! —bromeo.

Ella ríe de nuevo y yo canto victoria, como siempre que oigo su risa. Me pasaría la puta vida intentando escuchar ese sonido. Juro que me llena de más felicidad que haber logrado el anillo de campeones de la NBA por segunda vez consecutiva, hace apenas un mes, con los Lakers.

Llegamos a la puerta de entrada de mi casa poco después y, cuando aparco el coche en el garaje, apenas puedo esperar para enseñarle mi guarida pero, sobre todo, para sentir su aroma y su presencia en cada una de las putas habitaciones de la casa que, por primera vez desde que la compré, empieza a sentirse como un verdadero hogar solo por tenerla aquí, a mi lado, sonriendo mientras le enseño el segundo salón de la planta baja, con acceso al jardín, que planeo convertir

en esa biblioteca con la que sueña a pesar de que me ha dicho que solo va a pasar una semana conmigo porque todavía no se decide del todo, por mucho que le tienta mi oferta de vivir juntos.

Sé muy bien que estoy haciendo todo lo jodidamente posible para que elija quedarse a mi lado. Y que, cuando hablo de casarnos, e incluso de dar un paso más allá y emparejarnos, lo digo malditamente en serio porque Olena ya ha escrito su nombre en mi corazón sin tan solo pretenderlo, y yo he perdido sin tener ni siquiera las ganas de resistirme a algo que parece estar escrito en mi puto destino: amar a esta mujer omega y todo lo que ello conlleve, solventando los obstáculos conforme lleguen.

Al fin y al cabo, ya nos advierten desde que nacemos de que no hay un corazón más tozudo que el de un alfa en todo el mundo. Y el mío ha decidido que quiere pertenecerle a ella. Y solo a ella. ¿Y quién soy yo para negar lo único, más allá del baloncesto, que he deseado con tanta intensidad en toda mi vida?

A veces simplemente hay que aceptar las cosas tal y como son sin resistirse a ellas. Y eso es lo que pienso hacer yo.

CAPÍTULO 18



OLENA

Jared es gracioso, honesto, directo y un poco bruto, además de intenso y pasional, pero eso ya lo sabía.

Al fin y al cabo, el alfa no esconde nada. Es una de esas pocas personas que llevan el corazón en la manga con orgullo. A diferencia de mí, que siempre trato de esconderlo para no acabar herida, aunque a veces tenga arranques de valentía.

Como ahora.

—El agua no está tan fría —me promete Jared, que ya está dentro de la piscina y alarga una mano cuando meto mi cuerpo hasta los muslos y me agarro de la barandilla de la escalera de piedra—. Ven. Una vez estés dentro del todo, tu cuerpo se acostumbrará a ella rápidamente.

Me muerdo el labio inferior y trago saliva, decidiendo entrar de golpe y dejándome caer en plancha hacia delante desde el tercer escalón.

Él se ríe y me coge en brazos antes de que me estampe contra el agua, apretujando mi cuerpo contra el suyo antes de hundirnos a los dos bajo el agua.

—¡Qué fría! —jadeo cuando resurgimos.

El alfa me dedica una de sus sonrisas socarronas.

—El frío es meramente una percepción que puede controlarse con la mente, pequeña Smaug —dice con una falsa y exagerada condescendencia—. Deja de pensar en ello y desaparecerá.

—¡Y una mierda! —replico, castañeteando los dientes hasta que mi cuerpo se adapta a la temperatura del agua.

Él se ríe con ganas al oírme y me agarra con más fuerza.

—No me digas que nunca te habías bañado en una piscina.

Le lanzo una mirada indignada.

—Un par de veces cuando era pequeña —musito—. Pero eso es irrelevante. ¡Has dicho que no estaba fría!

Él se encoge de hombros.

—Y no lo está. Es solo que tú eres hipersensible a las temperaturas. O quizá sensible en general —se burla—. Pero no te preocupes, tengo la solución perfecta en mente.

Lo miro mientras me aparto el pelo mojado de la cara.

—¿Cuál?

—Esta —ronronea.

Y entonces me besa.

Sus manos se cuelan bajo la camiseta que me ha prestado para bañarnos, ya que no tengo bikini, y acarician la piel desnuda de mi cintura con fervor antes de descender por mi obligo.

Mi cuerpo entra en calor rápidamente, mareándome por las sensaciones que me causa la mortífera combinación de su lengua en mi boca y sus dedos acariciando mi sexo a través de las braguitas.

—Oooh —jadeo contra su boca, sintiendo su cálido aliento rozando mis labios cuando nos separamos para coger aliento.

Soltando un suspiro, me aferro con una mano a su ancho hombro y la otra la meto entre nuestros cuerpos, acariciando su polla a través del bañador.

Él gime roncamente y me besa de nuevo con ardor.

Nos pasamos así un buen rato: conmigo aferrada a él mientras él nos mantiene por encima del nivel del agua gracias a que es tan jodidamente alto que sus pies, a diferencia de los míos, llegan hasta el fondo de la piscina; besándonos, metiéndonos mano y frotándonos hasta que ya no podemos más.

—Dentro de mí, alfa —le exijo, cachonda perdida y necesitando sentir esa gruesa polla suya en mi interior cuanto antes—. Ahora mismo. ¡Ya!

Él muerde mis labios y me empuja contra la pared de la piscina, quitándose las bragas y tirándolas a un par de metros de nosotros, sin importarle que se hundan bajo el agua.

Impaciente, se deshace de su bañador, que acaba igual que mis bragas, y coloca sus manos bajo mis muslos para abrirme de piernas y colocarse entre ellas, elevándose con facilidad hasta que estoy a la altura perfecta para que me penetre.

Ambos gemimos cuando lo hace.

Follar en la piscina no es lo más cómodo del mundo. El agua hace que sus embestidas sean frustrantemente lentas, aunque profundas, hasta que ya no puedo más y tiro de su pelo, pidiéndole que acelere porque estoy desesperada por alcanzar el orgasmo.

Soltando un gruñido, Jared carga conmigo una vez más y, sin salir de mí, sube por las escaleras y me tiende sobre el pavimento de la terraza que rodea la piscina, embistiendo en mi interior como un maníaco hasta que nos corremos, jadeantes y temblorosos.

Es muy pronto para que pueda anudarme de nuevo. Los alfas solo pueden hacerlo una o dos veces por semana fuera del periodo de celo, y parte de mí lloriquea por no poder sentir la base de su pene hinchándose en mi interior, aunque haya tenido uno de los mejores orgasmos de mi vida sin él.

—Ha funcionado —bromeo cuando sale de mí y me coge en brazos de nuevo, llevándome hacia la casa, tratando de ignorar los estúpidos lamentos de mis hormonas omega, que quieren más—. Ya no noto el frío.

—Te dije que era la solución perfecta.

—Y tanto —asiento con fingida solemnidad—. Vas a tener que usar esa solución cada vez que tenga algo de frío a partir de ahora. Sea cuando sea.

—A sus órdenes, señorita. Será un *placer* —ronronea el alfa.

—El placer es todo mío —replico mordiendo su barbilla y pasando los brazos por su cuello.

Él me sonríe con diversión y me besa, tropezándose con los escalones y haciéndome reír cuando nos deja caer a ambos sobre el enorme sofá, procurando aterrizar a mi lado en vez de encima de mí porque es un jodido alfa enorme y no dudo de que podría aplastarme con su peso.

Nos besamos un rato más, mojados y poniendo perdido el sofá, y luego otro rato más en la ducha, compartiendo besos y risas mientras nos secamos mutuamente con gruesas toallas tras salir de esta.

Es un día divertido, en el que no salimos de la casa y no dejamos de tocarnos, haciendo el amor una segunda vez sobre las sábanas de su cama y luego una tercera en el suelo de la cocina cuando, mientras preparábamos la cena, acabamos montando una pequeña pelea de comida improvisada y él decide lamer una gota de ketchup que acaba en mi mejilla, así que yo le devuelvo el favor esparciendo salsa César sobre sus abdominales antes de limpiar el desastre con mi lengua.

Todo parece precioso en este pequeño rincón del mundo, sin duda. Quizás es por eso que, cuando una mujer que resulta ser su relaciones públicas se presenta en la puerta de la casa con cara de querer matar a alguien y una carpeta en la mano, me sienta tan mal que todo parece que va a derrumbarse otra vez y que ninguno de los dos podemos hacer nada para evitarlo.

CAPÍTULO 19



JARED

—¿No podías haber venido mañana? Es tarde.

Mónica me fulmina con la mirada.

La alfa se deja caer sobre uno de los sillones del salón y cruza sus largas piernas con cara de haber chupado un puto limón.

—Siéntate —ladra de malos modos—. Menuda jodienda has montado, capullo. Ya podrías haberme llamado en vez de dejar un puto mensaje en mi contestador.

Encojo un hombro y me dejo caer en otro de los sillones.

—No respondías al teléfono.

—Eran las *cuatro* de la mañana —gruñe ella entornando sus ojos, negros como la noche—. Ni siquiera yo soy tan adicta al trabajo como para mirar el teléfono a esa hora.

—Janet y Víctor ya te llamaron para explicarte lo sucedido, ¿no? —replico levantándome para servirnos una copa y echando de menos a Olena a pesar de que está en la terraza tomando el sol mientras yo hablo con mi relaciones públicas.

Mónica me suelta un siseo que habría acojonado a cualquier otro. La alfa tiene peor carácter que mi entrenador.

—Sabes que va a ser prácticamente imposible acallar todo esto, ¿no? —refunfuña aceptando la copa de vino—. Por mucho que quieras hundir a los acosadores de tu novia, lo máximo que podemos hacer es denunciar a quien se haya pasado de la raya, hacer una o dos declaraciones *online disculpándote* —hace énfasis en la palabra cuando ve mi descontento por la

idea— por las, demos las gracias, pocas cosas que se te pasaron por la cabeza decir sobre lo jodidamente molesto que es que tus fans hablen de tu puta vida privada...

—Alto ahí —alzo una mano con fastidio—. Los que me molestan son los acosadores. No los fans. Me cabrea que pienses otra cosa.

—¡No soy yo la que tiene que cabrearte, pedazo de burro! Es la gente que va a malinterpretar las putas frases sueltas que se oyen por los altavoces que son, cito textualmente — abre la carpeta que ha dejado sobre la mesita y se pone a rebuscar hasta encontrar lo que busca —: «Les joderé la vida si se atreven a intentar hacerte algo» —recita con un bufido—. Por no hablar de: «... encargarme de todos y cada uno de ellos si intentan acosarte otra vez. No permitiré que vuelvan a hacerte daño, lo juro». Entre otras *lindezas* propias de un puto alfa obseso y cabronazo.

Me lanza la carpeta y la abro.

Hay un listado de las cosas que me escucharon decir por los altavoces que, aunque por suerte no fue toda la conversación porque estaban estropeados, sí que son fáciles de malinterpretar.

«... la mayoría de la gente que afirma conocerme me cae bastante mal...».

«... paren de intentar ganar dinero a mi costa y me dejen en paz...».

«... partirles la cara y rugirles que se olviden de mí de una puta vez...».

«Especialmente cuando les da por salir en entrevistas o vídeos hablando mierdas de mí a cambio de un cheque...».

«La codicia pesa mucho más en algunas personas que la conciencia...».

«Esta era la única manera que se me ocurrió de volver a verte...».

Casi parece, leyendo las frases sueltas que la gente grabó, que me hubiera estado quejando de las personas todo el tiempo. Cosa que tal vez fue así, no lo sé. Lo que recuerdo más claramente de esa conversación era lo distraído que estaba por las intensas ganas de besar a Olena que no se me quitaban de la cabeza.

De mi novia captaron poco, por suerte. Más allá de su pregunta sobre si lo que quería era follármela, grabaron: «Siento mucho que haya gente que te haga esas cosas». Cosa que, aunque no la deja mal parada y no puede ser sujeta a malinterpretaciones, aun así, hay gente que la está criticando por ello. Principalmente omegáfobos. Del tipo de gente que critica a los omega hasta por respirar.

Dejo el informe sobre la mesa y Mónica me tiende su copa vacía con un ademán silencioso para que se la rellene, cosa que hago sin rechistar mientras le doy vueltas a la cabeza.

—Esto es lo que vamos a hacer —declara mi relaciones públicas cuando coge la copa de vino de nuevo y le da un trago—. Vas a grabar una disculpa pública... ¡Chist! —me chista cuando me ve abrir la boca como si intuyese que voy a quejarme—. No quiero quejas. Lo vas a hacer y punto, ¿me oyes? Aunque vayamos a joder a los *trolls* que se pasen de la raya, la

disculpa la tendrías que hacer igualmente. He llegado a ese acuerdo con los Lakers, que se preocupan por tu imagen tanto o más que yo, y lo vas a cumplir.

Me cruzo de brazos y no digo nada.

—Buen chico —asiente ella con expresión satisfecha—. Mi secretario ya está escribiendo el guion de lo que vas a decir y la carta de disculpa pública que vas a colgar en tus redes sociales. Te lo pasaré todo en cuanto lo apruebe.

—Muy bien —accedo, sintiendo un músculo palpar en mi mandíbula pero sabiendo que tiene razón.

—Antes de que preguntes otra vez sobre la venganza y todo eso —pone los ojos en blanco—, también vamos a soltar un comunicado pidiéndole a la gente que deje de tergiversar y manipular lo que se os oye decir de manera entrecortada por los altavoces. Aunque no con esas palabras. Un comunicado *educado*, Jared. Y no subas nada a las redes, que no quiero que la cagues aún más.

—¿Pidiéndoles? —Alzo las cejas con irritación—. Sé que la he cagado y que tengo que arreglarlo porque, aunque sea deportista, soy una jodida figura pública. Pero ¿por qué tendría que pedirles a los putos *trolls* acosadores que dejen de escribir y decir mierdas sobre mí y sobre Olena? Una cosa es que la gente comente la mierda que nos ha pasado y punto. Y otra los mensajitos crueles que sé que voy a encontrar por toda la red. Y las amenazas que le lleguen a Olena por ser omega y estar conmigo. Que también las habrá. Y no quiero disculparme con esa gentuza, quiero destruirlos.

Ella suelta un suspiro y deja la copa, otra vez vacía, sobre la mesa, junto a la carpeta.

—Ya lo sé, Jared. Pero por Olena es precisamente por la que tienes que subir el comunicado: porque, por muchas ganas que tengas de mandar a los *trolls* a la mierda y por mucho que se lo merezcan, hacerlo solo empeoraría las cosas y haría que la prensa te hincara el diente con mayor ansia, tergiversando las cosas una vez más para sacar tajada y diciendo que realmente odias a tus fans aunque no sea así, porque no les importa arruinarte la carrera si con ello consiguen visitas a sus putas páginas web —me explica ella—. Cosa que ya sabes y que habrías propuesto tú mismo si no estuvieras tan en plan... —hace un ademán con la mano hacia los ventanales y mira de manera significativa hacia la terraza, que no se puede ver desde este lado del salón— tan en plan alfa sobreprotector y toda esa jodienda.

La alfa clava sus astutos ojos en mí con una pregunta muda en la mirada.

—Quiero emparejarme con ella —le confieso.

Somos amigos y de todas formas lo iba a saber cuando viniese a visitarme otro día y se diese cuenta de que Olena sigue aquí. Sabe que no invito a nadie que no sea parte de mi pequeña manada de amigos y familiares a quedarse en mi guarida. Y menos a meros ligues.

Mónica se me queda mirando con asombro.

—¿De verdad?

Asiento.

—Sí.

—¿Tú? ¿Emparejarte? —resopla, y luego se echa a reír echando la cabeza hacia atrás—. Esa sí que es buena.

Me tenso.

—Hablo en serio.

Ella menea la cabeza de lado a lado con un deje de incredulidad.

—No digo que no vayas en serio. Es solo que me ha pillado por sorpresa... En fin —suspira y suelta otra risotada antes de seguir hablando—, volviendo a lo de la venganza, tras el vídeo de disculpa y la carta, que te repito que he arreglado con los Lakers —me lanza otra de sus miradas de «eres imbécil y me haces trabajar horas extra, menos mal que me pagas mucho»—, vamos a contratar a un *hacker* bastante bueno con el que ya he trabajado antes que localizará fácilmente a los *trolls* más desagradables, y luego los denunciaremos para dejar claro que la mierda que dicen y hacen tiene un precio. ¿Está claro?

—¿Es todo lo que podemos hacer? —me frustro.

—Por ahora sí —gruñe ella—. Deja que pase un tiempo y las cosas se calmen y, si sigues queriendo sangre, veremos qué podemos hacer para hacer caer alguno que otro más de esos cabrones de los *trolls*. Les daremos salseo del bueno cuando convirtamos sus putas vidas en el infierno que tanto les gusta ver y promover en los demás, ¿vale?

—Muy bien —replico tras pensarlo, sabiendo que es lo máximo que puedo hacer si no quiero poner en riesgo mi carrera y cabrear a los Lakers si acabo ensuciando el nombre del equipo aunque no quiera, estirando las piernas y cruzándolas—. ¿Hay algo más que quieras comentarme?

Por mi mente surge brevemente que estoy pasando algo por alto. Algo que tiene que ver con Olena y su situación, pero ahora mismo no recuerdo el qué. Estoy demasiado centrado en los *trolls* y en el cabreo que me producen.

Ella refunfuña algo entre dientes que no llego a oír.

—Ya has terminado la temporada. Estás de vacaciones —replica la relaciones públicas, pensando a toda prisa—. Tómame unos días con calma y no salgas mucho de casa. O, mejor todavía, no salgas *nada*. —Mira de nuevo de manera significativa en dirección a la terraza donde Olena toma el sol—. Y, si ella decide emparejarse o casarse o lo que sea, avísame con tiempo y prepararé una de esas historias románticas y ñoñas que llegue al corazón del público, y de esa manera ayude a justificar un poco el que te pasaras siendo un cabronazo arrogante en lo del evento de exalumnos y encima la arrastraras hacia la puta sala de sonido como un cavernícola. Como también te grabaron en vídeo haciendo, por cierto.

Le sonrío ampliamente, ignorando su expresión irritada.

—Como quieras, genia. Confío en ti.

Mónica se levanta de su asiento y estira los brazos por encima de su cabeza con un

gruñido, desperezándose.

—Más te vale —replica la alfa—. Y deja de pensar en follártela cuando estoy hablando contigo. Se te nota en la cara, idiota.

Me río con ganas mientras la acompaño hacia la puerta.

Tiene menos pelos en la lengua que yo.

CAPÍTULO 20



OLENA

—¿Ya se ha ido?

Jared se tumba cuan largo es a mi lado en la enorme cama de exterior estilo balinés que he descubierto en su terraza.

—Va a intentar arreglar un poco el lío que se ha montado *online* —me indica, explicando los planes de Mónica y las cosas que los móviles lograron grabar, que lo dejan como una especie de capullo total y a mí como una especie de omega lujuriosa y lastimera—. Me mandará el guion de lo de la disculpa en unos días.

Está claro, por la manera en la que lo dice, que no le gusta nada. Que preferiría verse cara a cara con los que están exagerando las cosas en plan malicioso. Los llamados *trolls* de internet, que se esconden bajo cuentas anónimas.

Pero también que comprende que no puede hacer eso por mucho que le frustre.

—Todo saldrá bien —le digo, acariciando su bíceps con cariño.

Hace solo unas horas yo misma estaba ansiosa por las consecuencias de todo este lío, pero ahora, al verle tenso y gracias a lo relajada que estoy tras todos esos orgasmos, me siento en un limbo de paz. Como si nada pudiera hacernos daño en esta casa. Cosa que es idiota porque la gente ya no necesita entrar en tu casa para hacerte daño teniendo internet.

Ya no basta con cambiar de lugar y empezar de cero, porque rara vez se puede empezar de cero si te haces famoso por un motivo u otro en los tiempos que corren.

La gente, si cortamos (idea que hace que el corazón me dé un pinchazo horrible y desagradable), acabará por olvidarme. Pero a él muchos no le perdonarán lo que dijo, aunque

esté fuera de contexto por las grabaciones parciales, sobre que las personas en general le caían mal.

—¿Te apetece dormir conmigo esta noche? —me pregunta Jared acariciando mi mejilla con su nariz—. No en plan sexual, aunque definitivamente tendría sexo otra vez si me lo pides.

Me río con una chispa de incredulidad por el increíble aguante que tiene.

—Estoy un poco sensible ahí abajo —le aseguro besando sus labios levemente—. Así que sí, dormiré contigo, pero no en plan sexual.

Él me sonríe con cariño y a mí se me caldea el corazón y el cerebro se me llena de fuegos artificiales.

—¿Te apetece comer tarta de chocolate antes de dormir? He pedido una a una pastelería cercana abierta las veinticuatro horas. Es buenísima.

Suelto un suspiro de deleite.

—Eres el alfa perfecto, ¿lo sabías?

Él me sonríe, complacido por mis palabras.

—Lo sabía, sí —suelta en tono de chanza—. Pero que te lo recuerden de vez en cuando está muy bien.

Golpeo su hombro levemente como regañina.

—Arrogante.

Él pone sus manos en mis nalgas y les da un apretón, haciéndome jadear de la sorpresa.

—Provocadora.

Me coge de la nuca y me besa con fuerza.

Y durante un rato más nos olvidamos de todo lo que no sea nosotros dos, perdidos en nuestro pequeño paraíso.

CAPÍTULO 21



OLENA

Víctor y Janet llaman al timbre al día siguiente.

—¡Sorpresa! —exclama el beta cuando Jared, con aspecto adormilado porque esta mañana nos hemos despertado muy pronto y hemos acabado follando otra vez, les abre la puerta de entrada—. Oh, ¡pero si es Olena! Qué sorpresa tan agradable. ¿Cómo estás?

El beta me da dos besos y un abrazo, y Janet hace lo mismo cuando me ve.

—No sabíamos que estabas aquí —comenta la otra omega, mirándome de arriba abajo con una ceja enarcada—. La camiseta de los Lakers te sienta bien, por cierto.

Me guiña un ojo y yo me río.

—Gracias. Es de Jared, de la temporada pasada. Me la ha regalado.

—Ya veo —ronronea la omega con expresión satisfecha, cogiéndome del brazo para tirar de mí hacia la terraza—. Ven, tengamos una charla de chicas. Oye, vosotros dos —mira a Víctor y a Jared por encima de su hombro—, preparadnos algo de picar cuando terminéis de charlar, que estoy famélica.

Víctor hace el saludo militar.

—Como desees, mi comandante —le contesta a su esposa.

Janet le lanza un beso al aire a su marido y me lleva hacia la cama balinesa en la que ayer tomé un rato el sol.

—Cuéntamelo todo —pide la omega, dejándose caer de espaldas sobre la cama y dando palmaditas sobre el lado que está libre—. Con pelos y señales. Quiero saber cómo es que has

acabado viviendo aquí con él. ¿O solo estás quedándote mientras folláis? Porque no me vas a convencer de que esas pintas que lleváis los dos no son propias de alguien que empieza la mañana con un buen revolcón. No me lo voy a creer si lo intentas.

Me mira con ojo crítico y yo me atraganto de la vergüenza y la risa, a la vez, mientras me acomodo a su lado.

—Voy a vivir aquí una semana —le digo. Aunque luego me corrijo—: Bueno, o puede que para siempre...

Ella alza las cejas hasta la raíz de su rubio pelo.

—¿Y eso?

—Jared me ha pedido que sea su pareja —le confieso—. Y que me mude con él. Yo todavía no le he respondido a lo primero, pero, aunque le he dicho que solo voy a quedarme aquí una semana, la verdad es que... la verdad es que ahora que estoy aquí, aunque suene raro o precipitado o idiota, me da igual, no quiero irme.

Volver a mi pequeño apartamento mohoso, a la soledad y a los gritos de los vecinos que las paredes, prácticamente de papel, no hacen nada por disminuir, me resulta una idea horrible. Insoportable, incluso. Y si él me ofrece un lugar en el que ni siquiera tengo que pagar alquiler... Es tan tentador. Aunque lo más tentador es el propio Jared.

La boca de Janet, abierta de par en par, es casi cómica.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Nuestro Jared te ha pedido eso?

—Ajá —asiento.

—¿El alfa conocido por follarse a modelos de Victoria's Secret y no llamarlas luego? ¿Ese Jared?

Me quedo mirándola en silencio.

—No sabía eso de él. Me parece un poco capullo por su parte. Pobres chicas.

Ella se ríe con ganas.

—Jared es un capullo —replica con humor—. Pero un capullo maravilloso. De los de buen corazón. Y muy honesto, también.

—¿Tiene eso algún sentido? —me río con extrañeza.

—¡Todo el sentido del mundo! —exclama ella—. A la gente a la que quiere la trata siempre con cariño. Somos su pequeña manada, ¿sabes? Y ya sabes cómo son los alfas con las manadas...

Asiento, pero luego niego con la cabeza cuando lo pienso mejor.

—He leído sobre ello —comento—, pero nunca lo he experimentado en carne propia.

Ella suelta un resoplido y pasa las manos por detrás de su cabeza, estirándose y cerrando los ojos para disfrutar del sol.

—Sobreprotectores, cariñosos, fieros cuando alguien hace daño a uno de sus miembros, proveedores y toda esa mierda —explica Janet—. Jared no deja de ofrecernos cosas que cree que nos harán felices. Es jodidamente generoso con su dinero. Cuando nos vinimos a vivir aquí a Los Ángeles, vivimos en su casa hasta que él nos compró otra unas calles más abajo, a pesar de que pusimos el grito en el cielo porque las casas de esta ciudad son malditamente caras, ¿sabes? Y más en este barrio.

—Guau. —Es mi turno de quedarme anonadada—. ¿De verdad hizo eso?

Janet me sonríe, pero su mirada es un poco cauta de repente.

—Sí. Cinco habitaciones y todo para cuando tengamos más críos. Ahora tenemos a John, del que él es el padrino —me cuenta—. Tiene tres años y es mi pequeño hombrecito.

—Enhorabuena —la felicito de corazón.

—Gracias.

Nos quedamos un rato en silencio. Janet está más seria que antes.

—Perdona si esto te molesta, pero tengo que asegurarme, ¿vale? —declara de repente rompiendo la tranquilidad reflexiva que se había establecido entre ambas—. ¿Cuán importante es para ti que Jared sea rico? ¿Estás con él por el dinero, aunque sea en parte? No es que quiera juzgarte, pero... Bueno, sí, qué coño, quiero juzgarte —resopla—. Quiero hacerlo porque ese alfa puede ser todo lo intimidante que quieras y hacer temblar de miedo a quien le toca los cojones, pero en el fondo es un bobo con la gente a la que ama. Y le ha dado muy fuerte por ti. Muy pero que muy fuerte, ¿entiendes? No te habría pedido que te emparejes con él si no, está claro. Y me preocupa que...

—Janet —la interrumpo—. El dinero es importante en la vida, pero no estoy con él por eso. Lo prometo.

Me mira a los ojos durante un buen rato antes de darse por satisfecha.

—Vale —sonríe, girando la cabeza y volviendo a cerrar los ojos. Y añade con una mezcla entre tono de broma y amenaza—: Entonces, supongo que, ya que no tengo que pensar en cómo echarte y ya que no eres una sanguijuela, sí que podemos ser amigas.

—Eso me gustaría —replico con un suspiro, contenta por la amistad que siento fortaleciéndose con la otra omega—. Me gustaría mucho.

—Por cierto...

—¿Mmmm? —contesto de manera distraída, medio dormida por el calor y lo a gusto que estoy tumbada junto a ella, a pesar de que su aroma está empezando a resultarme un poco desagradable sin que yo sepa por qué.

—¿Estás entrando en celo?

Abro los ojos y me incorporo de golpe.

—¿Qué? —jadeo por el susto que me ha provocado su pregunta.

Janet alza la nariz y olisquea el aire.

—Hueles un poco a ello... creo. Aunque no mucho.

Me huelo a mí misma, buscando ese ligero aroma dulzón que emite el celo en sus inicios, y cuando lo encuentro me quedo de piedra.

—Joder. Pero si no me toca hasta dentro de casi cinco meses —me horrorizo—. No puede ser.

Janet se incorpora sobre uno de sus codos y vuelve a olisquear a mi alrededor.

—Pues creo que sí que lo es. —Me palmea un muslo de manera compasiva—. Así que vas a tener que tomar una decisión lo quieras o no, doña indecisa. ¿Lo compartes con Jared y te arriesgas a emparejarte con él, a pesar de no haber tomado una decisión, si alguno de los dos perdéis el control? ¿O lo pasas sola encerrada con pestillo en alguna habitación de la casa?

Abro la boca para decirle que esto no tiene sentido y repetirle que pasé mi celo hace unos siete meses, con lo cual no me toca volver a pasarlo ahora porque solo sucede una vez al año.

Pero no puedo. Porque tiene razón y lo sé.

Mierda. Estúpido cuerpo omega. ¿De verdad estoy entrando en celo?

Con lo bien que me lo estaba pasando. Maldito sea el destino y malditas sean mis jodidas hormonas, que tenían que despertar de manera inesperada en un momento tan inoportuno.

CAPÍTULO 22



OLENA

Víctor y Janet deciden marcharse poco después, a pesar de mi insistencia de que al menos se queden a comer.

—¿Y arriesgarnos a ver el lado más gruñón y territorial de Jared? Eso ni hablar. Yo me voy a casa a tumbarme en el sofá un rato bajo el aire acondicionado, lo siento —bufa Janet, señalando con el pulgar hacia el alfa, que tiene los ojos fijos en mí desde que les he comentado a los chicos cuando han salido a la terraza a traernos la comida, avergonzada y sintiéndome como una idiota, que estoy entrando en celo—. Si necesitas algo que no sea que nos quedemos, me llamas. Aunque sea para que te lleve en coche a tu apartamento si prefieres no pasarlo aquí.

—Gracias —le digo.

Jared deja salir un gruñido bajo de su pecho. No es agresivo, pero deja claro que no le gusta la idea. Aunque frunce el ceño al oírse a sí mismo emitir ese sonido de manera instintiva, no añade nada en palabras que explique que no es un intento de intimidación. Solo su aroma, que permanece extrañamente en calma a pesar de que se ha intensificado, deja claro que no ve a sus amigos como una amenaza.

Si lo hiciera, la atmósfera se volvería tan agria y belicosa que nos pondría a todos los pelos de punta. No me cabe duda.

En cuanto ha oído el aire, se ha quedado con el plato en las manos y quieto en el sitio sin moverse. Sus ojos color verde musgo se han oscurecido y ya no se han apartado de mi cara.

—Sip —asiente Janet para sí misma haciendo un *pop* con la última letra—. Nos vamos. Cariño, al coche.

Víctor asiente y se despidе de nosotros, optando por no darme el abrazo que hace además

de querer darme cuando Jared emite otro de esos sonidos guturales territoriales.

—¿Estás bien, Jared? —le pregunta el marido de Janet a su amigo con preocupación.

El alfa asiente.

—Bien —replica con parquedad como si las palabras le costaran—. Perdona. No lo controlo.

—No pasa nada, amigo.

Janet suelta otro bufido, esta vez con un deje de diversión a costa del alfa.

—Los instintos a veces son una mierda, ¿verdad? —suspira.

Jared asiente haciendo una mueca.

El beta mira de nuevo al alfa y cuadra los hombros como si hubiera tomado una decisión que le rondaba la cabeza como una idea, girándose hacia mí.

—¿Quieres que te llevemos en coche a alguna parte, Olena? —propone—. Seguro que Jared comprende que quieras irte si te sientes más tranquila teniendo tu celo en tu propio apartamento.

Jared frunce el ceño y no dice nada. Su cuerpo está tenso, pero sé que no me impedirá irme si elijo hacerlo.

Suelto un suspiro y niego con la cabeza sin tener que pensármelo mucho. Por muy indecisa que sea mi mente, mi corazón sabe que no quiere irse y, si lo intento, solo me arrepentiré de inmediato de haberlo hecho.

—Me quedo —decido, y sonrío al beta por su amabilidad. Miro al alfa mordiéndome el labio inferior, con el estómago hecho un nudo de nervios—. Si a Jared le parece bien, claro.

—Sí —declara él con firmeza, todavía sin moverse del sitio—. Puedes.

Su postura es casi cómica. Parece una de esas estatuas con las manos extendidas en las que la gente pone ofrendas. Y la bandeja cargada de comida no ayuda a dejar de pensar en la comparación.

Una vez Janet y Víctor se marchan, nos quedamos a solas, de pie en la terraza y mirándonos en silencio.

—¿Qué necesitas? —inquire Jared tras aspirar una bocanada de aire y dejar la bandeja sobre la mesa más cercana, moviéndose al fin.

Evito removerme incómoda sobre mis pies, pero mis nervios son visibles en cómo las yemas de mis dedos pasan una y otra vez por la punta de las uñas de mi otra mano. Un hábito nervioso que solo sale durante esta época del año (que no debería estar pasando tan pronto) y que llevo haciendo desde hace un rato.

—Una habitación propia. Una pila de mantas y... —trago saliva, pero decido añadir con valentía—: y almohadas preferiblemente con tu olor en ellas para que... para que el celo pase

más rápido al tener el aroma de un alfa en mi nido. Y comida y agua. Mucha agua.

Él asiente y, de repente, se quita la camiseta de manga corta que lleva puesta y me la ofrece.

—Puedes quedarte con todas mis almohadas y sábanas. Aunque huelen a... —aspira otra bocanada de aire. Da la sensación de que está usando todo su autocontrol en estos momentos para no cargarme sobre su hombro hasta la cama como un cavernícola—. Huelen a nosotros.

—Lo sé —replico en voz queda, recordando las veces que hemos hecho el amor sobre ellas—. Con esas me vale.

Él vuelve a asentir y se da la vuelta, caminando hacia el interior de la casa con pasos tensos y lentos. Puedo sentir su atención fija en mí a pesar de que me da la espalda. Y menuda espalda. Sus músculos son increíbles y yo me muero por tocarlo.

Tengo tantísimas ganas de hacerlo que apenas puedo resistirme a ello. Que los dedos me tintinean por la necesidad de pasarlos por su piel desnuda y mi sexo se calienta y se humedece al pensar en ello.

Los síntomas apenas son más intensos que la lujuria normal. Pero la amenaza de algo mucho más intenso está ahí, en la manera en la que mi vientre, pesado y más caliente de lo normal, está empezando a extender ese calor, ese apetito, por el resto de mi cuerpo.

En unas pocas horas seré meramente el equivalente a un animal afiebrado y apenas coherente. Apenas capaz de pensar en algo que no sea la polla de un alfa. El nudo de un alfa. Lo mucho que lo anhele, hasta el punto de que empezará a dolerme tan intensamente que acabaré llorando y detestando ser omega, arañando mi propia piel de la frustración y la soledad que sentiré al pasar el celo por mi cuenta... a no ser que le pida a Jared que lo haga conmigo.

Sería una solución para no tener que sufrir un celo más en esas condiciones, me susurra mi mente.

Mi corazón vuelve a acelerar sus latidos, como lo hace siempre que pienso en Jared, y yo cierro los párpados y trato de respirar con calma, de poner orden en mi mente y en las necesidades de mi sangre omega. En mi miedo a la soledad y al dolor que sufro durante esos momentos anuales que tanto odio.

—¿Jared? —llamo con un hilo de voz cuando lo siento volver a la terraza.

—Dime —contesta el alfa roncamente con una voz grave y seria.

Abro los párpados y veo que ha cargado con todas las mantas y almohadas de su cama sobre sus hombros desnudos. Aunque no tenga sentido que las traiga aquí.

Los dos estamos atontados por el celo, aunque apenas acaba de empezar. Así es como son las cosas para nuestro subgénero, al fin y al cabo.

Me relamo los labios y me armo de valor otra vez, como he tenido que hacer desde que acepté acudir a esa reunión de exalumnos a cambio de un trabajo con el que poder comer unos meses más.

—¿Quieres pasar mi celo conmigo?

Él deja caer las mantas al suelo de golpe. Sus pupilas se agrandan hasta casi tragarse el verde de sus ojos por entero. Y sus fosas nasales se amplían al oler el aire para poder captar mi aroma.

El alfa traga saliva de manera audible y su nuez de adán se mueve de arriba abajo varias veces antes de responder.

—¿Estás segura?

Me relamo los labios de nuevo y asiento.

—Lo he pensado mucho y la verdad es que no quiero pasarlo sola. —Lo miro a los ojos—. Quiero pasarlo contigo. Si tú quieres, claro est...

—Sí —interrumpe él con intensidad en un tono que es casi un siseo—. Sí quiero.

Nos miramos. Respiramos profundamente, tratando de calmarnos. Y él habla primero esta vez.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Sí.

Lo estoy, aunque me asuste un poco sentirme así por un alfa al que conozco realmente de tan solo hace unos días.

Pero a veces solo hace falta un poco de tiempo para conocer verdaderamente el corazón de alguien, ¿no crees?, replica una voz que suena a la de mi abuela en mi interior.

—¿Y si alguno de los dos pierde el control? —pregunta el alfa de repente—. ¿Y si acabamos emparejados por accidente? ¿O si mi celo despierta a raíz del tuyo, cosa que es posible, y acabas quedándote embarazada a pesar de los anticonceptivos? Sabes que no suelen funcionar cuando un alfa y un omega están en celo al mismo tiempo, ¿verdad, Olena?

Está claro que lo ha estado pensando.

Me muerdo la esquina inferior del labio y las yemas de mis dedos presionan con fuerza contra la punta de las uñas de mi otra mano cuando mis nervios se intensifican, dejando marcas de media luna sobre mi piel.

—Supongo que tendremos que hacer como nuestros ancestros hacían en los viejos tiempos y aprenderlo todo el uno del otro una vez estemos emparejados —intento bromear—. Al estilo romance histórico entre alfa y omega y esas cosas. Como en las novelas.

La comisura de uno de sus labios se eleva, pero sus ojos siguen siendo serios, hambrientos y feroces.

—Deja que te haga algo de comer más nutritivo que un aperitivo antes de que ninguno de los dos podamos volver a pensar durante dos o tres días —me pide Jared roncamente,

cogiéndome de la muñeca y tirando de mí hacia la cocina—. Juro que mis instintos de alfa me están gritando que debería cocinar para un regimiento entero y verte comer antes de follarte.

Me atraganto de la risa por su inesperada declaración.

—¿De verdad te están gritando eso?

Él me sienta sobre un taburete de la isla y se dirige hacia la nevera para sacar ingredientes.

—¿Qué te dicen los tuyos? —pregunta.

Tengo la sensación de que está intentando calmarnos a ambos manteniendo una conversación más o menos banal, pero la tensión sexual es tan poderosa entre ambos que es difícil de ignorar. Y el aroma de mi celo, cada vez más intenso, que se mezcla con el de su lujuria, todavía menos.

—Que haga un nido de mantas y nos meta a ambos sobre él para que me anudes cuanto antes —confieso con una mueca de vergüenza.

El cuchillo con el que el alfa cortaba una zanahoria casi le abre un tajo en los dedos y él suelta una maldición.

—¡Jared!

—No es nada —gruñe con la mandíbula tensa—. Deja que te alimente y haré eso mismo. Y bebe agua. Bebe mucha agua. No quiero que te deshidrates.

Deja el cuchillo a un lado y saca la jarra de agua de la nevera, depositándola en la encimera de la isla frente a mí, junto a un vaso de cristal vacío.

—Bebe —ordena llenando el vaso de agua, volviendo luego frente al fogón una vez lo cojo y me lo llevo a los labios.

Mientras él cocina, dividiendo su atención entre las sartenes en las que sofríe arroz con verduras y unos huevos y yo, me bebo mi agua y agacho la cabeza para que mi pelo me esconda un poco de su atenta mirada, porque mis estúpidas hormonas omega me ponen más sensible de lo habitual durante el celo y, con cada uno de sus gestos y palabras, solo quiero llorar por lo mucho que me afectan y me hacen desear que él me ame para siempre. Que me cuide para siempre. Y que jamás tenga que volver a estar sola mientras sufro.

Aunque sea una egoísta por pensar así y además me haga sentir que soy débil y que toda la independencia que había logrado no era nada más una manera de esconder mi soledad, no puedo evitarlo.

Este estado mental me sume en una espiral que abre mi caja de Pandora interior y me obliga a afrontar lo que considero las peores partes de mí.

Por eso, más que nada, odio los celos anuales con todo mi corazón.

CAPÍTULO 23



OLENA

El calor es insoportable, y solo se calma cuando él está en mi interior, llenándome, moviendo sus caderas y haciéndome gemir hasta caer exhausta. Una y otra vez de manera imparable hasta que ni él ni yo podemos más y nos hundimos en un sueño febril y ligero solo para despertar y empezar de nuevo.

Jared me obliga a beber agua y comer algo, controlando que no me deshidrate y acabe enfermado, pero se nota que, si no fuera por esos instintos de alfa protector que ha mencionado antes, ni él mismo se acordaría de hacer algo que no fuera follar.

Mi celo despierta el suyo durante la primera noche, tras horas de revolvamos, desnudos y sudorosos, mientras yo me aferro a él y le pido más y más y más hasta quedar afónica.

Lloro de alivio la primera vez que logra anudarme, de madrugada y tan febril como yo, y solo entonces logro que mi estado enajenado se calme lo suficiente como para darme algo de tregua.

—Bebe agua, Jared —jadeo, cogiendo el botellín a medio llenar del montón que hay a un lado de la cama del alfa, que al final hemos optado por usar tras recoger las sábanas y almohadas de la terraza.

El alfa, que está a mi espalda, anudado a mí, jadea contra mi cuello y solo alarga una mano para coger la botella de agua cuando le insisto por segunda vez, colando una mano hacia mi espalda para pellizcar suavemente uno de sus costados y así llamar su atención.

No es hasta que él no ha vaciado lo que quedaba en el botellín que siento algo de alivio. Jared cuida de manera casi obsesiva de que yo esté bien, pero, como les sucede a muchos alfas, se olvida de cuidar de sí mismo.

Este estado es peligroso para ambos precisamente por eso. Hay gente que ha muerto durante los celos, aunque suceda rara vez. Por ello el que haya logrado anudarme es un alivio en más de un sentido, no solo el físico.

El nudo de un alfa ayuda a que la duración de un celo se reduzca, tanto para él como para mí. Y es posible que, en vez de durar dos o tres días como habíamos previsto, dure tan solo unas horas más y se acabe antes del siguiente anochecer.

Además de que ahora puedo pensar con mayor claridad, dado que el orgasmo que me ha provocado su nudo me ha devuelto algunas funciones neuronales, tras apagarlas todas de golpe por la intensidad con la que me ha golpeado ese éxtasis en particular.

Sin duda, hay una enorme diferencia entre un orgasmo sin nudo y uno con él.

—¿Estás bien? —logra gruñir Jared besando mi hombro con ternura, y nos da la vuelta, reacomodándonos contra la pila de almohadas para que yo esté sentada en su regazo.

—Mejor —suspiro, echando la cabeza hacia atrás para dejarla caer sobre su hombro—. ¿Y tú?

—Mejor —se hace eco él, pasando sus brazos por mi cintura para abrazarme.

Respiramos con calma durante un rato, descansando todo lo que podemos porque esto todavía no se ha acabado.

El sol entra a través de las cortinas cuando empezamos a besarnos de nuevo, con labios sensibilizados e inflamados pero hambrientos.

—¿Jared? —llamo con voz apenas audible debido a que tengo la garganta en carne viva de tanto gemir, gritar y jadear.

—¿Mmmm? —replica él de manera distraída, elevando las manos para masajear mis pechos, también sensibles y llenos de las marcas de sus dientes.

—¿Y si realmente me quedo embarazada? ¿Qué haremos entonces?

Malditas funciones neuronales y malditas neurax, que llegan siempre en situaciones totalmente inapropiadas, me recrimino mentalmente, pero poco hay que pueda hacer para paliar mi ansiedad que dejar la pregunta salir de mis labios para al menos quitármela de la cabeza.

Jared respira unos segundos contra mi hombro, meneando ligeramente sus caderas porque ninguno de los dos podemos evitar buscar que él me anude de nuevo de manera que pronto va a ser tan desesperada como la anterior.

—Entonces nos convertiremos en padres, supongo —comenta frotando su nariz contra el lóbulo de mi oreja—. Si tú quieres.

Cierro los ojos y me trago las lágrimas que el estar tan mentalmente sensible me causa, porque a mi mente llegan imágenes, fantasías de una niña con una gran sonrisa. Con mis ojos y la nariz de Jared. Y mi corazón casi parece que vaya a estallar de lo mucho que de repente quiero tenerla entre mis brazos, aunque sepa que es solo mi imaginación y nada más. Y que no me hago ningún bien a mí misma.

Pero los cerebros de nuestros subgéneros no tienden a hacerse mucho bien a sí mismos, o si no los muy cabrones habrían eliminado el periodo de celo anual de nuestra evolución a estas alturas.

Putos masoquistas.

—Vale —digo con voz temblorosa al cabo de un tiempo, dándome cuenta de que no le he respondido—. Sí quiero.

Jared, perdido ya en su fiebre de lujuria y necesidad, me da la vuelta sobre su regazo y deja caer mi cuerpo hacia atrás, abriendo mis piernas y empezando a moverse mientras él permanece sentado y yo me retuerzo arqueada sobre las sábanas.

Se pone en cuclillas cuando la profundidad no es suficiente y, elevando una de mis piernas para apoyarla en su hombro, golpea sus caderas contra las mías a un ritmo cada vez más frenético hasta lograr anudarme de nuevo.

Perdidos en el orgasmo, ni siquiera recordamos haber hablado de nada.

Pero, cuando logramos dormirnos una vez llega la noche y el celo se acaba, sueño con una hermosa niña a la que amo más que a mi vida, sonriéndome mientras pongo una corona de margaritas en su pelo.

CAPÍTULO 24



OLENA

Al día siguiente, lo único que hacemos es dormir con nuestros cuerpos enredados sobre las sábanas.

Jared me despierta para comer, beber e ir al baño, y mientras yo hago todo eso, él cambia las sábanas de la cama por unas limpias, cosa que agradezco, y ventila la habitación un poco porque el olor que lo permea todo es una mezcla explosiva de ambos celos que calienta nuestra sangre, aunque estemos demasiado agotados y adoloridos como para seguir.

Nos tumbamos de nuevo con la ventana abierta y dormimos unas horas más, disfrutando del frescor del aire que mueve las cortinas y trae la promesa de un raro día de lluvia veraniega.

El segundo día, tras finalizar el celo, nos despertamos mucho más despejados y tranquilos. Acurrucados y demasiado a gusto como para movernos, solo nos levantamos cuando el hambre, la sed y las ganas de ir al baño apremian una vez más.

Sin apenas emitir palabra y con ese vínculo tan íntimo que se ha establecido entre ambos tras compartir algo como esto, aunque no hayamos acabado emparejándonos (y parte de mí, que decido ignorar, se siente un poco decepcionada por ello), nos cambiamos de ropa y bajamos a la cocina tras compartir una ducha en la que el alfa ha insistido en enjabonarme, lavarme e incluso secarme luego con una gran toalla, ya que todavía persiste en él ese instinto sobreprotector que se hizo tan intenso durante el celo.

Jared cocina para mí una vez más tras hacerme un café, y yo me siento en uno de los taburetes de la isla central y lo observo preparar los ingredientes, desviando la mirada hacia los ventanales que ocupan una pared entera, a través de los cuales se puede observar la terraza.

—El cielo está gris —comento con voz ligeramente enronquecida.

—La temporada de lluvias ha pasado —responde Jared, sacando una cazuela de barro y metiendo todos los ingredientes que ha cortado en ella—. Las tormentas de verano suelen ser rápidas y algo estruendosas.

—¿Qué estás cocinando? —le pregunto, apoyando los codos sobre la fría encimera de mármol e inclinándome hacia delante para verle añadir especias, aceite de oliva y agua—. Te gusta mucho cocinar, ¿verdad? —deduzco al ver la facilidad con la que se maneja en la cocina.

Él me sonrío y mete la cazuela en el horno precalentado.

—Mi padre es un alfa bastante tradicional en algunos aspectos —me explica—. Nos enseñó a cocinar a mí y a mi hermana porque cree que es la obligación y el deleite de un alfa el cocinar para su familia. Aunque mi hermana Kayla lo detesta —se ríe como si estuviese recordando alguna discusión—. Yo le cogí el gusto a cocinar.

—Se te nota. Nunca había visto a nadie sonreír mientras cortaba ingredientes antes —río entre dientes.

El alfa coge un trapo de un cajón y se seca las manos tras lavárselas en la pila de la cocina. La mirada de sus ojos, tierna y dulce, casi hace que se me pare el corazón. Me afecta más de lo que cualquiera de sus gestos me ha afectado hasta ahora. Y eso que todo lo que dice y hace ha hecho mucha mella en mí desde que nos reencontramos.

—No sonrío porque me haga feliz cocinar, aunque me guste —declara en voz queda e intensa—. Sonrío porque estoy cocinando para ti, y mis jodidos instintos están tan felices como yo de poder hacerlo. De ver luego cómo disfrutas de lo que he hecho con mis propias manos. Supongo —se encoge de hombros y suelta una carcajada a costa de sí mismo—, que eso me hace un poco cavernícola.

El aliento se me ha atascado en los pulmones con el sonido de su risa. Con las palabras que, una vez más, ponen mi mundo patas arriba.

—¿De verdad te gusto tanto?

Es una pregunta estúpida después de todo lo que me ha dicho, de todo lo que ha hecho por mí, del hecho de que estoy viviendo en su casa y de que somos tan compatibles que su celo ha despertado porque el mío lo ha hecho. Y de que, seguramente, mi propio celo anual se ha adelantado porque tengo sentimientos por él, cosa que pasa a veces con los omega: que nuestra biología decide jodernos si hay un alfa cerca por el que sentimos algo intenso. Al que queremos en nuestras vidas. Al que nuestro maldito instinto primario ha decidido que quiere emparejarse.

Ninguno de los dos lo hemos comentado, pero es un hecho bien sabido por todos. Y algo frecuente en las pelis porno y en las novelas de romance, que usan esa condición biológica que no controlamos (como la mayoría de los mecanismos internos de nuestros cuerpos, seamos del subgénero que seamos) para vender fantasías de manera frecuente.

La expresión del rostro de Jared es tan poderosa que mis dedos se curvan sobre la encimera, temblorosos.

El alfa deja el trapo junto a la pila y sale de detrás de la isla, deteniéndose junto a mí y tomando asiento en el taburete que hay a mi lado, más alto de lo normal porque está, como todo

en esta casa, hecho a medida.

—¿Jared? —inquiero con un hilo de voz, sintiéndome como una boba por haber dejado salir mis inseguridades y mi maldita falta de autoestima a la luz una vez más.

Él me coge de la barbilla e inclina su cuerpo para apoyar su frente contra la mía, mirándome a los ojos, que se curvan ligeramente en las comisuras cuando una curiosa expresión de paz y alegría invade sus facciones.

Como si tocarme, tenerme cerca, lo hiciera feliz.

—Me he enamorado de ti, Olena —habla en voz baja, pero con una intensidad y un afecto que rebosan en cada sílaba y me tocan más profundamente de lo que pueden llegar a tocarme sus manos—. Y me da igual si es precipitado o idiota —dice, haciéndose eco de mis pensamientos de unos días atrás—, es lo que siento y no voy a mentirme a mí mismo. Ni a ti tampoco. —Aparta su frente de la mía y besa mi nariz—. Tampoco importa cuántas veces deba decírtelo hasta que te lo creas del todo y jamás vuelvas a dudarlo. Lo haré las veces que haga falta. Hasta el final de mi vida, si es necesario.

Trago saliva y evito llorar. Soy bastante emocional, y además estoy sensible por culpa de las hormonas que, aunque se hayan calmado, siguen invadiendo mi cerebro y dando por saco.

—Yo también... —me armo de valor para decir esas palabras por primera vez en mi vida desde que de niña soñaba con mi futuro emparejado—. Yo también me he enamorado de ti, Jared.

Su sonrisa es la cosa más jodidamente hermosa que he visto jamás.

CAPÍTULO 25



OLENA

Los días que siguen a nuestra mutua confesión parecen estar suspendidos en un limbo en el que el tiempo y el espacio no tienen cabida, solo la felicidad.

Solo la paz interior de al fin haber dejado salir esas emociones a la luz; haberlas aceptado, aunque me den miedo, aunque me sienta vulnerable; y aceptar también que esa vulnerabilidad será quizá siempre parte de mi vida y que no tiene por qué ser algo malo si hay gente que no me hiere por ello; que sentirse así, expuesta y tierna, es parte del proceso de aprender a confiar en los demás otra vez.

Pero todos los periodos de paz llegan a su fin un día. Y, tras haber alcanzado el cielo durante un tiempo, el infierno decide llamar a nuestras puertas una noche de sábado, cuando enciendo la tele para poner un capítulo de la serie que hemos estado viendo mientras cenamos y, antes de darle al botón de Prime Video, me encuentro con la horrible visión de mis padres y de mi madrastra sentados en un plató de la televisión por cable.

—Oh, Dios, no —suplico, quedándome pálida como el papel.

Pero es real.

Están en un programa de cotilleos. Y ni siquiera se están gritando unos a otros como pasa siempre que están en una misma habitación.

Claro que no. Porque están demasiado ocupados hablando de mí y de Jared como si a él lo conocieran personalmente.

«—... lo hemos sabido desde siempre, claro —afirma mi madre, que por una vez no está ebria—. Ya de adolescentes, una vez Jared la acompañó a casa. Y solía llamar a menudo cuando nos mudamos a Nueva York.

—Sí, sí, eso es cierto. Aunque Olena nos pedía que le dijéramos que no estaba en casa cada vez. Pelea de enamorados, ¿no creen? —se apresura a asentir mi padre, haciendo un ademán con la mano para que mi madre lo deje hablar. Ella le pone cara agria, pero se calla. Cosa que hace sonar mis alarmas porque mi intuición me dice que es muy probable que hayan ensayado el puto guion de lo que van a decir como hicieron frente a sus abogados durante el juicio—. Creo que salieron juntos durante el instituto. Aunque no sabemos por qué cortaron, estaba claro que Jared estaba muy enamorado de nuestra niña...».

Me cago en ellos. Maldita sea. ¡Joder!, grito mentalmente, furiosa y anonadada de que se hayan atrevido a hacerme esto. A hacernos esto a Jared y a mí. No me cabe duda de que dirán cualquier cosa, por mucho que sea una mentira, si les ofrecen más dinero. Y eso es tan cruel...

¿Es que acaso lo único que les importa es el dinero? ¿No les he dado ya suficiente? ¿Cómo pueden ser tan egoístas?

No me cabe en la cabeza todo esto, aunque ya me lo temiera. Tenía la esperanza de que no llegaran a hacerlo. De que respetaran mi intimidad o al menos lo consultaran conmigo primero. He sido una idiota, y ahora tengo ganas de llorar mientras los veo vender mentiras sobre mi supuesta relación adolescente con Jared. Y luego sobre si estoy viviendo con él (cosa que los medios, no sé cómo, han averiguado) porque estamos planeando casarnos (cosa que me doy cuenta, por la expresión que pone mi madre siempre que miente, que ella cree que no es cierto aunque lo diga. Lo que significa que no lo sabe pero aun así, lo vende).

—¿Olena? —llama Jared entrando en el salón, secándose el pelo con una toalla. Se detiene a mi lado y frunce el ceño al ver mi expresión de tristeza y cólera—. ¿Qué ocurre?

Dejo salir el aire de manera trémula por la boca.

—Esos de ahí son mis padres y mi madrastra —le señalo.

Él fija su mirada en la tele, donde mi padre interrumpe a mi madre para volver a mentir y decir que una vez nos pillaron haciendo manitas en mi habitación, y asegurarle a todo el mundo que él y Jared son muy buenos amigos desde hace años.

Jared enarca una ceja con incredulidad y yo casi muero de la vergüenza que me producen mis progenitores, cuyas mentiras son cada vez más grandes conforme batallan por ser el mejor «informante», interrumpiendo al otro cada pocos segundos.

—Lo siento —le digo a Jared con voz acongojada.

Él presiona los labios en una delgada línea de irritación y me quita el mando de la mano para darle al botón de apagar.

—Ven aquí. —Tira de mí y me abraza contra su pecho—. No es culpa tuya. A mí también me hicieron eso algunos familiares cuando empecé a jugar con los Lakers. Se inventaron mierdas para que les pagaran hasta que los denuncié para que se callaran. Ya te lo dije una vez: la gente es responsable de sus propias acciones. Y a algunas personas les puede más el bolsillo que la conciencia.

Cierro los párpados y me aferro a él, queriendo romper a llorar de la vergüenza y la rabia, pero encontrándome con que estoy tan enfadada que no puedo. Como si las lágrimas se

acumularan, calientes como brasas, tras mis ojos.

—Ya me temía algo así —le confieso.

—Lo sé. —Él me besa el pelo y me coge en brazos, dejándose caer en el sofá conmigo en su regazo—. Ya me advertiste de que podía pasar y lo olvidé. No le des más vueltas de las necesarias, Olena. Nada de esto es culpa tuya. No dejes que te hagan sentir como una mierda solo porque ellos han elegido portarse así.

—Gracias, Jared —susurro, sintiendo una ternura enorme por el alfa y aferrándome a él con más fuerza.

Él me acaricia la espalda con sus manos grandes y cálidas.

—No hacen falta.

Me quedo un rato más acurrucada entre sus brazos con la mejilla apoyada sobre su hombro, hasta que estoy más calmada.

Pero ojalá eso fuera todo lo que pasa ese día.

Tras acabar de ver un capítulo de la serie a la que apenas presto atención, acurrucada contra el costado de Jared y con el brazo del alfa sobre mis hombros, me meto en el baño y no se me ocurre otra cosa que llevarme el móvil conmigo para ojear mi TikTok mientras estoy sentada en el váter.

La cuenta, que me ayudó a alcanzar cierta fama y a vender algunos cuadros, está llena de vídeos míos hablando de mi proceso creativo, anunciando las próximas exposiciones o proyectos en los que voy a trabajar, y cosas por el estilo. Apenas tenía unos cuarenta mil seguidores, que comparado con los millones de otras personas no está nada mal... pero ahora tengo más de trescientos mil. Cosa que casi me hace estallar el cerebro y actualizar la página un millar de veces porque *cómo es eso posible, madre mía*.

Pero, aunque eso me deja patidifusa, lo que más me afecta es ver la cantidad de mensajes privados o de comentarios en los vídeos, incluso los que subí hace más de un año, la mayoría de los cuales, por suerte, son agradables... pero muchos otros no.

En los mensajes privados, la gente se explaya más con su odio ya que, al fin y al cabo, están alejados del ojo público. Ahí tengo una barbaridad de amenazas, burlas, audios de gente chillándome mierdas sobre los omega o suposiciones crueles que hacen sobre mi persona y muchas cosas más. Y en los comentarios públicos más de lo mismo, solo que rebajado para que no les cancelen la cuenta a causa de las denuncias.

Y hay un montón de comentarios ocultos como spam por haber sido denunciados por decenas de usuarios que discuten con los *trolls* en los comentarios, defendiéndome a pesar de que no me conocen por el mero hecho de que siempre habrá, por suerte, gente que no tolere el *bullying* ni en pintura, independientemente de quién sea la víctima de turno.

—Joder —musito, agobiada por la manera en la que ha estallado todo.

Sobre todo, cuando compruebo mi más que moribundo Facebook y veo que allí también

tengo súbitamente miles de seguidores donde antes solo tenía treinta y pocos (mayoritariamente primos y demás familiares), y luego mi Insta, y allí, aunque hay menos escándalo que en TikTok, las cosas que veo también me agobian y me llenan de asombro por igual.

Salgo de las aplicaciones negándome a mirar X porque sé que en el antiguo Twitter las cosas pueden ser mucho peores que en cualquier otra red social.

—¿Olena? —llama Jared a la puerta—. ¿Estás bien? Llevas media hora en el baño.

—Sí, sí, solo... —No sé qué decirle porque yo misma estoy procesándolo todo—. Dame un segundo y hablamos.

Me limpio, tiro de la cadena y me lavo las manos, saliendo del baño con lo que debe de ser una expresión anonadada, porque Jared me mira con preocupación y se apresura a abrazarme.

—¿Estás bien?

Le explico lo de las redes sociales y siento cómo su cuerpo se tensa contra el mío.

—Mónica me advirtió de que algo así podría pasar, y que era mejor no meterse en las redes durante un tiempo —me dice él—. Perdona, debería haberte advertido. Pero con todo lo del celo se me pasó.

Paso mis brazos por sus costados y lo abrazo soltando un suspiro.

—Mi cuenta de TikTok es mi medio de vida —le explico—. La mayoría de los cuadros los he vendido por ahí, no en las exposiciones. Subo contenido de manera automática tras grabarlo con un mes de antelación, planeando vídeos para que mi programador los publique en la red cada tres o cuatro días. Tener tantos seguidores supongo que es bueno, pero, si la mayoría solo están ahí por el cotilleo y si encima hay gente que intenta sabotearme la cuenta... Jared, no sé qué hacer. No quiero depender económicamente de ti, aunque viva contigo sin pagarte alquiler.

Lo último me hace poner una mueca un tanto avergonzada, aunque me sienta aliviada de no tener que hacerlo.

—El trabajo de decorar el hotel es todo tuyo, ¿recuerdas? —replica el alfa—. Y no solo porque yo lo diga, el resto de inversores también pensaron que eras una buena propuesta tras ver el trabajo que hiciste hace unos años en un motel de esta misma ciudad. En cuanto a lo demás, como dices, tener nuevos seguidores no tiene por qué ser algo malo. No creo que haya tanta gente que se haya suscrito solo por el salseo o para cotillear tus publicaciones. Tus cuadros son maravillosos y mereces ser famosa por tu arte. Y, además, me has dicho que hay personas que te defienden en comentarios y que están denunciando a los *trolls* y sus amenazas o crueldades, ¿no?

—Es verdad. Tienes razón.

Asiento y lo abrazo con más fuerza, sintiéndome mucho más tranquila.

Aunque lo supiera, es mucho más fácil creer en algo bonito cuando es alguien más el que te lo recuerda. No sé por qué. Quizá sea que la naturaleza humana es sociable y funciona de esa forma.

—Si te parece bien —me dice Jared al cabo de unos segundos de cómodo silencio—, puedo pedirle a Mónica que se encargue de filtrar los mensajes privados más crueles, los vídeos porno masturbándose o las amenazas de violación que te envíen —sisea eso último con ira—, que los habrá seguro porque si me llegan a mí, que soy alfa, no me quiero imaginar las cosas que te mandarán a ti por ser omega...

—No los he abierto. No me atrevo —replico. Me estremezco de solo pensarlo. Aunque no todos los mensajes privados sean malos, quizá sería mejor desactivarlos durante un tiempo hasta que las cosas se calmen—. Me parece bien lo de Mónica. Pero, Jared, no puedes pagármelo todo siempre. Eso no es justo para ti.

Él se separa de mí para que pueda ver cómo me sonrío.

—Entre lo que me dejaron mis abuelos como herencia y lo que gano con los Lakers, tengo más dinero del que podría gastar en toda una vida —me asegura—. Así que deja que haga esto por ti, por favor.

—Pero...

Él me pone un dedo en los labios para callar mi protesta.

—Necesito saber que estás bien, así que en realidad es un acto de lo más egoísta por mi parte.

Pongo los ojos en blanco porque de egoísta no tiene nada.

—Muy bien —accedo, porque, a pesar de que me causa algo de malestar aprovecharme de esa manera de su fortuna, sé que será lo mejor para mi salud mental.

—Perfecto. —Él me besa con ganas—. ¿Te apetece dormir en la cama balinesa esta noche? Hace calor y tumbarse bajo las estrellas es tentador.

Le sonrío, ilusionada por la idea.

Las estrellas se ven maravillosamente bien desde la terraza de la casa. De hecho, me dan muchas ganas de pintarlas.

—Me parece una idea maravillosa.

Ninguno de los dos comentamos que la semana que le pedí para saber si quería vivir con él o no se ha acabado, pero cuando Jared me pide la llave de mi apartamento a la mañana siguiente, tras pasar una noche bebiendo vino y riendo mientras él inventa historias y nombres extraños sobre las estrellas visibles en el firmamento solo para escuchar mi risa, yo se la doy sin rechistar.

Dos días después todas mis cosas están en su casa a la espera de ser ordenadas y el contrato que tenía con mi casero, finiquitado. Y no me arrepiento de nada ni hay dudas en mi cabeza sobre que esta es la decisión más correcta que he tomado jamás en la vida.

Por primera vez en mi vida, elijo seguir los dictados de mi corazón sin agobiarme por ello después.

Y descubro que ello me hace muy feliz y muy libre.

CAPÍTULO 26



OLENA

Mi madre me llama un día como si no pasara nada, fingiendo que todo está bien e indagando de manera nada sutil sobre mi vida privada.

—Es que no me has dicho nada sobre ti durante un tiempo, cariño, y la mamá está preocupada por cómo te van las cosas. ¿Sigues en ese apartamento, por cierto? ¿O te has mudado ya?

—¡Serás...! —Me indigno tanto que no sé ni qué palabra elegir—. Te vi en ese programa de la tele, mamá. Ahora no finjas que no sabes que estoy con Jared, maldita sea.

Ella suelta un bufido ofendido, pero suena extrañamente complacida por mi confesión.

—¿No te avergüenza que haya tenido que enterarme cuando una de las madres de una de tus antiguas compañeras de clase me llamó por teléfono? —me gruñe, elevando el tono de voz hasta casi gritarme—. Soy tu pobre madre, ¡debería haber sido la primera en enterarme! Siempre hemos sido mejores amigas...

—¿Mejores amigas? ¿En serio me vienes con esas? —le siseo, intentando no alterarme demasiado, pero estoy furibunda y dolida y es difícil estar en calma—. Te lo habría dicho si no te conociera. Si no os conociera, a ti y a papá —me corrijo con cólera—, y supiera que erais capaces de hacer precisamente lo que hicisteis: sacar todo el dinero posible a mi costa. Y vale, puedo perdonaros eso, ¡pero habéis metido también a Jared! Y él no se merece eso, mamá. Es un buen hombre. Ya tenemos suficiente agobio como para encima aguantar a mis padres diciendo mentiras en un pro...

—No son mentiras —se apresura a decir mi madre en tono alarmado, cosa que me confunde porque ella, cuando la pillan mintiendo, en un inicio se resiste a decir la verdad, pero suele ser más de las que admiten la verdad al final. Eso sí, negando tener la culpa e intentando

echársela a los demás—. Todo lo que dije sobre vosotros es cierto. Ahora, si tu padre mintió yo...

—Pero ¿qué me estás contando? —me indigno yo—. Te oí decirles a los de la tele que Jared y yo salíamos juntos en el insti y que...

—¡Y es cierto! —grita mi madre con tanta fuerza que tengo que apartarme el móvil de la oreja—. Salíais juntos, no lo niegues.

Justo cuando estoy a punto de responderle y preguntarle si es que tiene problemas de memoria, Jared sale a la terraza, donde estoy sentada, y me hace un gesto para que no le responda, acercándose su móvil con cara seria. Y cuando miro la pantalla me quedo de piedra, porque esta muestra a mi madre sentada en un plató de televisión y diciendo exactamente lo que ahora me está diciendo a mí por teléfono.

Es un jodido directo.

—Están oyéndolo todos —musita Jared en voz muy baja para que los del programa en el que mi madre al parecer es la invitada principal no lo oigan.

Una vez más, mi rabia supera mis ganas de llorar. Pero en vez de gritarle a mi madre y a los presentadores del programa de cotilleo que se vayan a tomar por culo, lo que hago es colgar el teléfono dejando a Jenna con la palabra en la boca.

Me llevo las manos a la cara.

Tiemblo de arriba abajo por la frustración, el dolor y la angustia que me causa que mi propia progenitora acabe de llamarme desde un plató de televisión sin previo aviso para sacar dinero a mi costa una vez más, interrogándome sobre mi relación con Jared en frente de los comentaristas.

—¿Es que realmente no le basta con que me lo gastara todo pagando su fianza, sus abogados y su centro de desintoxicación? —me desespero—. No lo entiendo. No entiendo a esta mujer. No entiendo a mi propia madre, Jared. ¿Cómo se le ha ocurrido hacer esto? Y encima si intento hablar con ella me saldrá otra vez con que ella es la víctima porque yo no la llamé para contárselo o por cualquier otro motivo que se le ocurra. Jamás admitirá que es su culpa ni tampoco que me ha hecho daño. *Jamás*.

Jared se sienta a mi lado y pasa su brazo sobre mis hombros, mostrándome apoyo en silencio mientras me desahogo.

—Necesito pintar —le digo al cabo de un rato de coger fuerzas, decidiendo mandarlo todo al cuerno una vez más y no volver a cogerles el teléfono ni a mi madre ni a mi padre durante un largo tiempo, si es que lo vuelvo a hacer jamás—. Ya he tenido suficiente. Estoy harta. Necesito desahogarme pintando algo.

Eso siempre me calma.

—El salón que va a ser tu biblioteca está vacío. O, si lo prefieres, puedes elegir cualquier otra habitación como tu sala de pintura —me tranquiliza Jared, besándome un hombro desnudo y jugueteando con el tirante de mi vestido de verano de manera distraída—. ¿Estás bien?

Me aparto las manos de la cara y sorbo los mocos, repitiéndome que no voy a dejar que nadie, ni siquiera mamá, me arruine un día que a pesar de lo que ha pasado últimamente parecía muy prometedor, y que ha empezado con Jared haciéndome el amor despacio y sensualmente esta mañana antes de subirme el desayuno a la cama en una bandeja.

—Estaré bien —me prometo a mí misma—. Llegará el día en el que pase de estas cosas, pero este me temo que no es el día. —Me giro y le doy un beso en los labios—. Si no salgo para comer, no te alarmes. Cuando me entran estas ganas de dejar ir la mente y centrarme solo en pintar, puedo pasar horas o incluso días en este estado.

Él me sonríe y me devuelve mi beso con uno suyo, lento y tierno y esta vez con lengua.

—Te llevaré la comida y te recordaré que tienes que beber agua, como hice durante el celo —declara, depositando un último beso en mis labios—. Tú pinta todo lo que quieras. Piérdete todo lo que quieras en ese estado mental artístico. Esperaré a que salgas de tu guarida, pequeña Smaug. Sé que pintar es importante para ti.

En ese momento, lo adoro tanto que el sentimiento casi parece que vaya a reventarme el pecho y pintarlo todo de colores brillantes y felices.

El estrés queda olvidado por el amor, cada vez más intenso, que siento por el alfa.

Mi alfa.

Él se mete en la cocina para preparar el almuerzo y yo voy al garaje donde los de la mudanza dejaron mis cajas y desentierro mis cosas de pintura, eligiendo una habitación de invitados que tiene una bella terraza porque mañana instalan las estanterías que Jared ha comprado a toda prisa para la biblioteca y no quiero que nadie me interrumpa.

Pinto durante todo el día hasta bien entrada la noche, y Jared entra varias veces, como ha prometido, para traer una bandeja con comida que me obliga a comer en la terraza, asegurándose de que esté hidratada porque el calor de Los Ángeles en verano es abrasador.

Cuando me acurruco contra su cuerpo esa noche, el alfa acaricia mi pelo hasta que me duermo.

Y una vez más sé lo que es la paz de una manera tan profunda que siento que esta va a calar al fin en mis huesos y llegará un día en el que, tal y como me he prometido a mí misma, nada sea capaz de alterarla nunca más.

CAPÍTULO 27



OLENA

Miro el test de embarazo que hay en la encimera de la pila del váter con el corazón acelerado y unas tremendas ganas de llorar.

—Positivo. —Recito en voz alta lo que pone en la pantalla, sintiéndome emocionada y llena de ilusión y sabiendo que tengo que decírselo a Jared cuanto antes.

Bajo las escaleras corriendo con el dispositivo en la mano y se lo pongo en la cara al alfa, que está sentado en un sillón viendo una repetición de un partido de su equipo y juzgándose a sí mismo con ojo crítico, como he descubierto que tiende a hacer.

Él parpadea y aleja un poco mi mano para poder enfocar la vista en lo que le estoy enseñando, y cuando lo hace sus ojos se abren como platos y salta de un bote del sofá.

—¡Joder! —exclama, abrazándome con fuerza y echándose a reír.

Me río con él y acabo tendida encima de su largo cuerpo cuando él cae de espaldas al tropezar con el borde del sofá.

—Vamos a ser padres —le digo con asombro, todavía un poco incrédula, pero haciéndome a la idea con rapidez.

Él se ríe de nuevo contra mi cuello y me besa el hombro, abrazándome contra su pecho y frotando su nariz en un lateral de mi cuello, cerca de mi glándula omega.

Me estremezco y jadeo por la sensación que me causan sus caricias en esa zona tan sensible.

—Padres —se hace eco Jared con pasmo. Y luego ríe otra vez, haciéndome reír a mí también.

Nos quedamos así un rato, abrazados, ilusionados y maravillados con la vida que crece en mi interior.

—Tengo que decírselo a mi familia —declara Jared—. Les dije a mis padres que estaba saliendo contigo, que quería emparejarme y que vivías conmigo, pero esto... Esto les va a hacer mucha ilusión.

Yo me aferro a sus anchos hombros, un poco nerviosa por conocer a sus padres finalmente, después de hablar por teléfono con ellos brevemente cuando llamaron a su hijo hace un par de días. Parecían buena gente y muy amables, pero no sé qué esperar de una familia funcional porque la mía no lo es mucho, que digamos.

—Jared —le llamo, mordiéndome el labio inferior tras pensarlo un poco—. ¿Quieres... quieres emparejarte conmigo?

Él me coge la cara entre sus grandes manos con ternura y se aparta un poco para que pueda verle los ojos, brillantes y seguros de sí mismo.

—Sí. ¿Y tú?

Mi sonrisa amenaza con hacer que me duelan las mejillas de lo grande que es.

Asiento porque tengo la garganta atorada de lo emocionada que estoy con la idea.

—Sí. Yo... Sí quiero. Aunque llevemos saliendo juntos poco más de un mes —le digo—. Te quiero. Te quiero mucho.

Él sonríe con más alegría de la que le he visto nunca y vuelve a besarme con ganas.

—Y yo a ti, mi pequeña dragonzuela —murmura, volviéndome a besar una y otra vez—. Mi futura esposa. No —se corrige—, mi futura pareja.

Me mordisquea el lóbulo de la oreja y desciende su lengua por mi cuello, lamiendo mi glándula y haciéndome gemir.

Mis dedos se curvan sobre la tela de su camiseta y los dientes empiezan a dolerme con la necesidad de morderlo.

—¿Quieres hacerlo ahora? —murmura el alfa volviendo a lamer mi cuello.

—¿Aquí mismo? —jadeo.

—¿Prefieres la cama balinesa? Ya veo —otra lamida y otro estremecimiento, esta vez seguido de un gemido largo que sale de mi garganta dejándola enronquecida—, te gusta hacerlo en público.

Le golpeo un hombro con suavidad.

—De eso nada —ríe—. El perverso eres tú.

Él bufar con sorna.

—Ya sabes lo que dicen de las tímidas y las calladitas, ¿no?

—¿Que somos las mejores en la cama? Sí, ya lo sé.

Él se ríe entre dientes y me mordisquee la glándula, deleitándose en los sonidos que salen de mi boca.

Arqueo el cuerpo de manera instintiva, buscando más. Estoy empezando a arder por él. Lo deseo tanto que mis muslos están pegajosos con mis fluidos y eso que él apenas ha empezado.

Impacientada, tiro de su camiseta hacia arriba desvelando sus marcados abdominales y lo obligo a quitársela, cosa que él cumple con un gruñido porque tiene que dejar de jugar con mi cuello para pasarla por su cabeza.

Mis manos desabrochan el botón y bajan la cremallera de sus pantalones, bajándolos por sus muslos.

—Impaciente —se burla el alfa.

Me relamo los labios y le muerdo ligeramente su propia glándula, que eleva la piel del cuello en una curva suave casi detrás de la oreja.

Él jadea y sus manos aferran mis nalgas con fuerza.

Me río con gusto al ver su reacción.

—Vengativa también soy —digo de manera mordaz—. Y ahora ropa fuera, alfa.

Él obedece sin dejar de mirarme con intensidad, quedándose desnudo debajo de mí. Su pene ya está erecto porque el maldito alfa siempre se pone cachondo rápidamente cuando le meto mano. Juro que su polla es como una máquina del placer que se enciende cada vez que la necesito.

Mordiéndome los labios y aguantándome un gemido por lo bello que está Jared ahí tendido, me quito las bragas y coloco las rodillas a ambos lados de sus muslos, cogiendo su polla con una mano y guiándola hacia mi interior.

Me dejo caer sobre ella y ambos gemimos. Sus manos se aferran a mis caderas mientras me deja marcar el ritmo.

Sus ojos, lujuriosos y oscurecidos, no se apartan de mí. Especialmente cuando una de sus manos se aleja momentáneamente de mi cadera para bajarme la parte superior del vestido de verano y dejar mis pechos al descubierto.

Él jadea y yo gimo, arqueándome del gusto y usando su enorme cuerpo para darme placer a mí misma.

Una vez más, su mano deja mi cadera, esta vez para colarse entre mis piernas y acariciar mi clitoris de manera experta a pesar de que como omega puedo llegar fácilmente al orgasmo, follándome solo su polla sin necesidad de un estímulo extra. Ventajas de mi anatomía.

Pero su gesto, su mirada de párpados entreabiertos y boca ligeramente abierta mientras respira de manera pesada, con su aliento, cálido y rápido, acariciando mis labios cuando me inclino para reclamar un beso una vez estoy cerca del orgasmo, la manera tan posesiva con la que

me agarra los pechos y, cuando me corro, el culo, elevando sus caderas para seguir penetrándome hasta que él mismo se corre... todo se me queda grabado a fuego en la memoria.

Y sé que acabaré pintándolo como he pintado la imagen de su cuerpo desnudo sobre las sábanas de la primera cama en la que hicimos el amor, aquella mañana en Boston.

Es tan hermoso que no puedo resistirme a ello.

—Olena —jadea el alfa, cogiéndome de la nuca para acercar mi cuello a su boca, y muerde mi glándula, rompiendo la piel y cubriéndola de su saliva llena de feromonas para formar el vínculo como mi pareja.

Yo hago lo mismo cuando él acaba tras bajar de mi último orgasmo, sintiéndome como si de repente pudiera volar por los cielos de pura felicidad cuando mis dientes se clavan en su cuello dejando mi propia marca sobre su piel.

La sensación de estar vinculada a él es indescriptiblemente hermosa. Tan hermosa que me hace llorar de felicidad, embargada por una paz espiritual y física como ninguna otra.

Soy feliz.

Y estoy en casa.

Porque estoy con Jared.

Y lo estaré hasta el final de nuestros días.

CAPÍTULO 28



OLENA

Jared y yo estamos en las nubes de felicidad.

El vídeo de disculpa y la aclaración sobre los comentarios que la gente logró grabar durante la reunión de exalumnos se ha hecho viral, pero ya no nos importa mucho lo que opinen los demás mientras ello no afecte a nuestras carreras.

A su lado he aprendido a que ello no me quite el sueño. Que siempre habrá gente que elige la empatía y gente que no en el mundo, y ya está. No le voy a dar más vueltas.

Y en cuanto a los *trolls* más agresivos o aquellos que amenazan, Mónica y su *hacker* se están encargando de ellos en silencio, preparando una denuncia que la agencia que representa a Jared, de la que ella es la directora y Víctor uno de los representantes encargados de la estrella de los Lakers, interpondrá cuando todo se calme un poco.

Los padres de Jared, junto a su hermana Kayla, diez años menor que él, llegan por sorpresa para quedarse un tiempo con nosotros, dos días después de que el alfa les anuncie por teléfono que nos hemos emparejado y que queremos celebrar una boda tradicional cuando todo el lío con la prensa haya pasado de largo.

Será una ceremonia privada a la que todavía no sé si invitaré a mis padres, porque tengo miedo de que traten de traer a la prensa o de que la graben en vídeo para luego vender el contenido al mejor postor.

Jared me deja con ellos en el salón después de darles la bienvenida y anunciar que va a subir un vino de la bodega del sótano para brindar juntos por nuestro emparejamiento. Ellos, no yo, que estoy embarazada de unas semanas, aunque solo él y yo lo sepamos por ahora porque Jared quería anunciarlo en persona, y, por ende, decido que beberé té helado de ese casero tan delicioso que el alfa me prepara siempre.

—Tú debes de ser Olena —saluda la madre de Jared, omega como yo, con una sonrisa—. Yo soy Candice. Encantada de conocerte al fin.

Me da un abrazo que me hace sentir casi tan cálida como su hijo.

Mi instinto me dice que Candice es una buena persona. Que, como su hijo, es de las que llevan el corazón en la manga, a la vista de todos.

—Claro que es Olena, mamá. Lleva la marca de mi hermano en el cuello. —La hermana de Jared, Kayla, es una adolescente que va vestida de negro de los pies a la cabeza.

Recién presentada como alfa, la chica es algo mordaz, pero tan amable como su hermano lo es en el fondo.

—Encantada de conoceros a todos —les saludo con un deje de nerviosismo.

El padre alfa de Jared, Michael, me tiende una mano para que se la estruje.

—Estábamos deseando conocerte —me dice. El parecido físico con su hijo, del que parece una versión más mayor, me sorprende bastante al principio. Sus ojos me analizan de manera crítica de arriba abajo con la misma seriedad que la mirada de Jared adopta a veces—. A pesar de lo que ha pasado con tus padres, tú pareces una buena chica. Eso me alegra. Me temía que nuestro hijo hubiera elegido a una de esas cabezahuecas buscafortunas con las que a veces salía.

Kayla suelta un bufido y Candice se escandaliza.

—¡Michael! —protesta la omega, enfadada—. No le digas esas cosas a la pobre chica. Estoy segura de que lo ha pasado muy mal por todo eso.

—Ya —resopla Kayla de nuevo, mirándome con el mismo ojo crítico con el que me ha observado su padre hace un segundo—. ¿Es verdad que tu madre intentó reventarles la cabeza a tu padre y a su nueva esposa y que ha pasado estos años saliendo y entrando de la cárcel?

Me sobresalto por la pregunta, tan directa al grano.

—¡Kayla! —gruñe Candice con expresión furibunda—. Ya os vale a los dos. ¡Menudos modales! ¿Qué va a pensar la pobre Olena? ¿Y qué pasará si Jared os escucha? No puedo creerme lo maleducados que estáis siendo los dos ahora mismo.

—¿El qué tengo que escuchar? —pregunta el alfa entrando al salón con una botella de vino en la mano—. ¿Y por qué están siendo maleducados?

Dirige una mirada de advertencia hacia su padre y su hermana menor, que cierran la boca y desvían la mirada hacia los sillones sin decir nada.

—Nada —se apresura a negar Candice, haciéndome un gesto de súplica para que no diga nada—. Solo preguntábamos cuándo es la boda.

—¿Olena? —inquire Jared, que alza una ceja como si intuyera que su madre no dice la verdad.

Le sonrío, aunque lo haga con un poco de tensión.

—No pasa nada. Solo hablábamos. Eso es todo —replico, haciendo un gesto hacia la mesa de la terraza de madera cubierta de una frondosa parra—. ¿Qué tal si nos sentamos fuera? Hace buen día y se está muy bien bajo la parra.

—¡Es una idea maravillosa! —La madre de Jared vuelve a fulminar con los ojos a su emparejado y a su hija y los empuja hacia la terraza—. Vamos todos fuera. El sol nos vendrá bien.

Kayla refunfuña por lo bajo, pero se deja empujar por su madre hacia uno de los asientos.

Me siento un poco incómoda de repente a pesar de lo agradable que es Candice, con la que mantengo una conversación muy interesante sobre plantas (que estudié cuando decidí pintar un almanaque brujeril de adolescente) y luego sobre la actriz de moda del momento.

—Me gustó la película de Barbie. Aunque eso de que no tuvieran subgénero era extraño —comenta la hermana de Jared, que ha permanecido bastante silenciosa, al igual que su padre y su hermano (que no dejan de compartir miradas como si estuvieran manteniendo una conversación propia en silencio) hasta ahora.

—¿Eh? ¡Ah! —exclama su madre—. Sí. Sí, muy raro. Por cierto. ¿Cuándo decís que va a ser la boda? Me gustaría ayudaros en la preparación de la ceremonia, si vosotros queréis, claro.

Jared me mira y se encoge de hombros como diciendo «la decisión es tuya». Le sonrío a su madre, que me cae muy bien, y decido en ese momento que me gustaría que fuéramos amigas.

—Me encantaría que me ayudaras con la ceremonia, Candice —le digo—. La verdad es que no tengo ni idea de cómo preparar esas cosas. Y, además —miro de reojo a Michael y evito hacer una mueca por lo que voy a confesarles—, no creo que mis padres vengan a la ceremonia. No lo sé, la verdad. No lo tengo claro ahora mismo.

El alfa de mayor edad suelta un resoplido. Está claro que se ha hecho una opinión bastante fuerte de mis progenitores y, aunque parte de mí lo comprenda, a otra parte le molesta.

—Menos mal —le oigo murmurar.

—Papá —le sisea Jared en tono de advertencia—. Vigila esa lengua mordaz tuya o me enfadaré. No molestes a Olena.

Michael alza las manos en señal de paz.

—Calma, hijo. Solo era un mero comentario.

—Los comentarios como ese me sobran —replica su hijo con irritación.

—Como quieras, gruñón —resopla su padre.

Kayla se ríe entre dientes y bebe un sorbo de cola. Yo llevo mi vaso de té frío hasta los labios y me lo acabo en un par de tragos, molesta por el ambiente que están creando esos dos.

Al fin y al cabo, sí, es cierto que mis padres son unas sanguijuelas a las que solo les

importa el dinero. Pero también es cierto que Michael Faust nació rico y que morirá siendo malditamente rico. Y que mis padres y yo, en cambio, nacimos siendo pobres y que muy seguramente, a no ser que yo hubiera tenido mucha suerte con mis cuadros o que nos tocara la lotería, habríamos muerto siendo pobres, con todo lo que la falta de recursos económicos conlleva en la vida.

Michael no es quién para juzgar la desesperación a la que las personas sin dinero pueden llegar, por cruel que esta sea, cuando no ven salida a su pobreza. Y mis padres, por mucho que yo les ayudara económicamente, estaban ambos en la ruina. Aunque me joda sentir que estoy justificando su conducta (cosa que jamás haré porque han sido muy capullos conmigo, sean o no mis padres), no me gusta que Michael haga muecas de desprecio cuando alguien los menciona.

Dejo el vaso vacío sobre el posavasos con un ruido más fuerte de lo que pretendía, interrumpiendo la conversación que un irritado Jared mantiene con su padre y su hermana.

—Mis padres no son modélicos, es verdad —les sonrío a ambos alfas sin que la sonrisa llegue a mis ojos, cansada y harta de que todo el mundo haya decidido juzgar y tirar piedras en tejados ajenos últimamente—, pero no son mala gente, por mucho que parezca lo contrario. A veces la gente es más complicada y no se puede dividir claramente en algo tan simple como blanco y negro. Bueno y malo. Y ya está, ¿sabe? Hay muchos colores en el alma humana, algunos más sucios que otros, pero todos ellos mucho más complejos de lo que se puede ver a primera vista.

Michael se me queda mirando en silencio hasta que su emparejada, no muy sutilmente, le da un codazo en el brazo y le sisea que deje de ser un aguafiestas.

—Ya veo —murmura el alfa, frotándose el brazo donde el codo de su omega ha vuelto a golpearle al ver que no paraba de observarme sin parpadear. Michael me sorprende cuando sus ojos se llenan de risa y sus labios se curvan segundos después—. Así que no eres tan calladita y tan tímida como pareces, ¿eh? Tienes espinas, eso me gusta. No es común en los omega.

—Michael Robert Faust —sisea Candice, tan furiosa que sus mejillas se tiñen de rojo.

—Oh. Oh —se alarma Kayla.

—Como vuelvas a decir alguna burrada, te juro que dormirás en el sofá el resto del maldito año, ¿estamos?

—Calma, mujer —se queja el alfa, claramente tan alertado como su hija—, no lo decía en serio. Sabes que tengo una opinión excelente de tu subgénero.

—Más te vale —replica Candice en un tono que me recuerda mucho al de su hijo cuando se cabrea, rebosante de sorna—, o te recordaré quién lleva realmente los pantalones en nuestra relación, alfa.

Michael se atraganta y Kayla se echa a reír a carcajadas. Jared se ríe y me coge una mano por encima de la mesa, besando mis dedos.

—Mi padre y mi hermana son algo fríos y cabrones...

—¡Eh! ¡Eso lo eres tú, no yo! —protesta Kayla, pero él la ignora.

—... pero no son mala gente.

Asiento y suelto el aire de los pulmones con alivio.

Al menos la tensión ya se ha ido. Y puede que hasta logre llevarme bien con Michael y Kayla Faust.

Eso espero, porque estoy emparejada con su hijo y eso no se puede deshacer así como así. Y de todas formas no querría que intentaran separarnos.

Además, todavía no les hemos dicho que estamos esperando un hijo, cosa que sé que Jared planea hacer dentro de nada. Y no quiero que se lo tomen mal.

Comparto una mirada con mi pareja y él me sonrío, inclinándose para besar mis labios.

—¿Se lo decimos ya? —murmura.

Asiento una vez más.

Y Jared suelta la bomba de mi embarazo tras lanzarle una uva de la parra a la cara a su hermana para que deje de hacer sonidos de asco cuando nos ve besarnos.

CAPÍTULO 29



OLENA

Janet y Víctor se presentan, junto con su pequeño y adorable hijo, John, y Sebastian, que está visitando Los Ángeles durante una semana, esa misma noche cuando Jared los llama para comentarles que tiene una noticia que darles.

Janet me abraza durante un buen rato y me hace prometer que la nombraré dama de honor cuando se lo contamos todo durante la cena, cosa que hago con gusto, invitando también a Kayla a ser una de ellas porque la chica hace un gesto que parece indicar que ella también lo quiere cuando escucha a la omega pedirme eso.

—Muy bien. Lo haré —accede como si lo hiciera a regañadientes, abriendo los brazos para «permitir» que la abraze, a pesar de que se la nota contenta por mi invitación.

Una vez la tensión entre su padre y yo ha desaparecido, la joven alfa se ha relajado bastante a mi alrededor, aunque sigue mirando mi vientre como si esperara que fuera a crecer de manera sustancial de repente, fascinada por la noticia de mi embarazo.

Las tres estamos sentadas en el salón que da a la terraza. Jared está supervisando el montaje de las estanterías de la biblioteca junto a su padre y Víctor, Candice está jugando en el jardín con el pequeño John para darles un respiro a sus padres, ya que el chiquillo es muy inquieto, y Sebastian ha bajado a la bodega, para exasperación de Janet, supuestamente a seleccionar algo para la comida. Pero lleva ahí abajo más de veinte minutos y no tiene pinta de que vaya a subir muy pronto.

—Necesitamos un pastel para celebrar esto —dice Janet, entusiasmada—. Uno de esos tradicionales con los que antes se celebraba el anuncio de una boda.

—Uh —Kayla hace una mueca de desagrado—, no me gusta el dulce.

Janet hace un movimiento con la mano frente a su cara.

—Espabila, ¡es para Olena y Jared! —exclama la omega con familiaridad, como si conociera a Kayla desde hace mucho—. No seas una mosca cojonera y busca pastelerías abiertas en la zona que tengan pasteles a la carta en el mostrador sin quejarte.

—¿Por qué yo? —bufa la joven alfa.

Janet chasquea la lengua.

—Porque te lo he pedido yo. Y ahora, ¡busca!

—No soy un puto Pokémon —musita la alfa entre dientes, irritada—. No me des órdenes.

—Como me sigas tocando los ovarios, te juro que escogeré el color más hortera para nuestros vestidos de dama de honor —amenaza Janet—. A mí me importa un pito lo que lleve puesto, pero seguro que a ti no.

Kayla pone expresión horrorizada.

—¿Quién ha decidido que seas tú la que elija esas cosas? ¿No debería ser la novia? —Me mira con ojos suplicantes, aterrorizada por acabar vestida como una tarta de colores pastel, llena de capas y lazos.

Me encojo de hombros, sintiéndome un poco vengativa por lo de antes.

—Janet y tu madre se han ofrecido a hacerse cargo de casi todas esas cosas —le digo—. Ya sabes, como estoy embarazada, es mejor que no me estrese y eso.

La expresión de traición de la alfa es muy satisfactoria. Casi me hace reír con satisfacción algo mezquina.

Janet sonríe con sadismo.

—Así que ya sabes —ronronea la omega con una carcajada digna de Maléfica—, mi pequeña Pokémon, ¡búscame una buena pastelería!

Kayla pone los ojos en blanco y suelta un dramático suspiro, pero saca su móvil, adornado con las mismas calaveras que sus pendientes, y se pone a buscar *online* mientras musita entre dientes que no piensa casarse nunca con un omega porque somos todos unos marimandones.

—Hay una a veinte minutos andando —nos indica tras teclear en su *smartphone* unos segundos—, pero no tienen entrega a domicilio, aunque sí pasteles hechos ya para compra directa en mostrador.

—Bueno, veinte minutos no es tan lejos —afirmo, pensando en que yo caminaba bastante más para ir desde la salida del metro a mi antiguo apartamento.

—Sí, y además todavía está dentro del recinto de la urbanización, así que no es muy probable que haya *paparazzi* por la zona —reflexiona Janet en voz alta, inclinándose por encima del hombro de Kayla para mirar la ubicación en su pantalla.

Ups, me había olvidado de lo de los *paparazzi*. Como no están en la puerta de la

propiedad porque la casa está dentro de una urbanización vallada (en la que viven varias estrellas de cine), no pueden llegar hasta aquí a acosarnos. Pero Jared me advirtió de que han acampado cerca de la única carretera de salida de la urbanización, más allá de la caseta de los guardias de seguridad.

—Entonces, ¿vamos nosotras a por el pastel que queréis? —suspira la alfa como si estuviese pensando en lo que le va a costar andar hasta allí y el esfuerzo la echara para atrás.

Le sonrío. Ahora que la idea ha surgido, me apetece salir un poco de la casa tras pasar tanto tiempo aquí, aunque sea enorme y preciosa. Y además caminar me irá bien.

—Si dices que la pastelería está cerca y lejos de la prensa, me apunto —me animo—. Tengo ganas de pasear por el barrio. Lo que vi cuando Jared conducía por aquí me pareció precioso. ¡Y quiero ver casas de famosos desde la calle! He oído que mi actriz favorita vive por la zona.

Kayla suelta un largo suspiro sentido, resignándose a ello.

—Muy bien —dice guardando el móvil en el bolsillo de sus vaqueros negros—. Pues avisa a los demás y nos vamos. Pero nada de cotillear las casas de los famosos paranoicos. Esos tienen cámaras de seguridad hasta en los arbustos de entrada y si te pillan observando alguna ventana, aunque sea de lejos, te denunciarán a la comunidad de vecinos.

—Guau —replico con los ojos abiertos.

Ella alza un hombro.

—A mí me lo hicieron cuando salí a caminar por la zona hace un par de años —confiesa—. Le pusieron hasta una multa a mi hermano. Al parecer, tienen normas muy estrictas sobre la privacidad. Lo que, considerando el nivel de acoso al que llegan los *paparazzi* a veces, no me extraña.

Janet le da un sonoro beso en la mejilla.

—Mi chica está madurando —se limpia la comisura de un ojo con expresión dramática, fingiendo estar superemocionada—, mírala, soltando cosas como esas como toda una casi adulta con empatía. Estoy orgullosa.

Kayla suelta un gruñido, se ruboriza y se levanta de su asiento como un resorte.

—Arriba —ladra, aunque sus labios se están curvando en una sonrisa por las palabras de Janet—. La pastelería cierra en media hora, así que moved esos culos de omega y vámonos ya.

CAPÍTULO 30



OLENA

—¿Te pasa algo? Estás distraída desde hace un rato —me pregunta Janet pasándome un brazo por los hombros.

Niego con la cabeza, pero detengo el gesto y decido admitir que sí.

—No sé. Es como si algo me gritara que nos están observando desde que hemos salido de la pastelería.

A mi otro lado, Kayla frunce el ceño y se yergue en toda su altura, que a pesar de ser tan solo una adolescente es bastante considerable. La alfa mira hacia todos lados buscando cualquier signo de amenaza y frunce el ceño cuando no ve nada.

—Solo estamos nosotras y esos dos vecinos que pasean al perro —señala con la barbilla, ya que tiene ambas manos ocupadas con la caja de la tarta de chocolate y caramelo.

Observo de reojo a los vecinos, pero no reconozco a nadie famoso. Llevan gafas de sol y ropa en tonos neutros y nos devuelven la atención que las tres les prestamos con calma, pero sin saludarnos.

—Es extraño, ya lo sé —les digo, tratando de restarle importancia—. No será nada. No me hagáis caso. Seguramente solo estoy nerviosa por todo lo que ha pasado.

Pero la sensación no se me pasa cuando giramos una esquina y nos metemos por la calle que lleva a la casa de Jared. Nuestra casa, ahora que nos hemos emparejado.

—Disculpen —llama una voz desde atrás con un fuerte acento ruso, sobresaltándonos. Es uno de los vecinos que paseaban al perro. Un hombre de mediana edad que no me suena de nada —. Hola, perdonen que les moleste —añade cuando nos giramos hacia él—, ¿saben dónde hay

un parque para perros? Lo siento, es que mi marido y yo somos nuevos por aquí.

Le sonreímos y Kayla procede a explicarles que van a tener que caminar unos quince minutos calle abajo hasta llegar al único parque para perros del barrio.

—Lo siento —se disculpa el hombre con expresión de no comprender nada de lo que la chica le está diciendo—. ¿Puedes enseñarme la ubicación? Mi inglés no es muy bueno.

Kayla, soltando un suspiro, le pasa la tarta a Janet, que la coge con ambas manos para que no se vuelque, y saca el móvil del bolsillo, acercándose al hombre para enseñarle la ubicación en el móvil.

Estamos tan atentas al hombre ruso que no nos damos cuenta de que el otro hombre está detrás de mí hasta que se escucha la puerta de un coche abriéndose y alguien me agarra de un brazo.

—Pero ¿qué hace? —me alarmo.

—¡La tengo! —exclama el supuesto marido del ruso, tirando de mí con fuerza y metiéndome en el coche tras ponerme un trapo en la cara con el que me cubre la boca y la nariz.

Empiezo a marearme con fuerza y me doy cuenta de que me está drogando.

Escucho las voces alarmadas de Janet y Kayla gritar y noto unas manos que no son las de mi captor tirar de mí, pero pierdo el conocimiento antes de saber qué está pasando.

CAPÍTULO 31



JARED

La han raptado.

—Cálmate, alterado no ayudas a nadie —me pide mi padre, pero soy incapaz de ello.

La policía se ha presentado en el lugar de los hechos y se ha llevado al hombre que se hacía pasar por un nuevo vecino de origen ruso, que Kayla y Janet han logrado reducir, pero el otro ha huido con Olena. Con mi Olena. Y no sabemos a dónde se la han llevado en el coche con cristales tintados que las cámaras de seguridad han grabado saliendo por el puesto de guardia, pasando de largo el campamento de los *paparazzi*.

Y yo estoy cada vez más alterado.

Cada vez más frenético.

—No entiendo quién podría haber hecho algo así. No tiene sentido —se desespera Janet por enésima vez.

Víctor la coge de la mano y la intenta consolar, pero la omega está inconsolable. Es una suerte que mi madre y Sebastian estén cuidado de un confuso John, que se ha alterado bastante al oler el estrés y la tristeza de su madre.

—La policía la encontrará —le dice su compañero en tono tranquilo, dándole un beso en la mejilla—. Ya lo verás.

Kayla, cruzada de brazos a su lado con cara de mala hostia y los ojos hinchados por haber llorado en la privacidad del baño, aprieta la mandíbula como suelo hacerlo yo cuando estoy molesto.

—¿Cuándo han llamado para pedir dinero por última vez? —pregunta como si no lo supiera ya.

—Hace una hora —responde mi padre cuando yo soy incapaz de ello—. Jared...

—No puedo más. Me voy —anuncio saliendo del salón hacia la puerta de entrada.

—¿Dónde vas? —gruñe mi padre siguiéndome los pasos—. Sabes que te han dicho que tienes que hacer la entrega de dinero dentro de seis horas.

Me giro hacia él con un siseo de ira y estrés.

—Seis horas, ¡seis putas horas para que me la den a cambio de un puto millón! En este tiempo puede pasarle cualquier cosa, papá. Y no aguanto estar en casa ni un solo segundo más. Tengo que buscarla. Tengo que hacer algo, aunque sea solo rondar por la zona de entrega...

—No —niega mi padre con ira—. Ya has oído a la policía. No puedes ir al puerto, están preparando la zona para pillarlos cuando hagas la entrega. Solo los entorpecerás.

Rechino los dientes con fuerza porque sé que tiene razón, pero aun así no puedo quedarme en casa de brazos cruzados mientras Olena sigue ahí fuera a saber en qué estado.

—Entonces me quedaré en un hotel cercano con la bolsa de dinero, listo para cuando me llamen —le digo—. Pero no puedo quedarme aquí. No puedo...

Miro hacia el cuadro que compré hace ya meses, colgado en la pared que elegí para él, cerca de la entrada. Hacia la biblioteca, todavía a medio terminar. Hacia el salón, donde ayer Olena se puso a pintar porque decía que la luz en esa zona de los ventanales era perfecta. Hacia la terraza, en la que hace un par de días me pintó desnudo como si fuera Rose Dewitt, tumbado en la cama balinesa en la que esa misma noche hicimos el amor entre risas.

La veo en todas partes.

Y el hecho de que no está, de que se la han llevado conmigo en las cercanías sin que yo pudiera protegerla como le prometí que haría, me mata por dentro.

—Tengo que irme —repito, cogiendo la bolsa con el dinero y saliendo de la casa con un portazo.

Ya no puedo aguantar más el estar quieto en casa, rodeado de personas que lloran y lloran y se preguntan, como lo hago yo, si seguirá viva o entera.

El hombre falsamente ruso solo le ha dicho a la policía que su compañero es un mercenario contratado por alguien anónimo en la Web Oscura. Como él mismo. Que no lo conoce de nada, pero que ha oído hablar de él y que es un tipo cruel al que le gusta despedazar a sus víctimas. Y que el bastardo que los ha contratado les ha dicho que no le importa lo que le pase a Olena siempre y cuando él o ella consigan el dinero.

Me paso la mano que tengo libre por la cara y me meto en el coche, poniendo el GPS con el corazón pesado en el pecho y la rabia en las venas.

La frustración es insoportable. El no saber cómo está mi pareja es un tormento. No deja de

pasárseme por la cabeza que preferiría que me hubieran hecho daño a mí, aunque sea un pensamiento inútil.

Conduzco hasta el puerto, situado en el barrio de San Pedro, ignorando las continuas llamadas de mis padres y de mi hermana, colgándoles cuando veo su número aparecer en la pantalla porque estoy esperando a que la policía me diga algo más.

Miro la pantalla del móvil cuando suena una vez más y estoy a punto de colgar cuando veo que se trata de un número desconocido.

Con el corazón acelerado, descuelgo y espero a que hablen.

—¿Eres Jared? —pregunta la voz de una mujer de manera nerviosa—. Soy la madre de Olena, tu querida nueva suegra. ¿Te ha dicho que te llamaría? He hablado con ella y me ha comentado que estabas libre para hablar conmigo.

Detengo el coche a un lado de la carretera con los latidos del corazón palpitándome hasta en la cabeza.

—¿Acaba de hablar con ella? —repito con esperanza e incredulidad.

—Uy, sí —se apresura a afirmar la mujer de nuevo—. Felicidades por lo del emparejamiento, por cierto. Aunque me gustaría haber estado presente en la fiesta de celebración y no haberme enterado por terceros —dice la mujer con rencor—. Pero, en fin. Te lo perdono porque mi querida niña se merece lo mejor.

Mis manos aprietan tanto el volante que el cuero del que está cubierto cruje con fuerza.

—Señora —siseo—, ¿me está diciendo que Olena está con usted?

—¿Conmigo? ¡Claro que mi hija está conmigo! —exclama ella—. Mi Olena me apoya siempre contra viento y marea. Soy su mejor amiga, cosa que imagino que ya sabes. Ah, quería hablarte de un tema... supongo que te ha comentado algo de lo del dinero. Necesito cierta cantidad para pagar unos gastos. No mucho, considerando todo lo que tienes... Solo un apoyo para tu suegra, ¿eh? Le mandé un mensaje a Olena pidiéndole un millón. Pero un poco más me vendría bien, la verdad.

»Si haces eso, aprobaré vuestro emparejamiento. De manera pública y todo. A ninguno nos gustaría que los medios se enterasen de que me habéis roto el corazón con vuestro egoísmo ni involucrar a nadie más, ¿verdad? Me gustaría que esto quedara entre nosotros.

Mi estómago se vuelve frío como el hielo, pero aun así no puedo creer lo que oigo.

—¿La tiene usted?

Se hace el silencio al otro lado de la línea, quizá por la agresividad con la que he hablado.

—¿El qué?

—A Olena —gruño con promesas de dolor en la voz.

—¿Quieres decir que no está en tu casa ya? Debería haber... Mierda.

Tardo unos segundos en procesar sus palabras, que apestan a culpabilidad.

—¡Hija de puta! —rujo con furor cuando me suelta eso.

La llamada finaliza.

Me ha colgado el teléfono.

Soltando un rugido, trato de marcar de nuevo el número, pero se vuelve a cortar sin que ni siquiera descuelgue, y cuando lo intento de nuevo veo que la mujer me ha bloqueado.

Maldita hija de puta, siseo mentalmente marcando el número de la policía.

CAPÍTULO 32



OLENA

Despierto en una sala oscura por cuya única ventana, sucia y rota, entra un poderoso olor salino.

El mar, deduzco todavía con el cerebro medio despierto.

—¿Ya estás consciente? —pregunta la voz de un hombre que no reconozco.

Cuando mis pupilas se adaptan, veo que está sentado en la única otra silla que hay dentro de lo que parece un local abandonado, cuya barra hecha de ladrillos se cae a pedazos.

—Esto era un bar —me dice el hombre cuando me ve mirar a mi alrededor—. Un buen bar. Pero, como siempre, las crisis le joden la vida a la gente. El tipo que era dueño de esto se suicidó hace unos años cuando ya no pudo pagar sus deudas. El dinero es lo más importante de la vida, ¿no crees?

Parpadeo y trato de procesar lo que me está diciendo el hombre, que abre y cierra una navaja de manera nerviosa frente a mí.

—¿Quién es usted?

Él menea un hombro.

—Eso da igual. Tengo muchos nombres. Hago muchos trabajos. Aquí y allá —me contesta de manera ambigua—. No te ofendas, ¿eh? Tú solo eres un trabajo más. Un poco de intimidación, entrega, recogida de la bolsa, charlita con el cliente y listo, ¡bum! Un trabajo fácil. Más fácil que el de Colombia de hace unos años. Ese fue jodido.

Intento procesar todo lo que me dice, pero es imposible. Mi cerebro se está recuperando con celeridad, pero no la suficiente como para seguirle el ritmo.

—¿Por qué estoy atada a la silla? —Empiezo a entrar en pánico—. ¿Y qué hago en este lugar? No entiendo nada.

Él deja caer las patas delanteras de la silla, que tenía elevadas con las piernas estiradas, y deja de jugar con la navaja con aspecto de estar irritado.

De repente, el miedo me atenaza el estómago de frío.

—Te lo acabo de explicar. ¿Tienes problemas de oído? Si es así, conozco el lenguaje de señas americano estándar. Pero no creo que sea eso, ¿no? Será la confusión. Eso pasa mucho. Da igual.

Se levanta de su silla y camina hacia mí chasqueando la lengua. Intento echarme hacia atrás cuando se inclina sobre mi asiento poniendo una mano en el respaldo, junto a mi hombro.

Su aliento apesta a regaliz.

—Quedan solo dos horas —anuncia sin explicarme nada más—. Qué hago contigo durante esas dos horas, ¿eh? Tienes una cara bonita, pero follarme a una omega es un coñazo. La polla no os entra si estáis en contra. Se os cierra —señala hacia mi entrepierna, divertido cuando huele el pánico emanando de mí en oleadas— si alguien intenta tocaros. Podría forzarlo, pero entonces jodería la cláusula de mi contrato, que dice que nada de «daños sustanciales». Así que el que seas omega es una mierda para mí, porque me aburro. Y si yo me aburro, necesito dejar de aburrirme de alguna forma.

—Suéltame —jadeo, sintiendo unas enormes ganas de llorar—. Por favor.

Apenas puedo respirar por el miedo.

Sabía que no era una persona valiente ni fuerte, pero ojalá nunca hubiera descubierto cuánto miedo tengo que llegar a pasar para saber eso de mí a ciencia cierta.

Pero solo soy un ser humano. No tengo superpoderes ni soy un alfa con una fuerza superior a la normal.

Y me siento muy pequeña y muy en peligro ahora mismo.

El alfa solo sonríe, cruel y sádico, como si complaciera algo en su interior el oírme suplicar.

—Vamos a jugar a un juego, omega —declara de repente, poniéndose a hablar a toda prisa como antes—. Si me suplicas bonito, te suelto una mano y cierro los ojos durante cinco minutos enteros. Si echas a correr, te encontraré. Conozco este sitio como la palma de mi mano. Pero así será más divertido. Sobre todo, cuando te pille de nuevo. Aunque no creo que puedas soltarte del todo. Ni correr lo suficientemente rápido. No pareces ni arrojada ni lista. Es una pena.

—Suel... suéltame —me avergüenza echarme a llorar, pero no puedo evitarlo. El terror es horrible—. Por favor.

Jamás había oído ni visto a alguien tan vil como él. Todos mis sentidos me gritan que está pensando en hacerme algo muy muy malo si no acepto su juego. Todavía peor, incluso, de lo

que me ha dejado claro que desearía poder hacerme.

—Suplica mejor. Así no me vale. Si llorases un poco más, al menos...

Rompo a llorar con más ganas, en parte por el miedo y en parte porque quiero que me suelte. Porque la rabia está empezando a surgir de mi interior.

—Por favor —repito con desesperación.

Él se echa a reír con ganas y saca la navaja, cortando una de las ligaduras, que ataba mi mano derecha a un lado del respaldo de la silla y apartándose de mí.

—¿Ves? Cumpló con mi palabra. —Camina hacia la otra silla y se deja caer en ella, cruzando los brazos sobre su ancho pecho y cerrando los párpados—. No me moveré hasta dentro de cinco minutos —anuncia con una sonrisa sádica que rebosa anticipación—. Será mejor que te muevas ya, bonita. Tic. Toc. Tic. Toc. El tiempo corre.

Jadeando presa del pánico, me giro para tratar de desatar mi otra mano. Pero es imposible. El nudo es intrincado y está muy bien hecho.

—Nudo de nueve —canturrea el alfa—. Marinero. No vas a poder deshacerlo. Lo aprendí en un barco hace ocho años, después de salir de la cárcel. —Se ríe de nuevo—. Te quedan cuatro minutos y veintinueve segundos. Los estoy contando, omega. Tic. Toc. Tic. Toc.

Pienso a toda prisa en qué hacer, ignorando el gemido de terror que sale de mis labios y la sonrisa cruel del alfa.

Me quedo mirando la navaja que tiene sujeta en una mano, apoyada contra su pecho, cuando la luz de la luna ilumina su filo.

—Has... has dicho que no te moverías —trago saliva al hablar porque apenas puedo hacerlo con el nudo de mi garganta.

Él sonrío como si estuviera orgulloso de mí.

—Cuatro minutos y tres segundos.

Me levanto de la silla y trato de moverla, pero está anclada al suelo.

Él se ríe con más ganas.

Frustrada y cada vez más asustada, me acerco a él todo lo que puedo y alargo la mano hasta rozar su navaja. Me corto los dedos con el filo, pero al final logro quitársela.

Empiezo a cortar el nudo a toda prisa con manos temblorosas, dejando salir un sollozo cuando al fin las cuerdas ceden lo suficiente como para poder sacar la mano a la fuerza. El arma cae de mis manos, incapaces de sostenerla. Pero soy libre al fin, aunque la cuerda y el filo de la navaja hayan cortado la piel de mi muñeca.

—Dos minutos y veinticinco segundos.

Echo a correr hacia la puerta, pero esta está cerrada.

La risa del sádico alfa resuena a mis espaldas de nuevo. Mis ojos se fijan en la ventana, cuyo agujero es lo suficientemente grande como para que pueda saltar por él.

Logro salir del viejo bar abandonado justo cuando la mano del alfa sale del agujero intentando cogerme del tobillo.

Dando un alarido, ni siquiera me fijo en mi entorno cuando echo a correr sin mirar atrás.

CAPÍTULO 33



OLENA

Corro por las calles del puerto pasando de largo almacenes cerrados y algunos locales abandonados, perdiéndome con facilidad por sus calles hasta que llego al paseo. Puedo ver el muelle de Santa Mónica y la noria muy a lo lejos, con las luces encendidas. Y ello me da esperanza.

—¡Joder! ¡Sí que corres! —jadea el alfa saliendo de detrás de un contenedor y saltando para agarrarme.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —grito, pero nadie responde como no lo han hecho durante los diez minutos que calculo que llevo corriendo.

Todo está vacío y en silencio en esta zona del muelle. Tengo que cruzar hacia la parte peatonal, donde seguro que hay gente.

—¡Cállate, zorra! —grita el alfa, gruñendo con frustración cuando intenta agarrarme de nuevo, pero no lo consigue—. Joder. Ostia. Puta —se queja—. ¿Qué pasa? ¿Es que resulta que eres atleta o algo así? No esperaba que corrieras tanto. Menudo pedazo de gilipollas que soy. ¡Mierda! La he cagado. ¿Qué mierdas comes para correr así? Como pierda el trabajo por tu puta culpa, omega, me las vas a pagar, ¿me oyes?

Por mucho que corra, el alfa siempre está tras de mí, a apenas unos pasos.

—¡Ayuda! ¡Por favor, que alguien me ayude! —Soltando otro alarido cuando noto sus dedos rozarme el pelo, acelero el paso hasta que las costillas me arden, sabiendo que si me coge estoy perdida.

Ya veo el muelle mucho más cerca y eso me da ánimos. Seguro que encuentro gente. Seguro que alguien me ayuda. Solo tengo que aguantar a este ritmo un poco más.

—¡Mierda! —vuelve a gritar el sicario cuando vemos las luces a unos doscientos metros de donde estamos.

Rojas y azules.

Coches de policía.

Rompo a reír y a llorar, sintiendo la salvación muy cerca.

Y entonces el alfa logra alcanzarme, agarrándome del pelo.

—Ya creías que te ibas a escapar, ¿eh? —bufa con fuerza, arrastrándome hacia unos arbustos que hay cerca de la carretera paralela a esta zona del paseo para ocultarnos de la vista de la policía, a pesar de que me resisto con todas mis fuerzas para evitarlo pidiendo ayuda con toda la potencia de mis pulmones—. ¡Casi lo logras! ¡Ja! ¡Qué bueno! Este juego ha sido el más divertido que he...

—Suéltala —gruñe una voz al borde de la violencia detrás de él, y el alfa se detiene cuando estaba alzando el puño para hacerme callar a la fuerza.

CAPÍTULO 34



OLENA

—Jared —lloro de alivio al verle.

Su Ferrari está tras él, a unos metros de nosotros, detenido a toda prisa en mitad de la carretera.

—Joder —silba el mercenario—. Jared Faust. Soy fan tuyo, tío. Tu última temporada con los Lakers fue una puta pasada. Vi tu partido contra los Celtics. Cincuenta y tres puntos tú solo, ¡joder! ¡Qué puta pasada! Eres un máquina, tío.

—He dicho que la sueltes —ruge Jared dando un paso hacia él.

Emana tanta violencia que el aire se vuelve acre con su aroma.

El sicario, sin mostrar miedo, eleva las manos en señal de paz y le sonríe.

Yo me pongo a cuatro patas y aprovecho que está distraído para moverme todo lo silenciosamente que puedo hacia un lado, alejándome de él.

Jared, tenso y a la espera de que ponga distancia, sigue emanando deseos de muerte que me habrían puesto los pelos de punta si no fuesen para protegerme a mí.

—Tranquilo, macho —se ríe el mercenario—. Cálmate. Sé que es tu omega. Solo estaba jugando un poco. Es por el dinero y eso. Sin malos rollos, ¿eh? ¿Has hecho ya la entrega? —Finge mirar su muñeca rápidamente, donde no hay ningún reloj—. Todavía queda más de una hora para eso. Así que debes de haber venido al puerto y has estado dando vueltas con el coche, ¿a que sí? —se ríe de nuevo cuando ve la cara de mala hostia de Jared, que le saca al menos tres cabezas de alto y dos de ancho—. Instintos alfas. No fallan. Una vez un tipo que conocí localizó a su omega emparejada a tres horas de distancia, en medio de las montañas. A ti te ha pasado

algo parecido en cuanto has estado cerca, ¿a que sí? Seguro que sí.

Jared no lo niega, pero da un paso hacia él emitiendo un siseo de cólera a duras penas contenida que habría acojonado a cualquiera con dos dedos de frente.

Ya casi estoy en el paseo. Si me alejo un poco más, estaré a salvo y podré echar a correr hacia él.

—¡Joder! —exclama el mercenario, tirándose del corto pelo negro con una mano nerviosa, pero todavía sin emitir señales de miedo—. No debí dejarla salir a correr. Es por culpa del puto aburrimiento. Lo llevo muy mal, ¿sabes? ¡Ey! Ey, oye, ¿qué haces? Te estás acercando mucho, tío. —El mercenario da un paso atrás cuando Jared, furibundo, comienza a acercarse hacia él una vez yo estoy en el paseo y me levanto, echando a correr hacia el Ferrari a toda prisa y llorando de alivio cuando lo alcanzo.

—¡Vámonos! —le grito a Jared, alarmada, cuando le veo aproximarse al mercenario, que sigue dando pasos hacia atrás, pero todavía no muestra miedo.

Es como si todo fuera un juego para él una vez más.

—Jared —llamo con urgencia y angustia, temiendo que el hombre esté armado y que mi pareja, demasiado concentrado en su cabreo, se lance a por él y acabe herido de gravedad—. Jared, por favor. ¡Sube al coche y vámonos! Ese hombre es muy peligroso. ¡Por favor!

Él se detiene cuando le suplico, pero no hace ademán de volver. Sus instintos le empujan a eliminar cualquier amenaza existente contra mí.

—Uy, no, ¿iros? —gruñe el psicópata—. Eso sí que no puedo permitirlo. Un trabajo es un trabajo y yo tengo que cobrar. Así que la chica y la bolsa, ¿eh? La llevas, ¿verdad? La bolsa con el dinero, me refiero. Ya que aún no has hecho la entrega, ¿qué tal si me lo das? Así tendremos un buen acuerdo. Yo le doy la omega al cliente y te dejo venir conmigo a escondidas. Así luego se la quitas y yo me largo con el dinero. Sin peleas y sin muertes. Todo limpio. Genial, ¿no? Tú tienes tu omega y tu culpable y yo la pasta.

—Vete a la mierda, hijo de puta —ruge Jared de nuevo, interponiéndose entre él y yo con su alto cuerpo para que el sicario deje de mirarme—. No vas a ponerle una mano encima de nuevo. Antes te la arranco de cuajo.

—Como quieras. —El mercenario se encoge de hombros—. Te lo he advertido. Si quieres muerte, muerte será. Pero la chica y el dinero se vienen conmigo, que tengo que cumplir con el contrato para mantener buenas reseñas *online*, ¿entiendes? He prometido llevarla al punto de encuentro con el cliente y soy un hombre de palabra.

Con un movimiento tan rápido como un rayo, el matón saca la navaja que yo he dejado caer cuando he logrado desatarme, con manos demasiado temblorosas y resbaladizas por la sangre del corte como para sostenerla, y le sonríe a Jared de oreja a oreja antes de saltar hacia él con intención de matar.

—¡Jared! —grito con angustia.

Pero es tarde.

Ambos alfas están enzarzados en una pelea a muerte y no pararán hasta que uno de los dos sea un maldito cadáver.

CAPÍTULO 35



OLENA

—¡Ayuda! —salgo corriendo por la carretera hacia los coches de policía que se ven en la lejanía, buscando auxilio de nuevo, pero mi instinto como omega, que me grita que debería estar vigilándole la espalda a mi alfa, es muy intenso y me hace volver sobre mis pasos con el corazón atascado en la garganta por la preocupación.

Jared es fuerte, rápido y feroz, y además está acostumbrado a que otros deportistas de élite, como él, traten de ralentizarlo o de cortar el paso, así que aguanta bien las fintas de la navaja del sicario, logrando esquivarlas y asestarle unos cuantos puñetazos que dejan al alfa más pequeño sin aliento y doblado sobre sí mismo. Pero el matón se recupera con facilidad, riéndose del dolor y limpiándose la sangre de la comisura de la boca con el dorso de una mano antes de atacar de nuevo.

Se nota que está acostumbrado a pelear a muerte. A matar a sangre fría a su adversario, aunque para ello tenga que emplear tácticas sucias. Como agacharse y coger un puñado de arena que el viento ha arrastrado de una duna cercana para echársela a Jared a los ojos.

—¡No! —exclamo cuando mi alfa trastabilla hacia atrás y mi secuestrador, con una risotada sádica, se abalanza sobre él apuñalando su abdomen.

Jared gruñe de dolor y, aun a pesar de que el maldito psicópata hijo de puta le retuerce el cuchillo en las entrañas, mi alfa le asesta puñetazos en la cabeza sin perder un ápice de fuerza aprovechando que el mercenario está a su alcance.

—Vaya si pegas fuerte, ¡joder! —se queja el malnacido dando un paso atrás y sacando la navaja del vientre de Jared—. Voy a echar de menos verte en la NBA, ¿sabes? Tenías un gran futuro, campeón. Una pena que vayas a morir aquí.

—Olena, sube al coche y vete —me ordena Jared.

La sangre mancha la camiseta de mi alfa de rojo y él se lleva una mano al vientre, inclinándose hacia delante con un jadeo de dolor.

—¡No voy a dejarte aquí! —protesto con angustia, acercándome a él a toda prisa.

—Una pena, sí —repite el mercenario, negando con la cabeza y jugando a lanzar la navaja ensangrentada al aire—. No me guardes rencor, ¿eh? No esperarías que fuese una pelea justa, supongo.

Jared escupe sangre sobre la arena y el cabrón se ríe.

Y lo veo todo rojo en ese instante.

La ira, el miedo y la frustración estallan en mi interior como una supernova de rabia descontrolada.

Antes de saber qué es lo que estoy haciendo, me he abalanzado sobre el maldito asesino a pesar de que Jared intenta agarrarme para que no lo haga, alarmado por mi seguridad.

El sicario, con expresión conmocionada cuando siente mis uñas arañarle la cara con fuerza, intentando arrancarle los ojos, se recupera rápidamente y se ríe con ganas.

—¡Toda una fiera! ¿Quién lo diría de una cosita llorica como tú? —Me coge de los brazos con la mano que tiene libre y tira de mí para alejarme de Jared, que trastabilla hacia delante cuando intenta separarme de él a la fuerza—. Venga, vamos. Es mejor que no nos encuentren aquí cuando el campeón la diñe.

—¡No va a morir! —grito a pleno pulmón—. ¡Él no va a morir!

Le doy patadas y trato de morderle cuando no puedo deshacerme de su agarre aunque tan solo esté usando una mano.

El hombre se queja sin parar, tirando de mí de manera inexorable hacia las dunas, mientras Jared le ordena que me suelte y me deje ir entre toses sanguinolentas y pasos cada vez más débiles.

Dando un alarido, logro darle una patada en la entrepierna al matón cuando este, que camina hacia atrás sin apenas fijarse donde pone los pies porque está muy ocupado intentando que no me deshaga de su agarre, se tropieza con una piedra.

—¡Hija de...! —exclama con ira. Trata de agarrarme del pelo, soltándome las manos, pero yo me inclino y le muerdo la muñeca con la que sostiene la navaja con todas mis fuerzas, aprovechando que ha perdido la concentración por el golpe, y siento el sabor de su sangre en mi boca—. ¡Zorra!

Enfadado, deja caer la navaja y me da un puñetazo que me aleja un paso de él por la fuerza del golpe.

—¡Huye, Olena! —escucho a Jared suplicarme con desesperación a mis espaldas.

—No —niego con todas mis fuerzas, abalanzándome sobre el sicario de nuevo con unas ganas tremendas de matar.

El matón, subestimándome, intenta darme otro puñetazo y agarrarme del pelo de nuevo ahora que tiene ambas manos libres. Pero yo me lanzo al suelo. A sus pies.

Y cojo la navaja que él ha dejado caer.

—¡Muérete, cabrón! —me oigo gritar con las mejillas manchadas de lágrimas de rabia y terror.

Él suelta una exclamación ahogada que no se me olvidará en la vida cuando el filo de la navaja se clava en su vientre, rajándolo de abajo arriba conforme me incorporo sobre mis pies.

Me mira con tal cara de *shock* que la imagen se me queda grabada en la retina.

Asqueada y horrorizada de mí misma, pero igual de rabiosa que antes, me pongo frente a Jared, que se ha derrumbado de rodillas tras de mí y está respirando de manera agitada de una manera que me aterra escuchar.

El sicario se lleva la mano al vientre y la eleva para quedarse mirando la sangre que mana de la herida.

—La puta omega me ha matado... —comenta antes de desplomarse contra el suelo y perder la consciencia.

Soltando un sollozo, con la respiración tan rápida que el aire apenas me llega a los pulmones, dejo caer el arma y me apresuro a coger a Jared cuando pierde las fuerzas.

—Lo siento —jadea el alfa con los labios manchados de sangre—. No he podido salvarte.

Suelto otro sollozo tan fuerte que siento que la pena me va a partir en dos.

—Joder, Jared. No digas eso —niego con la cabeza y rebusco en los bolsillos de sus vaqueros de manera frenética sin encontrar el móvil—. Me has salvado. Me has salvado, cariño.

Beso sus labios ensangrentados y me levanto, pensando a toda prisa y sintiendo mi corazón romperse una vez más cuando le ayudo a tenderse en el suelo y a presionar con la camiseta que se ha quitado para intentar contener la hemorragia contra la herida.

—Ahora vuelvo, cariño. Aguanta, por favor... Por favor...

Corriendo hacia el coche, me meto por la puerta que él ha dejado abierta cuando ha saltado del coche a toda prisa al vernos correr por el paseo y cojo el móvil del manos libres, tirando de él con nerviosismo y maldiciendo cuando casi se me resbala por la sangre que cubre mis manos.

Con dedos temblorosos, marco el número de emergencias rezando para que todavía estemos a tiempo y Jared pueda sobrevivir.

Porque si no lo hace, si no vive, no sé qué haré.

No sé qué haré.

CAPÍTULO 36



OLENA

—Señorita, estese quieta para que podamos vendar bien sus heridas, por favor —suspira el enfermero con el entrecejo fruncido.

—Perdón —me disculpo de manera distraída.

Mi mente se siente muy lejos de la sala de curas en la que me están vendando la mano y desinfectando los cortes que me hice al trepar por la ventana rota.

Están operando a Jared y yo, con cada segundo que pasa y no sé nada de él, siento que desconecto más y más del dolor que me causa la realidad.

Está grave. Muy grave, me recuerda mi mente una y otra vez como una especie de mantra cruel y ominoso.

—¿Van a hacerle pruebas por lo del embarazo? —pregunta Kayla, que no se aleja de mi lado desde que ella y su familia han llegado al hospital.

El enfermero levanta el rostro con sorpresa.

—¿Está usted embarazada? —me pregunta a mí con tono de regañina—. ¿No le hemos preguntado? —se dirige hacia una de sus dos compañeras presentes en la sala, preparando la vacuna antitetánica.

—Sí, pero no nos ha respondido —replica una de ellas encogiéndose de hombros.

El hombre suspira y corta el final del vendaje que estaba poniendo sobre mi mano.

—Parece en estado de *shock* —se lamenta—. Supongo que es normal con todo lo que ha ocurrido.

Kayla coge mi mano sana y aprieta mis dedos, inclinándose hacia mí con ojos hinchados de tanto llorar.

—¿Olena? —llama—. ¿Me oyes?

Enfoco la vista en ella y asiento, pero segundos después pierdo de nuevo el norte, agotada y más dispersa que nunca.

—... llevarla a la sala de espera.

—¿Así como está? —oigo la voz preocupada de mi suegra, que se ha asomado a la sala de curas de enfermería para ver cómo estoy.

—¿Crees que querrá ir a casa? —pregunta Kayla.

—No —replico yo con fuerza enfocando mi atención en ellas durante unos segundos, pero sintiendo que mi mente está demasiado abrumada como para seguir haciéndolo mucho tiempo más.

Kayla tira de mi mano para que me levante de la camilla y, de repente, me sientan sobre una silla de ruedas que empujan hacia la sala de espera de quirófanos.

No sé cuánto tiempo estamos allí, todos sentados, con Candice a un lado mío, junto a su pareja, y Kayla al otro, ambas cogiéndome de la mano.

Janet y Víctor llegan de visita y dan abrazos llorosos a todo el mundo, quedándose un rato antes de irse a recoger a su hijo, al que está cuidando Sebastian.

—Se había ido a saber dónde —oigo a Janet comentar—. Y ha reaparecido hace un par de horas en la terraza de la casa de Jared con una resaca de tres pares de cojones.

Mi suegro suelta un resoplido.

—Seguramente se fue a emborracharse al bar más cercano, ya lo conoces —espeta—. Ese chico se pasó la noche bebiendo antes de largarse a vomitar en el jardín y no volver durante horas mientras nosotros nos angustiábamos preguntándonos dónde estaba Olena.

—Pues ya podrías haber ido a comprobar si estaba bien cuando notaste que no estaba, papá —se queja Kayla—. Si estaba inconsciente o algo podría haber acabado muy mal. Cayéndose a la piscina, por ejemplo.

Veo a mi suegro poner los ojos en blanco y quejarse de que el borracho, que es como llama a Sebastian, es demasiado imbécil como para morir tan fácilmente.

Los médicos van y vienen por el pasillo de cirugías mientras mi nueva familia habla sobre esto y lo otro para tratar de no mencionar el elefante rosa de la habitación.

—¿Qué le ha pasado al que raptó a Olena? —inquieta Candice cuando se hace el silencio un rato, incapaz de no llenarlo con algo porque la omega se desespera una vez empieza a darle vueltas a la cabeza.

—También lo están operando en este hospital —comenta mi suegro, Michael, señalando

hacia el final del pasillo, donde hay otra sala de cirugías—. Está más grave que Jared.

Kayla, que estaba presente mientras yo relataba a la policía por segunda vez lo ocurrido, cuando ya nos encontrábamos en el hospital, me mira con inquietud.

—¿Qué le pasará a Olena si el capullo ese muere? —inquieta apretando mis dedos con los suyos de nuevo.

Michael se encoge de hombros, pero su rostro adopta una expresión seria y severa.

—Nada, si puedo evitarlo —declara con firmeza.

Candice apoya la cabeza en su hombro y, por enésima vez esa noche, llora en silencio contra la tela de su camisa.

—Estás más despierta, ¿verdad? —me pregunta Kayla cuando abro los ojos un rato más tarde, habiendo echado una cabezada sin darme cuenta de ello—. Te van a hacer unas pruebas por lo del embarazo, ¿está bien?

Asiento y dejo que un par de enfermeros me lleven a una sala en la que paso un buen rato respondiendo a sus preguntas y extendiendo el brazo para que me saquen varios tubos de sangre antes de hacerme una ecografía.

—No parece que haya habido daños al feto —declara un médico un rato después, limpiando el gel frío de mi estómago—. Aun así, tendrá que visitar al médico de manera periódica para controlar cómo va la cosa, ¿lo entiende?

Asiento y él suspira cuando ve que vuelvo a estar en silencio una vez más. Pero es que estoy tan agotada que apenas puedo pensar con claridad.

El enfermero que me ha curado antes la mano me saca del BOX en el que han hecho la ecografía y me lleva de vuelta a la sala de espera de cirugía, cruzándose con varios de los policías, que están por todo el hospital desde que hemos llegado y me saludan con un cabeceo como si me reconocieran.

Pero alguien nos interrumpe el paso antes de que podamos entrar en ella.

—Ay, Dios, mi niña —llora mi madre, inclinándose hacia delante para abrazarme—. Menos mal que estás bien. Estaba tan preocupada por ti...

CAPÍTULO 37



OLENA

—Mamá, ¿qué haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde estaba? —pregunto con extrañeza, saliendo del estado medio catatónico en el que estaba.

Se aparta de mí, pero no sin que mi cerebro note que huele al mismo perfume que ha usado siempre, desde que yo era muy pequeña.

Cosa que me da unas ganas de llorar tremendas por la nostalgia, aunque siga enfadada con ella.

—Ay, hija —replica Jenna limpiándose la comisura de un ojo—, pues me he enterado por la prensa. Como con lo de tu emparejamiento. Ya podrías haber llamado a tu madre, ¿no crees? Mira que dejar que me entere de estas cosas por terceros...

Me mira el cuello, donde la marca de los dientes de Jared palpita con los latidos de mi corazón dándome confort y diciéndome que él todavía vive, y pone cara de afrenta.

—Te habría llamado para hablar contigo si no hubieras vendido mi privacidad y un huevo de mentiras a la prensa —espeto con sequedad.

Ella se ofende de nuevo, negándose, como suele hacer, a admitir ni una sola culpa.

—No te enfades —bufa, cruzándose de brazos—. No fueron tantas mentiras. Y, además, necesitaba el dinero y sacarles la pasta a esos buitres fue muy inteligente de mi parte, ¿no crees? Así puedo ayudarte a pagar lo del centro de desintoxicación.

—¿Me quieres decir por qué no estás allí ahora mismo? —Me resigno, aunque lo haga con enfado, a que ella no va a avergonzarse jamás de su conducta. Nunca lo hace—. ¿No se supone que ingresabas hace tres semanas al salir de prisión?

—Ay, hija —repito mi madre en tono de protesta—, ya volveré cuando todo esto haya acabado, te lo prometo. Pero no seas tan señorita Rottenmeier, que cuando te pones en ese plan eres inaguantable.

Mi cabreo aumenta exponencialmente.

—Gracias, mamá —siseo con sarcasmo—. Eres toda una madre ejemplar y encantadora.

Ella pone los ojos en blanco y abre la boca para pasar de mí y pedirme algo, seguramente, pero el enfermero nos interrumpe carraspeando con incomodidad.

—Tengo cosas que hacer —señala hacia los BOXES que se ven al final del pasillo—, así que lleve usted a su hija a la sala de espera, ¿vale?

—¡Sí, sí, claro! —se apresura a decir mi madre, colocándose tras la silla de ruedas—. Usted váyase a hacer su trabajo, que es muy importante. Yo me encargo de mi bebé.

—No soy un bebé —suspiro con irritación—. Y, ¿sabes qué? Puedo andar.

Me bajo de la silla de ruedas y, aunque me tambaleo un poco por el mareo que me entra de repente, echo a andar sin mirar atrás apoyándome en la pared.

—¡Olena! —llama Jenna con exasperación—. No seas así, hija. Hay que ver qué carácter que tienes. Lo debes haber sacado del cabrón de tu padre.

Rechino los dientes y sigo avanzando hacia los ascensores que llevan a la sala de espera de cirugía, situada dos plantas más abajo, a pasos lentos pero decididos.

Mi madre deja la silla de ruedas a un lado y me coge del brazo que tengo libre con firmeza, negándose a soltarme.

—¿De verdad no sientes ni una pizca de culpa? —Me detengo en las puertas de la zona de los ascensores.

—¿Por qué tendría que sentirme culpable? —se envara mi madre—. ¿Por haberles sacado dinero a los periodistas? ¡Si así tú también ganas! —protesta—. Lo que gano yo no tienes que dármelo tú, ya te lo he dicho.

Sacudo mi brazo para librarme de su mano. Las ganas de llorar de pura frustración se incrementan.

—¿Sabes qué, mamá? Estoy harta —le digo con labios temblorosos, pero con el corazón tan cansado de ser herido y tan cabreado que ya no aguanto ni un solo segundo más—. Te dije que quería que pararas y pasaste de mi cara, ¡e incluso me hiciste una encerrona con un programa de la tele para emitir nuestra puta conversación en directo!

»¿Cómo te atreves a aparecer por aquí como si nada? ¿Cómo te atreves a portarte de esa forma y pensar que todo lo que haces y dices está bien? ¿Que no importan las consecuencias que eso tenga para los demás? ¡Soy tu hija, maldita sea! Podrías habértelo pensado antes de venderme a la prensa rosa por un dinero que seguramente te has gastado a saber en qué, en menos tiempo de lo que se tarda en decir «basta».

—¿Quieres dejar de gritar? —sisea mi madre, golpeándome en el hombro para llamarme la atención cuando una enfermera pasa por al lado y se nos queda mirando con asombro al oírme —. Todo el mundo te está oyendo. Y un hospital no es lugar para andar armando escándalo.

—Que te jodan.

—¡Olena! ¡Ese lenguaje! —se escandaliza ella.

—Que te den mamá, en serio. Ahora mismo no quiero verte la cara, así que lárgate por donde has venido. Si algún día decido que tal vez quiero perdonarte por todo, y no solo por lo de la prensa, ya te llamaré. Ahora vete.

Echo a andar de nuevo hacia la zona de espera de cirugía, pero ella me coge del brazo de nuevo.

—No puedes decirle eso a tu propia madre —dice con expresión de miedo y angustia en el rostro—. Sabes que te necesito.

—Pues habértelo pensado antes de joder a tu único ingreso.

Su pena cambia a la ira con rapidez.

—Sabes que el hecho de que el juez me denegara mi derecho a que tu padre me dé mi pensión fue una injusticia.

—Les partiste la cabeza a él y a su nueva esposa con un puto bate de béisbol, mamá. E incluso amenazaste de muerte al chiquillo y te plantaste un día en la puerta de su guardería, ¿recuerdas? ¿Qué esperabas? Se lo pusiste en bandeja de plata para denunciarte y conseguir que el juez decidiera que no tenía por qué pagarte ni un dólar nunca más.

Ella se enfurece.

—Esperaba que el hombre con el que estuve casada más de veinte años no me pusiera los putos cuernos con una mujer que es más joven que tú, ¡eso esperaba! —gruñe con los ojos llenos de lágrimas.

—Siento pena por ti, mamá. De verdad que la siento. Y puedo entender por qué estás enfadada y tienes derecho a sentirte traicionada, aunque que los agredieras intentando matarlos ya es otro cantar —reconozco con el corazón fatigado de todo este drama—. Pero estoy cansada de que me utilices siempre para sacarme todo el dinero que puedas, sin importarte si yo voy a poder comer ese mes o no. De que solo te importes tú y nada más que tú y tus deseos de venganza. Te dije que lo del centro de desintoxicación era lo último que te pagaría, así que aprovéchalo e ingresa en él de nuevo. Y a mí déjame en paz. Ya no puedo más.

Intento sacudirme su mano, que todavía me tiene agarrada del brazo, pero me es imposible. Ella me clava las uñas y yo me siento sin fuerzas, así que mis tirones son más débiles de lo que desearía.

—Si te vas a poner así, luego no te enfades por lo que haga —me amenaza.

Aspiro una bocanada de aire. Estoy temblando, pero no es de debilidad, sino de cólera.

—¿Cómo te atreves a amenazarme?

—¿Cómo te atreves tú a intentar abandonarme? —replica ella menos de un microsegundo después, alzando la voz rebosante de indignación—. ¡Soy tu madre!

—¡Y yo tu hija!

Ella aprieta los labios hasta que se vuelven una línea pálida y tensa.

—¿Hablaste con Jared antes de que lo metieran en el quirófano? —Alza la barbilla y sé que va a mentirme porque siempre pone la expresión que está poniendo ahora cuando trata de manipular a alguien—. Puede que tú seas una mala hija, pero mi nuero es un encanto. Me ha prometido que me dará un millón de dólares para que pueda empezar de cero en otra parte.

Boqueo de la impresión.

—Pero ¿de qué mierda hablas?

—Si a él le pasa algo, quiero que me prometas que cumplirás con su voluntad, Olena —me dice, poniendo una falsa expresión de conmiseración y tristeza—. Él quería cuidar de mí, así que tú debes hacer lo mismo.

Estoy tan conmocionada por lo que me está diciendo, tan absolutamente indignada de que esté tratando de manipularme para que le dé dinero si Jared muere, y por la forma tan casual en la que habla de la posible muerte del alfa al que amo, que en ese momento todo el amor que sentía todavía por ella se apaga como si le hubiera echado una jarra de agua fría encima.

Apenas puedo hablar.

Mi voz se la ha tragado la tristeza, y la rabia, la indignación y el hecho de que, una vez más, me doy cuenta de que mi madre está aquí por dinero y eso me rompe el corazón.

—Ya no puedo más —repito en voz queda para mí misma, viendo a mi madre por primera vez lejos de la nostalgia de mi infancia y de cómo esa emoción suavizaba y minimizaba todas las malas cualidades que posee y que se empeña en usar en mi contra—. Se acabó.

Trato de desasirme de su agarre una vez más, pero Jenna me clava las uñas hasta dejarme marcas sobre la piel.

—Olena, ¿necesitas ayuda? —pregunta una voz masculina con alarma—. ¿Te está haciendo daño?

Me giro y fijo la vista en Sebastian y en Mónica, la relaciones públicas de Jared, que debe de haber llegado al hospital cuando me estaban haciendo las pruebas para comprobar que todo estaba bien con el embarazo.

—Suéltala —gruñe la mujer alfa cuando huele mi estrés y mi tristeza flotando en el aire—. Ahora mismo.

No sé si alguno de los dos ha oído la discusión y lo que mi madre ha dicho sobre Jared y el millón de dólares, pero de solo pensar en ello me siento avergonzada por tener una madre tan codiciosa y falta de empatía como ella.

—Soy su madre —replica Jenna alzando la barbilla sin soltarme—. Y estamos teniendo una conversación privada. Así que marchaos.

Sebastian enarca una ceja y Mónica entrecierra los ojos.

—Sebas, llévate a Olena —ordena la alfa—. Yo me encargo de dejarle las cosas claras a esta mujer.

Él se encoge de hombros, aunque le dedica una mirada nerviosa a Mónica.

—Como quieras.

La relaciones públicas camina hacia nosotras y fuerza a mi madre, que protesta y le dice que la denunciará si la toca, a soltarme.

—Ven conmigo. —Sebastian me coge de la mano y nos metemos en el ascensor tras dejar salir a un grupo de médicos, apretando el botón de bajar y alejándonos de las dos mujeres a toda prisa.

CAPÍTULO 38



OLENA

—Creo que debería volver —le digo al beta—. Mónica no tiene por qué molestarse con mi madre. Es mi responsabilidad lidiar con ella.

Sebastian suelta un bufido y me sonrío, aunque sigue notándosele incómodo.

—A Mónica le encanta poner a la gente en su sitio —me indica—. No te preocupes. Tu madre saldrá de aquí con el rabo entre las piernas. —Me mira de reojo—. Por cierto, ¿estás bien?

Hago una mueca.

—No sé cuánto habéis oído.

—Desde «Te dije que quería que pararas y pasaste de mi cara» hasta el final —me explica con una mueca de vergüenza ajena.

Cierro los ojos por la vergüenza.

—Lo siento.

—No tienes por qué disculparte —contesta él—. A veces se discute donde y cuando haga falta, y ya está.

Nos quedamos en silencio cuando el ascensor se detiene, las puertas se abren y tres personas entran charlando entre sí y mirándonos con curiosidad, seguramente notando el olor a estrés que todavía se pega a mi piel.

Cuando el ascensor se detiene y abre sus puertas y la gente sale en tropel, nosotros los seguimos sin pensar.

—Estamos en la planta baja —me extraño cuando veo que no hemos parado en la primera planta, que es donde está la zona de cirugía en la que están operando a Jared.

Dos de las personas se marchan hacia la salida y el tercero, un hombre beta de mediana edad, vuelve a llamar al botón del ascensor.

—Perdonad, pero ¿sabéis dónde está la zona de cirugía? —nos pregunta con expresión de estar perdido—. Este sitio es tan grande que siempre me lío.

—Nosotros también vamos hacia allí. Aunque hay varios quirófanos en diferentes plantas, así que le aconsejo preguntar en el mostrador de información —le responde Sebastian, girándose luego hacia mí—. Debo de haberme confundido —dice frunciendo el ceño—. ¿Quieres que subamos o te apetece salir al jardín delantero a respirar un poco de aire fresco? Creo que te vendría bien.

Miro hacia las dobles puertas de cristal que hay al fondo de esta zona del *hall*, que salen directamente al jardín trasero del hospital, tranquilo y sin gente que pueda ponerme cámaras en la cara pillándome desprevenida como han hecho algunos cuando hemos llegado entrando por la concurrida zona de urgencias.

Niego con la cabeza pensando en mi alfa.

—Quiero ir a ver cómo va Jared.

Sebastian suelta un suspiro.

—¿Seguro que no quieres pasear un poco? Creo que respirar un poco de aire limpio te vendrá bien, en serio. Estás tan estresada que me preocupas.

Niego con la cabeza de nuevo.

—No, gracias, Sebastian. Quiero subir.

Él y el hombre que se ha perdido comparten una mirada y, en ese instante, mis instintos me gritan que algo no encaja. Que ambos se observan como si se conocieran muy bien.

Miro a mi alrededor y veo que no hay nadie, ya que el mostrador de información está vacío y las personas que han bajado con nosotros se han ido.

Doy un paso atrás, hacia las escaleras, alarmada pero diciéndome que estoy siendo paranoica por todo lo que me ha pasado hace poco.

Y entonces el desconocido le consulta a Sebastian:

—¿Plan B?

Y el beta asiente y me coge de un brazo con fuerza, volviendo a suspirar.

—¿Qué haces? —pregunto con alarma tirando de su agarre.

Él no responde, sino que me arrastra hacia el ascensor cuando las puertas se abren.

Una vez las puertas se cierran, el hombre que estoy segura de que es su amigo me pone un

trapo sobre la nariz y la boca que apesta a cloroformo.

Por segunda vez consecutiva, alguien acaba de dejarme inconsciente para raptarme.

Y también por segunda vez consecutiva, tampoco lo he visto venir.

CAPÍTULO 39



OLENA

Despierto en el maletero de un coche, maniatada, amordazada, mareada y todavía vestida con la bata de hospital que me han obligado a ponerme cuando he llegado en la ambulancia, al ver que mi ropa de calle estaba manchada de sangre (la sangre de Jared).

Oigo gravilla bajo las ruedas. Sebastian abre el maletero poco después de que el coche se detenga y se me queda mirando. Por su cara pasan un millar de emociones, cada una más intensa que la anterior.

Apesta a alcohol y a desesperación.

—Lo siento —me dice, mirándome como si parte de él se arrepintiera y la otra parte de él estuviese decidida a hacer lo que quiera que esté tramando hacer—. Pero vales mucho, Olena. Muchísimo. Y no puedo cagarla esta vez, ¿vale?

—¿Qué mierda haces? Apártate de ahí y deja de hablar con ella.

Sebastian se aleja del maletero abierto.

Desvío la vista hacia el hombre que aparece a su lado. Es el beta desconocido que nos ha preguntado cómo llegar a la sala de espera antes, en el hospital.

Sus rasgos son tan comunes que podría desaparecer en una multitud y pasar desapercibido: pelo oscuro, barba de unos días, estructura ósea entre caucásica e hispana, ojos marrones y boca ni demasiado ancha ni demasiado delgada. Parece un hombre de mediana edad muy normal.

—Vamos a sacarla —anuncia como si hablara con alguien más—. Tú estate quietecita y no armes jaleo, ¿entendido?

No es que pueda contestarle, ya que estoy amordazada, pero no parece que me esté preguntando. Solo amenazando, por cómo me miran sus ojos.

Me lo quedo mirando sin saber qué emoción es más intensa ahora mismo: si el miedo, la rabia, la frustración conmigo misma o la incredulidad de que esto me haya vuelto a pasar.

Ambos hombres me agarran y me sacan del maletero como si fuera un saco de patatas, depositándome sobre un colchón en una esquina de lo que parece el garaje de una casa.

—Ya puedes largarte y esperar a que se te haga el ingreso —le dice el beta desconocido a Sebastian.

Este se relame los labios con nerviosismo y me dirige una mirada rápida y preocupada.

—No le haréis daño, ¿no?

El otro beta sonríe con diversión.

—Solo lo justo y necesario para convencer a la familia Faust de que vamos muy en serio —replica con humor—. Y ahora largo. Ya has hecho tu parte.

—¿Cómo sé que me vais a pagar? —duda Sebastian negándose a dar un paso hacia la salida.

El otro hombre suspira.

—Mira, chaval —le advierte en tono condescendiente—, nosotros siempre cumplimos, ¿vale? Te hemos prometido tres millones y eso es exactamente lo que obtendrás en tu cuenta bancaria del extranjero cuando los Faust nos paguen. Tranquilo.

—Quiero estar presente durante el pago —contesta Sebastian a toda prisa, apestando a miedo y a indecisión—. No es que no me fíe de vosotros —se apresura a añadir al ver la cara de cabreo del matón—, sino que soy precavido por naturaleza. Eso es todo. No quiero ofenderos.

El hombre se lo queda mirando con seriedad, como si se plantease pegarle un tiro, pero luego suspira y accede.

—Muy bien —decide—. Pero veas lo que veas y oigas lo que oigas, no intervengas, ¿entendido?

Los ojos de Sebastian me miran de reojo de nuevo, pero al final traga saliva y asiente ante las palabras del matón.

—Entendido.

Tras una última mirada nerviosa en mi dirección, camina hacia un rincón del garaje y se sienta en una silla de metal que hay apoyada contra la pared, tras el coche en el que me han traído.

El desconocido se acerca al colchón en el que me han dejado y se pone en cuclillas a mi lado.

—Hola, preciosa —me saluda con una sonrisa de apariencia amigable—. Perdona todo el

estrés que os estamos causando a ti y a tu bebé, pero es necesario.

Emito un gruñido e intento hablar a través de la mordaza, pero es imposible.

—Ah, perdona. —Él me quita la mordaza y la echa a un lado y yo toso con fuerza, sintiendo la lengua algo adormecida—. Qué desconsiderado de mi parte. —Se saca un teléfono móvil del bolsillo de los pantalones de pana cortos que lleva puestos y lo enciende—. Necesito que grabes algo para mí, ¿vale? Si te portas bien, esto acabará pronto. Te lo prometo. Podrás irte a casa sin un rasguño.

—Sebastian —llamo ignorando al hombre—, ¿cómo has podido hacerle esto a Jared? ¡Casi muere por tu culpa!

El beta, cuyo rostro no puedo ver porque me lo tapa el morro del coche, se levanta como un resorte y camina hacia donde estamos nosotros.

—No me culpes de algo que no he hecho —espeta, pero luego se corrige haciendo un ademán hacia el matón—. Lo otro no lo hice yo. De hecho, quienquiera que fuese casi destruye *mis* planes.

El matón se ríe entre dientes.

—Alquilamos una casa en el barrio de Faust con identidades falsas y todo —me explica—. Menuda pasta hemos tenido que invertir para estar cerca de ti, preciosa. El plan era convencerte para que dieras un paseo con el panoli de aquí —señala a su espalda, hacia Sebastian—, y que él te trajera a la casa cuando Jared estaba en la reunión para planificar la próxima temporada de los Lakers, que se celebra en una semana.

—Lo planeé todo de manera muy cuidadosa —añade Sebastian—: cómo sacarte del barrio y traerte a la casa segura de las afueras, cómo llamar a los padres de Jared para pedirles diez millones por tu rescate... ¡y esa zorra de tu madre casi la caga!

—Mi madre es muchas cosas, cierto, pero ella no me raptaría.

Sebastian suelta un resoplido de sorna.

—¿No acabas de oírla diciéndote que quiere un millón hace poco? —se queja—. Casi me jode la vida.

—Tú te has jodido la vida tú solo —refuto con rabia—. ¿Cómo se te ocurre traicionar a Jared de esa forma? ¡Él te considera uno de sus mejores amigos!

El matón nos mira con diversión, como si observara un interesante partido de tenis entre dos rivales.

Sebastian se sulfura de manera visible, poniéndose rojo de rabia.

—¿Sabes lo mal que lo he pasado en la vida por culpa del puto abuelo de Jared? —declara el beta al que yo había empezado a considerar un amigo—. Mi padre y su abuelo eran inversores de una misma empresa, pero cuando esta empezó a flaquear, su abuelo retiró sus fondos sin decirle nada a mi padre a pesar de que nuestras familias habían sido amigas desde hace cinco generaciones. ¡Cinco! —Eleva la voz de manera paulatina hasta acabar gritando—. Mi padre

acabó en la ruina. Pero, claro, yo no sabía nada hasta que murió...

»¿Sabías que cuando aceptas una herencia, también aceptas legalmente todas las deudas de esa persona, aunque esta haya muerto? Pues yo no —se ríe como si estuviera al borde del llanto—. Firmé la herencia creyendo que iba a heredar millones... y en vez de eso heredé millones *en deudas*.

Se echa a reír de nuevo y se cubre la cara con las manos.

—Pero eso no es culpa de Jared. Él es tu amigo —insisto—. No tienes derecho a hacerle esto. Ni a mí. Yo no te he hecho nada malo.

Él bufa otra vez con sorna.

—Se lo conté a Jared y él pagó parte de mis deudas y se disculpó. Pero no es suficiente, Olena —suspira con tristeza—. De verdad que lamento hacerte esto, pero necesito el dinero. Estoy harto de deberle cosas a tu pareja y de vivir en la puta ruina cuando debería haber tenido tanto, o más, que él. ¡Merezco esos putos millones sin tener que suplicárselos a nadie!

—¿Y por eso me raptas? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto?

Mi mente no funciona todo lo rápidamente que debería, pero ya que me han drogado dos veces en menos de dos días y que apenas he comido o bebido nada desde la primera vez, aparte de la pérdida de sangre de la herida de mi mano, supongo que es normal.

Él me mira como si fuera idiota.

—¿Te das cuenta de lo importante que eres para él? —inquieta como si dudara de mi capacidad de deducción—. Los omega, si el alfa muere, pueden sobrevivir a ello y volver a emparejarse. Pero ¿los alfas?, ellos solo se emparejan una vez, una sola vez en toda su puta vida. Y Jared, además, lleva obsesionado contigo más de seis años, aunque él mismo lo negara. Se le notaba, joder. Se le notaba muchísimo. Cuando Víctor me dijo que...

—Ya basta —ordena el matón, incorporándose y haciendo crujir su columna cuando se estira—. Me he cansado de tanta cháchara. Además, mi compañero está a punto de llegar y a él no le gusta el drama. Vuelve a tu sitio.

Sebastian, tras dedicarme una última mirada nerviosa, se da la vuelta y se sienta en su silla de metal una vez más.

El matón se gira hacia mí y mueve el móvil que lleva todavía en la mano. Veo que tiene la pantalla encendida y una aplicación de grabación de voz en ella.

Me quedo mirando al beta y pienso que seguramente el muy capullo ha estado grabando la conversación que he mantenido con Sebastian. Muy probablemente para inculparlo.

Pero, dado que él es quien ha admitido que ha planeado todo esto (aunque parezca aterrado del otro beta), decido que Sebas se puede ir a la mierda y que no voy a avisarle de la traición de su cómplice.

—Muy bien —dice el hombre, pulsando un botón para guardar la grabación y empezar otra de cero—. Ahora quiero que recites todo lo que te voy a decir, palabra por palabra, para

poder enviarle un bonito mensaje a Michael Faust, ¿me has entendido?

Este tío, decido mientras lo observo con la mente más despejada que antes, es igual de peligroso que el alfa sicario, aunque lo esconda mejor.

Asiento.

—Lo entiendo.

Él me sonrío de oreja a oreja.

—Genial. No me gustaría tener que cortarte una de tus bonitas orejas, preciosa.

Me estremezco cuando me doy cuenta de que, como el alfa sicario, lo dice como quien lo ha hecho antes en numerosas ocasiones y ya no siente ni un ápice de culpa por hacerle daño a otro ser humano.

Tengo ganas de llorar. Pero, esta vez, me niego a hacerlo.

Ya he demostrado con creces que soy capaz de defenderme si la ocasión lo requiere, aunque la primera sorprendida sea yo.

Y esta vez no pienso suplicar.

CAPÍTULO 40



JARED

Todo está borroso y no puedo concentrarme. Estoy hundido en un mar con la consistencia de la melaza que hace que mis miembros sean pesados y no me permite moverme.

Pero una sensación ominosa me ruge en las venas y algo me urge a abrir los ojos cuanto antes.

—Está despertando —dice una voz femenina ansiosa—. ¿Jared? ¿Jared, estás ahí?

—Calla. Déjalo tranquilo. Todavía está saliendo de la anestesia, Kayla, cariño —regaña una suave voz femenina que me hace sentir a salvo y amado—. Dale tiempo.

Intento abrir los párpados, pero no lo logro a la primera, ni a la segunda. Quizás a la séptima.

—¡Mamá, ha abierto los ojos! —exclama la primera voz femenina con felicidad—. Jared, ¿nos oyes?

Abro la boca para decir algo, pero no me salen las palabras. Mi garganta está reseca.

—Necesita agua —señala la voz de la segunda mujer, ansiosa.

—Todavía no podemos darle nada de beber ni de comer, ya habéis oído a los médicos —interviene una voz masculina.

Papá, susurra mi mente.

—Olena —murmuran mis labios con voz rota y enronquecida.

—¿Qué ha dicho? —inquieta ansiosa la voz de la mujer que ahora reconozco como mi

madre—. Ha dicho algo.

—Olena —intento decir con mayor firmeza.

El corazón me late de manera pesada y angustiosa en el pecho.

Lo único que recuerdo es a Olena. Olena, la mujer omega de la sonrisa más hermosa del mundo. Olena, la chica con la mirada más dulce del universo. Olena, mi pareja.

—Creo que ha llamado a Olena, cariño —responde mi madre tras acercar su oreja a mis labios.

La mirada que me dirige, aunque todavía no puedo concentrarme lo suficiente como para entender por completo qué es lo que ocurre, hace que ese sentimiento ominoso de antes se intensifique.

Mis padres comparten una mirada entre sí.

Me giro hacia mi hermana.

—Olena —vuelvo a decir, esta vez con un poco más de firmeza.

Kayla no es de las que lloran, pero casi parece a punto de ponerse a hacerlo ahora mismo.

El océano de melaza me está llamando, tratando de hundirme en su pesado abrazo, pero me resisto a la paz que me ofrece porque la ansiedad y el terror me recorren las venas de repente.

—¿Dónde está? —logro preguntar a pesar de que apenas puedo concentrarme.

Pero no hay nada en el mundo que vaya a hacer que deje de pensar en ella, de preocuparme por ella, de querer tenerla cerca para ver que está bien con mis propios ojos.

Mi mente me recuerda cómo se siente el ardor de una puñalada en el vientre. El sabor de mi propia sangre en mis labios. La debilidad de mi cuerpo, que empuja mi mente a caer en el olvido y a no pensar ni ser nunca más.

Cómo es estar al borde de la muerte. Rozarla con los dedos y sentir cómo te llama, invitadora, a descansar en una paz infinita.

Pero nada de eso importa ahora. Ya tendré tiempo para procesar el hecho de que he estado muerto y de que sé que lo he estado, a pesar de haber despertado en una cama de hospital.

Mi familia está diciendo algo, pero me resulta muy difícil entender sus palabras. Mi madre pasa una mano por mi frente y mi padre me empuja hacia la cama, y me doy cuenta de que estoy intentando levantarme.

Los médicos llegan y pinchan algo en el gotero que cuelga a un lado de la cama, cuyo tubo está enganchado a mis venas, y poco a poco mi cuerpo se debilita una vez más hasta que el océano se me traga bajo un oleaje de inconsciencia.

Y lo último que pienso es en Olena. Y en por qué no está a mi lado junto a los demás.

¿Dónde está?

CAPÍTULO 41



OLENA

—La policía os va a pillar.

Sebastian me ignora.

Está sentado en la silla de metal desde hace varias horas, moviendo una pierna de manera nerviosa y con una pistola en la mano mientras da un sorbo a su cerveza de vez en cuando con la otra. Únicamente se mueve para ir al baño, situado en un extremo del garaje, y para dormir, metiéndose en la casa y volviendo cada amanecer a su puta silla de metal con una botella de alcohol en la mano, emborrachándose hasta que llega la noche y la rutina se repite de nuevo.

No sé de dónde ha sacado la pistola, que no tenía el día anterior, pero por las pintas que tiene (hay un nombre grabado en el costado del arma que me suena que puede ser su apellido) debe de haber sido de su padre.

Creo que esta es su casa. Lo que da un nuevo nivel a su estupidez.

No es difícil deducir que, a pesar de que parezca listo, no lo es en lo más mínimo.

Quizá todo ese alcohol que mantiene perpetuamente en sus venas le afecta a la capacidad de decisión. No le he visto beber ni un sorbo de agua ni tampoco comer nada desde que me raptó más allá de la manzana que ha pelado con un cuchillo de cocina y engullido hace un rato. Y, ahora que lo pienso, tampoco le vi comer nada durante la fiesta de exalumnos ni durante la visita que hizo a la casa de Jared (que ahora también es mi hogar) hace unos días.

—Oye, Sebastian —llamo, pero él me ignora otra vez—. ¿Sabes cómo usar esa pistola o solo la llevas encima porque tienes miedo?

Él solo da otro sorbo a la cerveza, tirando el botellín contra la pared, cuyos pedazos de

cristal rotos se unen a la pila que ya hay en el suelo, cuando está vacío.

Suelto un suspiro, pero me niego a darme por vencida.

El matón, que es listo y se ha negado a dar un nombre, se ha metido en una habitación adjunta al garaje en cuanto ese tal «Ichi», que estoy segura de que no es su nombre y de que además es omega a pesar de que oculta el aroma de su subgénero con supresores, ha llegado hace unas horas al fin.

Así que estamos los dos solos. Y tengo que entretenerlo mientras trato de desasirme de la cinta aislante con la que me han atado de manos y piernas, que se ha vuelto algo resbaladiza por el sudor, pero que se niega a ceder un ápice.

Nada de jugar juegos conmigo como hizo el alfa sicario hace dos días. Solo me incorporan para que beba y coma y me obligan a hacer mis necesidades en una bacinilla mientras uno de ellos me sujeta.

Es horrible. Así es muy difícil escapar. Se nota que son expertos, los muy capullos.

—Te vas a pasar la vida en prisión y no conseguirás el dinero.

—¡Cállate!

Debí haber sabido que lo del dinero era un punto sensible para él. Como para demasiada gente que me rodea últimamente.

Me río con fuerza a pesar de que no tengo ningunas ganas de reírme, pero quiero ponerlo de los nervios y es una presa fácil.

—Los Faust sabrán que eres tú, idiota —espeto—. Mónica estaba contigo cuando me metiste en el ascensor, ¿no te acuerdas? Fuiste el último que me vio y encima vas y te escondes de ellos para que no te hagan preguntas. Además de un inútil eres un cobarde. ¿Cómo piensas explicar tu súbita desaparición?

Él da un respingo y se pone pálido, y el movimiento nervioso de su pierna se incrementa.

—Que te calles...

Su orden suena mucho más débil que antes.

Me río forzosamente de nuevo.

—Eres un imbécil, Sebastian —me burlo—. Te crees muy listo y piensas que puedes confiar en esta gente, pero el otro día grabaron todo tu puto monólogo en el móvil, ¿no te diste cuenta? Van a inculparte, ¿sabes? Se quedarán con todo el dinero y tú acabarás entre rejas.

Eso sí que lo hace saltar de su asiento. Sonríe para mí misma con satisfacción. En un primer momento me lo había callado por rabia, pero usarlo para joderle la cabeza es mucho mejor.

Sebastian se acerca a pasos rápidos a mi colchón y se me queda mirando con ira.

—¿Te crees que confío en ellos? Pues te equivocas, Olena —sisea—. Y si te piensas que

no tengo planes sobre cómo salir del país con mis jodidos millones, también te equivocas. Lo tengo todo calculado para empezar una nueva vida anónima muy lejos de Estados Unidos.

Le sonrío como si no me creyera nada, aunque sí que lo haga.

—Tus planes van a fracasar, ¿y sabes por qué? Porque los matones te van a traicionar como tú nos has traicionado a Jared y a mí. Por eso —me mofo—. Seguro que ahora mismo están tramando cómo inculparte y quedarse con cada céntimo mientras tú estás aquí, emborrachándote como un tonto y amenazando a la persona equivocada.

Él se inclina hasta estar en cuclillas junto a mi cuerpo tendido y yo trato de moverme para esconder la mano que ya casi tengo suelta.

—No soy tan fácil de manipular, Olena.

Suelto un resoplido.

—Pues ellos sí que te han manipulado bien, sí —le reprocho—. ¿Acaso te han dicho ya qué ha respondido Michael al mensaje que me obligasteis a enviarle? —*Bingo*, pienso cuando veo la expresión momentáneamente llena de dudas y desconfianza de su rostro—. Seguro que querían que te largaras y los dejaras solos conmigo porque planeaban robarte tu parte, ¿no te has dado cuenta? Tienen pruebas en las que tú te inculpas a ti mismo, ¿o es que tampoco te diste cuenta de que cuando tú soltabas tu monólogo lacrimógeno el matón no dijo ni una palabra? Lo hizo para que su voz no se grabara en el móvil, bobo. Te has puesto la soga al cuello tú solito.

Él se pone más y más pálido conforme yo hablo. Sus manos tiemblan, y durante un segundo me asusto y pienso que me he pasado, recordando que lleva una pistola en la mano.

Sebastian se relame los labios, pero alguien le interrumpe antes de que pueda hablar.

—¿Qué pasa aquí?

Es el matón beta. Ha abierto la puerta de la habitación y tras él asoma el tal Ichi.

Sebastian lo mira con los labios apretados y una expresión de duda e ira en el rostro. Mis palabras han surtido efecto en él. Estoy segura de ello.

Trago saliva y me armo de valentía. Solo necesito un empujoncito más. Mientras estén ocupados discutiendo entre ellos, lograré desatarme y salir pitando de aquí. Ya casi he logrado soltar una mano.

—Sebas y yo nos preguntábamos si Michael te ha respondido y te ha mandado ya el dinero, capullo —espeto, intentando disimular lo aterrada que estoy.

Ese hombre me asusta mucho más que Sebastian, inestable pero reticente a hacerme daño.

El muy capullo enarca una ceja y entrecierra los ojos, seguramente deduciendo en meros segundos lo que trato de hacer. Pero parece más divertido que irritado por ello.

Hasta que Sebastian se levanta y apunta la pistola hacia él.

—Responde a su pregunta —ordena mi excompañero de instituto.

La mano le tiembla horrores, pero la pistola mira directamente al pecho del matón y algo me dice que Sebastian sabe cómo disparar.

—Baja el arma, chaval —le advierte el beta con expresión seria.

Arqueo el cuello para mirarlo y veo que a su espalda el omega ha sacado algo de su bolsillo.

—Cuidado, Sebas —le digo al beta solo para que crea que estoy de su lado. Aunque lo que estoy es acojonada de que uno de los dos me dé a mí—, Ichi tiene un arma.

Eso altera un montón a Sebastian, que quita el seguro del arma y empieza a jadear con los ojos como platos.

—¡Si sacas el arma os mato a los dos! —chilla con voz ligeramente histérica.

Joder, me he pasado, pienso entrando en pánico. *Lo he provocado demasiado*.

Logro desasir una de mis manos y me retuerzo todo lo sutilmente que puedo, haciéndome un ovillo para tratar de desatarme los pies.

Mi secuestrador levanta las manos en una falsa señal de paz.

—Estás dejando que la omega te coma la cabeza, chico —le asegura a Sebastian con calma—. Tranquilízate. Somos tus socios, no tus enemigos.

Sebastian se relame los labios de manera nerviosa otra vez.

—Entonces, ¿no es cierto que ayer me grabaste contándole a Olena mis motivos para hacer esto y que pensáis inculparme con eso?

El otro beta parece a punto de negarlo, pero entonces se echa a reír y baja las manos.

—Así que la zorrilla sí que lo sabía, ¿eh? —me guiña un ojo—. Qué lista eres, omega. Admito que pensaba que eras un poco idiota, pero está claro que me equivocaba.

—Deja de hablar con ellos, Nii —ordena Ichi, empujándolo ligeramente a un lado para apuntar a Sebastian con un arma—. Y tú, baja la pistola o te pego un tiro en la puta cabeza. Ya has hecho tu parte, no necesitamos nada más de ti.

Joder, me digo entrando en pánico de nuevo.

—¡Bájala tú! —se indigna Sebastian, la mano le tiembla todavía más, pero la pistola no baja.

Ansiosa y maldiciéndome porque esto se me ha salido de las manos, desisto de intentar desatarme los pies y trato de rodar mi cuerpo para colarlo bajo el coche a toda prisa, porque intuyo que va a haber un tiroteo muy pronto.

Me deslizo bajo el auto justo cuando Sebastian les exige saber si piensan inculparlo y quedarse con su dinero y el omega le dispara al pecho, en vez de a la cabeza.

El sonido que hace Sebastian al caer al suelo, al igual que el que hizo el alfa sicario

cuando lo apuñalé, no se me olvidará jamás en la vida. Es horrible y grotesco.

—Muerto. Por idiota —se burla el matón beta.

Veo a Sebastian que, a pocos metros de mí, escupe sangre y parece estar ahogándose con ella.

Su mano se levanta una vez más, trémula pero decidida. Un segundo disparo resuena y la bala del omega le impacta en el brazo, pero aun así el beta logra disparar el arma justo antes de morir.

—¡No! ¡Nii! —oigo la voz del omega gritar con angustia.

Desesperada por salir de allí, veo que del bolsillo del pantalón de Sebastian sobresale el mango de algo.

El cuchillo que ha usado antes para pelar la maldita manzana.

Jadeante y escuchando los llantos de Ichi hacer eco en el garaje, me deslizo tratando de no hacer ruido hacia el cadáver de Sebastian, logrando extraer el cuchillo de cocina del bolsillo con dedos resbaladizos por el sudor y la ansiedad.

Consigo cortar la atadura de mis pies y me trago un sollozo de alivio.

Pero el alivio acaba muy rápido cuando oigo los pasos del omega caminando hacia mí y me doy cuenta de que ya no lo estoy escuchando llorar.

Una mano me agarra del pelo y tira de mí hasta sacarme de debajo del coche.

Ichi me apoya la punta de la pistola en la frente. Tiene la cara manchada de lágrimas de pena y rabia.

—Maldita seas, ¡maldita seas!

—¡Para! ¡Si me matas no te pagarán!

Durante un instante creo que lo va a mandar todo a la mierda y matarme allí mismo por haber provocado a Sebastian y que este haya asesinado a su novio, o lo que quiera que Nii fuese para él, pero entonces, respirando agitadamente, el omega aparta la pistola de mi cabeza y me deja caer contra el suelo.

—No te mataré —jadea—. Pero quiero que vivas aterrada el resto de tu miserable vida preguntándote cuándo lo haré. Cuándo apareceré y os cortaré el jodido cuello, a ti y a tu pequeña puta manada de mierda. A los Faust y a tus jodidos amiguitos y su crío de mierda, ¿me oyes? Sé dónde vivís. Sé qué aspecto tenéis. Y, aunque huyáis, siempre, *siempre*, sabré dónde encontraros. No podréis...

No le dejo terminar.

Dejo de fingir que estoy atada y saco las manos de detrás de la espalda, apuñalando la mano en la que lleva la pistola con el cuchillo de Sebastian con toda la fuerza de la que soy capaz.

CAPÍTULO 42



OLENA

El omega suelta un alarido de dolor y se agarra la mano, en la que el cuchillo se ha clavado hasta el hueso.

Con el corazón latiéndome a toda prisa en el pecho de pura adrenalina, cojo la pistola que ha dejado caer y echo a correr hacia la puerta que conecta el garaje con la casa y que Sebastian nunca cierra, cerrándola de un portazo tras de mí y poniendo el pestillo justo antes de que Ichi se estampe contra ella.

Oigo disparos que chocan contra la madera de la puerta mientras corro hacia donde creo que está el vestíbulo, buscando la puerta principal.

Debe de haber cogido la pistola de Sebastian, concluyo acelerando el paso cuando entro en un pasillo que no tiene salida, abriendo puertas y asomándome por ellas entre maldiciones.

Mierda. En medio de todo el pánico, hasta me había olvidado estúpidamente de ella. Debería de haberla cogido también, pero ahora ya es tarde.

Cuando al fin encuentro el vestíbulo, suelto un grito de alivio y casi me echo a llorar.

Corro hacia la puerta de entrada, pero cuando trato de abrirla, esta está cerrada.

Soltando una maldición y escuchando todavía los tiros de Ichi tratando de cargarse la cerradura de la puerta del garaje, busco las llaves por todas partes abriendo los cajones de la cómoda más cercana y encontrándolas al fin en un colgador escondido tras un falso cuadro que se abre como un armario al tirar de él cuando lo veo medio abierto.

Abro la puerta de entrada y echo a correr por el jardín delantero con el corazón en un puño, escuchando el estruendo de una puerta estampándose contra una pared de yeso.

Ichi ha logrado salir del garaje. Y yo tengo los minutos contados porque no tengo ni puta idea de cómo usar una pistola.

Acelero el paso todo lo que puedo sintiendo pinchazos en el costado de tanto jadear y me detengo frente a la puerta de metal que da a la calle, mirando las llaves para intentar deducir cuál de ellas es la que la abre. Al final introduzco la más grande y suelto un sollozo cuando la cerradura gira.

—¡No vas a escapar, zorra!

La voz de Ichi hace que quite el pestillo de debajo de la puerta más rápidamente de lo que he hecho nada en la vida.

Salgo a correr por la calle y grito a pleno pulmón pidiendo ayuda.

Tal y como sospechaba, estamos en una casa de un barrio acomodado de Los Ángeles, pero no sé cuál. Solo estoy segura de que no es el de Bel Air en el que vivo con Jared.

Me cruzo con varias personas en la calle, que gritan al verme correr con un arma en la mano y llaman a la policía, escondiéndose como pueden de mí.

—¡Ayuda! —les pido sin dejar de correr.

Giro la cabeza sobre mi hombro y me doy cuenta de que Ichi no me está siguiendo y eso, en vez de animarme o aliviarme, me asusta porque no conozco la zona, llena de calles que se entrecruzan entre sí, y él puede haberse desviado por una de ellas para tenderme una emboscada.

Las sirenas de la policía suenan calle abajo, así que, temblorosa y asustada, corro hacia ellas tratando de no tropezarme por el miedo y la adrenalina, que vuelven mis pasos algo torpes debido al cansancio.

—¡Ayuda! —les grito a los agentes, que detienen el coche derrapando y bajan de este a toda prisa.

Me apuntan con armas parapetándose tras su coche patrulla y me doy cuenta de que me consideran un peligro para ellos y para los viandantes, que se esconden de mí o me graban en vídeo.

—¡Tire el arma! —me ordena uno de los policías—. ¡De rodillas y las manos arriba! ¡Ahora!

Hago lo que me dicen porque me da miedo que me disparen. Tienen pinta de que lo harán si no obedezco.

Llorando sin poder evitarlo, tiro el arma a un lado y me dejo caer de rodillas poniendo las manos arriba.

—Quedas detenida. Tienes derecho a un abogado...

CAPÍTULO 43



JARED

—... hecho la transferencia.

—Pero ¿te han dicho cuándo van a liberarla? ¿Dónde está? —La voz de mi madre suena al borde del llanto—. Ay, Michael, que esto le haya pasado dos veces a la pobrecilla... No me lo puedo creer todavía, ¿cómo es posible?

—Tú tranquila. Seguro que Olena estará bien.

—Olena —pronuncio yo interrumpiendo su conversación.

—Cariño —suspira mi madre con alivio, inclinándose sobre la cama de hospital para sonreírme. Tiene los ojos hinchados de tanto llorar—. ¿Cómo te encuentras?

—Siempre le preguntas eso y nunca responde. Solo llama a Olena cada vez que se despierta —se lamenta mi hermana Kayla, sentada en el sofá de la habitación de hospital.

—¿Qué hago aquí? ¿Dónde está Olena?

—¿Lo ves? —se queja Kayla.

Decido ignorarla.

—¿Mamá?

Mamá y papá comparten una mirada cansada.

—Olena vendrá pronto, cariño —me sonrío mi madre.

—No le mientas al niño —gruñe mi padre.

—¡Michael, calla! Vas a alterar al chiquillo —regaña Candice—. ¿Lo ves? —gimotea con frustración cuando ve que intento levantarme.

—Mamá, ¿dónde está mi omega?

Kayla pone los ojos en blanco.

—«Mi omega» otra vez —bufa—. Mira que se vuelve posesivo cuando lo apuñalan. No para con eso cada vez que se despierta.

—¡Kayla! —se escandaliza mamá—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Puedo decirlo porque los médicos dicen que ha salido de peligro y porque seguramente va a dormirse otra vez y no recordará nada de esto —replica mi hermana.

—No voy a preguntarlo otra vez —gruño yo, harto de que me ignoren—. Si no me decís de una maldita vez dónde está Olena, os juro que me levanto y voy a buscarla yo mismo.

La tripa me arde cuando me muevo, pero es irrelevante.

Mis padres se miran entre sí una vez más antes de responder.

—Jared, cariño, Olena ha sido...

—¡La han encontrado! —interrumpe Víctor entrando a toda prisa en la habitación, jadeando como si hubiera corrido una maratón—. La policía la ha encontrado.

Todos se giran hacia él y se ponen a gritar y a preguntar al mismo tiempo.

—¡Calma! —brama mi padre, callándolos a todos—. Víctor, dinos dónde está.

—Detenida —responde el beta mientras se apoya en el marco de la puerta—. Iba armada corriendo en plena calle por el sur de la ciudad.

—Joder —silba mi hermana.

—¿Qué coño ha ocurrido? —exijo saber con una voz que no da pie a discusiones.

Todos centran su atención en mí.

—Pues me da a mí que esta vez sí que se va a quedar despierto —murmura mi hermana entre dientes justo antes de que mi padre me explique lo que ha pasado con Olena.

Mi rabia, cuando escucho que la han raptado por segunda vez, es casi tan grande como mi pena o mi miedo a que le haya pasado algo y esté malherida.

—Necesito estar con ella —declaro con angustia.

Trato de levantarme de la cama, pero mi padre me lo impide.

—Y lo harás, cachorro —me dice, empujándome para que me recueste de nuevo—. Pero deja que yo me encargue de traértela, ¿vale? Tú descansa. Papá se encargará de que todo salga bien. Te lo prometo.

CAPÍTULO 44



OLENA

Estoy en una celda, sentada en un banco y vestida con la bata de hospital que me dieron hace unos días, ya que Sebastian, cuya muerte todavía me cuesta creer a pesar de haber sido causa indirecta de la misma, y los matones me raptaron con ella puesta.

Todo esto es tan inverosímil que cuando un agente se acerca a la celda y me dice que puedo salir, que mi abogado ha llegado y que han pagado mi fianza, camino como una sonámbula hacia la entrada de la comisaría con los policías vigilándome de cerca, como si creyeran que soy genuinamente peligrosa.

Y tal vez lo soy considerando lo que les he hecho a mi primer secuestrador y a Ichi.

—¿Michael? —me sorprende al ver al padre de Jared junto a un beta de mediana edad vestido de traje, que supongo que debe de ser el abogado porque está hablando con los agentes que me detuvieron.

El alto alfa se acerca a mí y me da un abrazo mientras me quitan las esposas.

—¿Estás bien? ¿Te ha visto un médico?

Asiento contra su pecho, intentando contener las ganas de echarme a llorar del alivio.

—Sí. Me han subido a una ambulancia y revisado mis heridas antes de meterme en la celda —le explico—. No es nada, solo rasguños.

Las peores heridas son las mentales, no las físicas. Aunque me asusta que mi bebé se haya visto afectado por todo lo que me ha ocurrido, eso es algo que debo dejar para luego o el pánico se me comerá viva.

—Menos mal, hija. Menos mal —Michael me abraza con fuerza una vez más antes de

soltarme.

El que me llame hija me llena el pecho de una emoción intensa y agridulce. Es tan diferente a cómo lo hacen mis padres que me hace sonreír y devolverle el abrazo con fuerza.

—¿Y Jared? —pregunto con el corazón en un puño.

Él me sonríe y ello me llena de alivio.

—Fuera de peligro. Ha despertado hace cosa de una hora y está preguntando por ti.

Las rodillas me fallan y hubiera caído al suelo si no fuera porque el alfa me coge en brazos y me acuna mientras rompo a llorar.

—Qué bien —sollozo, y todo mi cuerpo se sacude de alivio—. Qué bien.

Lloro y lloro mientras el abogado firma los papeles necesarios para que me liberen; mientras la policía me informa de que tendré que presentar declaración otra vez (a pesar de que ya les he contado lo sucedido dos veces ya) cuando un agente me visite en casa; y mientras, Michael me pone la chaqueta de su amigo abogado sobre los hombros y me lleva al coche que ha aparcado cerca tratando de ocultarme de los ojos de la prensa, que al parecer ha acampado frente a la comisaría al enterarse de mi detención.

Pero a mí ahora mismo me importa un pito lo que la prensa, o cualquier otro desconocido, quiera decir sobre mí. Solo me importa Jared.

Quiero verle. Necesito verle. Tocarle. Sentir que es real, porque me he pasado dos o tres días, a saber cuántos, tumbada en un mohoso colchón pensando que mi pareja estaba muriéndose en una cama de hospital mientras a mí me retenían por dinero.

No sé cuánto tiempo sigo llorando. Solo sé que protesto cuando me doy cuenta de que me llevan a casa en vez de al hospital.

—Necesitas una ducha, un cambio de ropa y comer algo, Olena —asevera Michael cortando mis quejas de raíz—. Y luego, una vez hayas visto a Jared, dormir un poco. No es negociable, chiquilla. No estás bien.

Me callo y asiento porque estoy cansada. Siento que no he dormido nada esta última semana con todo lo que ha pasado, aunque que me prometa que voy a ver a mi pareja es lo más importante de lo que me ha dicho para mí ahora mismo.

Me duermo sin darme cuenta, sintiéndome al fin a salvo sentada en el asiento del copiloto del coche de Michael con su abogado en el asiento de atrás, hablando con él en voz baja para no molestarme.

Y me despierto cuando Michael sacude mi hombro con cuidado para avisarme de que hemos llegado a casa, donde Janet le ayuda a bajarme del coche.

La omega me abraza con fuerza y casi parece a punto de echarse a llorar de alivio al verme.

—Ven, te ayudaré a asearte. Víctor está cocinando algo. Todavía no podemos creer que

Sebastian... —se corta y niega con la cabeza, pero la tristeza que emana es increíblemente alta.

Paso las horas siguientes lavándome, cambiándome, comiendo y bebiendo agua hasta que me noto bien hidratada de nuevo, y luego les doy un abrazo a Janet y Víctor, que se han convertido en dos grandes amigos, y me meto en el coche con Michael tras rechazar su oferta de que me quede un poco más en casa para echar una cabezada antes de visitar a Jared.

—No estoy tan cansada como aparento. Tengo que verle —insisto negando enfáticamente con la cabeza.

Michael suspira, pero sus ojos me miran con una suavidad que no estaba presente el día en el que nos conocimos.

—Muy bien, chiquilla. Vamos.

El alfa conduce hasta el hospital en silencio, dejándome dormir un poco a pesar de mi afirmación de antes.

Cuando llegamos, me coge del brazo para que no me tambalee y me guía hasta la habitación de Jared.

Cuando entro y lo veo allí, tendido en la cama y discutiendo con su hermana porque quiere levantarse para venir a por mí, el aliento se me atasca en los pulmones y mi cuerpo se mueve solo.

Corro hacia él y lo abrazo con cuidado de no hacerle daño en la tripa, vendada y repleta de tubos, echándome a llorar una vez más.

Él me devuelve el abrazo con fuerza y me besa el pelo, la frente, el hombro y todo aquello que puede alcanzar con sus labios. Sus brazos tiemblan mientras me sostienen, pero no de debilidad, sino de alivio.

Su familia deja la habitación para que podamos estar solos.

Mi alfa y yo nos quedamos un buen rato allí, abrazados sin poder soltarnos, respirando el aliento del otro; el aroma del otro. Sintiendo los latidos del corazón del otro.

Felices de poder al fin estar juntos y a salvo.

CAPÍTULO 45



OLENA

Me ingresan en el hospital de nuevo entre quejas de que debería haber pasado por urgencias, como mínimo, tras lo que me ha ocurrido, y me ponen en la misma habitación que Jared, en la zona VIP del hospital, en una cama anexa que un celador trae después de que Michael les pida que me dejen quedarme con mi pareja.

Jared y yo nos cogemos de la mano tras arrastrar las camas para que estén lo más juntas posible. Y los médicos sonríen al verlo mientras me hacen otra ecografía y vuelven a sacarme sangre.

Menos de veinticuatro horas después de que haya sido ingresada, la policía llega a nuestra habitación y vuelve a pedirme que declare lo ocurrido, cosa que hago por enésima vez consecutiva con el apoyo de Jared, que se tensa y se entristece a partes iguales al saber que Sebastian ha sido la causa del segundo rapto, y que ahora el que consideraba su amigo ha muerto.

Es un golpe muy difícil de tragar, y sé que tanto Jared como yo necesitaremos años de terapia para superar todo lo ocurrido.

—¿Y qué hay del culpable del primer rapto? —inquire Candice, que está sentada en el sofá de la habitación porque se niega a dejarnos solos durante las horas de visita.

Hasta se ha cogido una habitación en un hotel cercano por si la llaman durante la noche.

Los policías, un beta y una alfa, niegan con la cabeza.

—No somos nosotros quienes investigamos ese caso —replica la alfa.

—Yo sí —dice otro policía beta, este no vestido de uniforme, entrando en la habitación y

enseñándonos la placa—. Detective Juan Moreno. Estoy a cargo del caso de los señores Faust.

Se refiere a Jared y a mí, pienso, cayendo en la cuenta de que ahora, como estoy emparejada con él y soy omega, llevo el apellido de la manada del alfa legalmente.

El detective se queda un rato con nosotros tras despedir a sus compañeros y nos saca toda la información que puede, haciéndonos repasar lo que recordamos de los hechos varias veces hasta que está satisfecho.

—¿Qué hay del sicario que apuñaló a Jared? —le pregunto tragando saliva, nerviosa de tan solo mencionarlo porque recuerdo de repente que también está ingresado en este hospital.

—Sobrevivió a la operación y ha sido llevado a un hospital adjunto a la cárcel de la que escapó, señora Faust.

—Oh —me sorprendo—. No sabía que era un prófugo.

El detective me sonríe.

—Están ustedes a salvo, no se preocupe —me asegura—. Volveré para informarles de cómo va el caso cuando tenga un culpable claro.

Jared y yo nos despedimos de él, y no lo volvemos a ver hasta tres días más tarde, cuando llegamos a casa después de que nos den el alta con la condición de que mi alfa tenga visitas regulares del médico y siga sus instrucciones al pie de la letra.

—¿Sabe quién fue el culpable? Sebastian dijo que no tenía ni idea de ello —inquiero.

El detective, que se ha sentado en uno de los sillones del salón y bebe de su vaso de agua a pequeños sorbos, asiente y deja el vaso en la mesa antes de responderme.

—Esta mañana hemos detenido a su madrastra, la señora Carina O’leary —me informa dejándome de piedra—. Aunque en un inicio sospechábamos de su padre, le hemos descartado como culpable tras recopilar todas las pruebas y oír la confesión de O’leary cuando la hemos llevado a declarar. Se ha puesto muy nerviosa y lo ha soltado todo.

—¿Mi madrastra? ¿La mujer con la que papá se casó?

Estoy anonadada. Jared me coge de la mano y enreda nuestros dedos juntos en una muestra de apoyo silencioso.

El detective asiente.

—Esa misma, sí —confirma—. Al parecer, no era la primera vez que se metía en la zona oscura de internet para contratar matones para algún trabajo de intimidación. Su padre era un prestamista ilegal y ella solía ser su secretaria antes de que lo detuvieran, así que los cargos que tenemos contra ella van más allá del rapto cometido contra usted.

Me quedo con la boca abierta.

—No la conocía mucho, pero lo que me dice me resulta chocante.

Moreno se encoge de hombros.

—Uno no conoce realmente a la gente con la que convive, y menos a meros conocidos —decreta—. Y, por cierto, el omega conocido como Ichi ha fallecido. Llevábamos tiempo buscándolo, y su descripción, señora Faust, fue clave para identificarlo cuando trató de coger un avión hace dos días. Aunque me temo que fue abatido cuando intentó resistirse —el detective suspira con pesar—. Una pena, me gustaría haberlo interrogado. Se le acusaba de mucho, pero estoy seguro de que lo que sabíamos de él era solo la punta del iceberg.

—Pues a mí me alivia que el cabrón haya muerto —espetea Jared con ira—. Así no será una amenaza nunca más.

Moreno se ríe entre dientes.

—Me imagino que debe de ser un alivio para ustedes.

—Lo es —asiento con un suspiro, sintiendo que una tensión que no me había dado cuenta de que quedaba en mí se relaja una vez sé que Ichi ya no puede cumplir su amenaza.

—En fin —Moreno se levanta y nos da la mano—, será mejor que me marche. Tengo mucho trabajo por hacer. Que pasen un buen día.

—Usted también —decimos Jared y yo a coro.

Nos miramos y nos sonreímos.

Una vez el detective se va, tras prometernos que nos mantendrá informados de cómo van los casos (ya que el segundo también se le ha asignado a él por ser la misma víctima: yo) y de cuándo se espera que sea el juicio, Jared y yo dormimos una siesta improvisada en la cama balinesa.

Mi alfa todavía se está recuperando y tardará bastante en poder volver a caminar con normalidad o en volver a jugar con los Lakers (ha tenido que renunciar a participar en esta temporada y el verle así de desesperado y triste me ha roto el corazón, por mucho que los médicos nos hayan asegurado que se recuperará y que podrá volver a jugar a plena potencia algún día si tiene paciencia).

La vida sigue.

Y, un día, mis padres se presentan en la puerta de nuestra casa, juntos en el mismo coche y sin gritarse ni golpearse, lo que ya de por sí es inusual.

—Mamá. Papá —saludo con frialdad.

Jared, que está tumbado en el sofá, los mira con expresión severa y cauta cuando entran en el salón.

Hemos estado hablando mucho y le he contado la discusión que tuve con mi madre y, aunque me alivia que las acusaciones de Sebastian fueran infundadas y mamá no tuviera nada que ver en mi primer rapto, ello no significa que la haya perdonado.

—¡Qué casa tan bonita! —exclama papá tomando asiento en el sofá más alejado del alfa, que lo observa con ojos entrecerrados como si fuera un león considerando si saltarle a la yugular o no—. Y en Bel Air, nada menos. Qué pasada.

—Y además es muy grande —añade mamá, soltando una risotada y dejándose caer en el sofá junto a él.

Yo, apretando los labios y sintiendo que no tengo ganas de discutir ni de lidiar con ellos, me siento en el borde del sofá donde Jared está tendido y acaricio su mano cuando él la coloca sobre mi cintura.

—¿Qué queréis? —espeto sin más dirigiéndome a los dos beta.

Ellos me miran haciendo una mueca.

—Lo primero —habla mi padre tras dirigirle una mirada de advertencia a mi madre—, es disculparnos por lo del programa de la tele. Te prometo que si hubiera sabido que te sentaría tan mal, hija, no lo habría hecho. Pero necesitaba pagar la cuota de la escuela del niño, y como me dijiste que no podías ayudarme yo...

—¡Si es que sois tal para cual! —grito levantándome de mi asiento—. Mamá también me dijo lo mismo. Que si dinero esto o dinero lo otro. ¡Idos ambos a la mierda, joder! ¿Es que no os he dado bastante ya?

—Te dije que se iba a enfadar —le dice mamá a papá poniendo los ojos en blanco.

Papá se levanta de su asiento y alza las manos pidiendo paz.

—Olena, cariño. Tranquila —me suplica—. Te prometo que no era mi intención ofenderte. Ni a ti ni a tu emparejado.

—¿Y qué mierdas pensabas que haría si me soltabas eso después de haber vendido mi privacidad sin mi consentimiento, papá? ¿Que me alegraría y te daría las gracias? ¿En serio?

—Creo, señores —interviene Jared—, que es mejor que se vayan. Están alterando a mi pareja y me estoy empezando a enfadar.

Aunque el tono en el que habla Jared es sereno y tranquilo, hay un mensaje de amenaza claro en sus palabras.

—Olena, mi reina —suplica papá mirando nerviosamente a mi alfa—, no hemos venido a pedirte dinero, lo prometo. Por favor, escucha lo que tengo que decirte antes de echarme...

Mamá suelta un bufido, interrumpiéndole.

—Habla por ti.

Papá le dirige una mirada de odio.

—No debí venir contigo —sisea.

Jenna se ríe con ganas.

—La idea de venir a verlos ha sido mía —resopla de nuevo—. Tú tienes demasiado poco cerebro como para convencer a nadie de nada.

—Serás... —Ni siquiera tengo palabras con las que definir a mi madre ahora mismo.

Ella alza las manos y suelta una exclamación.

—¡Ey! Que no te lo voy a pedir más —se queja con indignación—. La alfa horrenda esa ya me dejó claro que si lo hacía, o si intentaba ir a otro programa de la tele a hablar de alguno de vosotros —mira a Jared de reojo, pero está demasiado asustada de él como para detener sus ojos en mi pareja mucho tiempo—, me haría algo mucho peor que una simple demanda. No voy a correr el riesgo. Esa mujer da miedo. Aunque, si tú quieres y te nace darle algo a tu pobre madre...

—Fuera —decide Jared, incorporándose del sofá con cara de no tolerar ni una palabra más—. Ya ha dicho usted suficiente, y está claro que no se arrepiente del daño que le ha causado y continúa causándole a su hija. No la quiero ver en mi casa a no ser que Olena la invite a venir.

Mamá abre la boca, pero, en cuanto le ve poner los pies sobre la alfombra, sale literalmente corriendo de la casa sin despedirse.

—Ha prometido ingresar en el centro de desintoxicación —dice mi padre de repente con voz débil y sumisa, poniendo las manos en su regazo y agachando la cabeza cuando Jared se lo queda mirando con cara impasible—. Yo... yo solo quería pedirlos ayuda para adoptar a Nigel, ahora que Carina va a ir a la cárcel. Quiero a ese chiquillo como si fuera hijo mío, Olena, ya lo sabes...

—¿Sabía usted algo de lo que estaba tramando su esposa? —inquieta Jared sin dejarse suavizar por la expresión angustiada de mi padre, que alza la mirada de donde la tenía clavada en el suelo y la fija en él con un sobresalto.

—¡No! ¡Juro que no sabía nada! —protesta con vehemencia—. Se lo he dicho a la policía. Carina y yo vivimos bajo el mismo techo, pero ya hace más de un año que ella duerme en una habitación y yo en otra y que hacemos vidas separadas, aunque yo estuviese en contra en un principio. Yo también he quedado conmocionado al saber lo que ha hecho... ¡lo prometo!

Observo con cuidado a mi padre, buscando señales de que me miente como suele hacer mamá, pero en su postura y en su aroma solo hay sinceridad.

—Muy bien —suspiro poniendo una mano en el hombro de Jared, porque estoy preocupada de que pase demasiado tiempo incorporado—. Te creo, papá.

Papá suelta el aire de los pulmones de alivio.

—Qué bien. Genial. Me alegra mucho.

Jared se deja tumbar en el sofá sin protestar, pero mantengo un ojo en él porque, a pesar de que le dan calmantes que lo dejan un poco grogui, está muy tenso y muy alerta desde que mis padres han puesto un pie en nuestro hogar.

—Así que, ¿vas a intentar quedarte con la custodia de Nigel? —inquiero tratando de suavizar mi expresión.

—Sí —sonríe papá—. ¿Me ayudaréis?

Suelto otro suspiro y me paso una mano por la cara.

—No me pidas dinero nunca más —le advierto—. Y a Jared menos todavía.

Sigo enfadada con él, pero tal vez me sea más fácil perdonarlo que a mamá, aunque ella haya sido exculpada de los crímenes tras meter la pata tratando de manipularnos a Jared y a mí, sin saber lo que estaba ocurriendo exactamente e inculpándose a sí misma por accidente como la idiota que es.

—Vale —accede papá con un asentimiento de determinación—. Prometo que no lo haré.

—Y nada de venderle información, falsa o verdadera, a la prensa o a cualquier otro medio o particular —añade Jared en un tono de advertencia bastante ominoso.

Papá traga saliva de manera audible y vuelve a asentir.

—Va... vale, señor Faust. Prometo que me portaré bien.

Ni mi padre ni mi madre van a ser parte de esta nueva manada que Jared y yo estamos construyendo. Y ello me llena de pena, pero parte de mí también siente alivio de poder admitir que, aunque voy a echar de menos las personas que fueron durante mi infancia, aquello en lo que han elegido convertirse es una carga para mí que no quiero llevar perpetuamente sobre mis hombros.

Es hora de dejarlos ir y ser libre. Y, aunque luego llore durante un rato por esa pérdida, sé que estaré mejor una vez el dolor pase y la felicidad de la pequeña familia que estoy creando junto a mi pareja sea una constante cada uno de mis días.

Al final, Jared accede a dejar que papá hable con uno de sus abogados y a pagar los gastos, cosa que me retuerce las tripas porque no quiero que se aprovechen de él ni que le vean como una fuente de dinero nunca más, pero él me asegura que, por esta vez, no tiene reparos en soltar algo de dinero dado que es por el bien de un niño.

Lo bueno que es me caldea el corazón y esa noche, aunque no podemos hacer el amor todavía porque sus heridas están muy sensibles, volvemos a dormir abrazados bajo las estrellas tras hablar hasta agotarnos del futuro que queremos tener juntos.

CAPÍTULO 46

EPÍLOGO



OLENA

Al final, acabo por no pensar mucho acerca del acoso de la prensa. Me basta con no mirar noticias ni webs de internet y con saber que, en cuanto haya algún otro pobre infeliz al que la prensa y los cotillas quieran hincarle el diente, se cansarán de nosotros.

Solo que tardarán bastante debido al épico drama de los raptos.

Mónica también ayuda.

La relaciones públicas maneja las redes sociales y las cámaras de los *paparazzi* con soltura, encargándose de redirigirlos hacia ella como nuestra portavoz, y pronto las preguntas y las peticiones de entrevistas, de las que Jared accede a dar un par una vez está mejor para calmar a los fans de los Lakers y dar su versión de lo ocurrido, intentando acabar con los rumores, cada vez más disparatados, que hay sobre nosotros (y sobre mis padres, que por desgracia se han vuelto bastante populares en internet porque son un drama ellos solitos), le llegan a ella en vez de a nosotros.

El tiempo pasa tranquilo después de todo lo ocurrido.

Los padres de Jared, junto a su hermana, vuelven para quedarse unos días más. Hemos decidido posponer la ceremonia de boda hasta que Jared esté bien y el bebé haya nacido, así que los preparativos se congelan hasta el año siguiente.

Víctor y Janet resultan ser uno de nuestros mayores apoyos durante los días duros, que llegan sin falta, aunque poco a poco vayamos siendo más felices y estando más en calma con ayuda de nuestro terapeuta, Pablo; un beta con una calma zen interior que nos inspira paz a nosotros también y que acaba por convertirse en un buen amigo además de nuestro psicólogo.

Los meses pasan con bastante rapidez. Jared tiene sus sesiones con el fisio para ir recuperando la masa muscular y la fuerza que ha perdido tras tantos días de reposo y sus visitas, cada vez más distantes, al médico. Y yo me apunto con Janet a todo tipo de yoga prenatal, y nos divertimos juntas, sobre todo cuando ella se entera de que está esperando un segundo hijo con Víctor, que está por las nubes de felicidad.

Ese mismo año me encargan finalmente la redecoración del hotel Palace con la que Víctor me había convencido, hace ya tanto tiempo, para acudir a la reunión de exalumnos.

Al principio, sabiendo que la prensa tiene el ojo puesto en mí, me acobardo un poco. Pero acabo contratando a un pequeño equipo de asistentes con buen ojo para el arte que son amigos de Víctor y me lo paso bien redecorando el grandioso hotel de cabo a rabo y pintando cuadros con los que adornar sus muchos *halls* y habitaciones.

Mi canal de TikTok y mi pequeña tienda *online* de arte se llenan de seguidores y de peticiones, y acabo por poner un tope mensual de clientes porque no doy abasto entre tanto encargo.

En definitiva, la vida no es fácil, pero va sanando poco a poco con sus baches y sus momentos felices.

Nueve meses después de mi celo, doy a luz a una hermosa bebé de cabellos castaños y ojos sonrientes. Y recuerdo de repente, al tenerla en brazos por primera vez, aquel sueño que tuve de la niña con la corona de margaritas.

Jared no entiende por qué estoy llorando y riendo a la vez hasta que se lo explico.

—Realmente eres la omega más mágica del mundo —le oigo susurrar antes de que se incline para besarme y darme las gracias por darle una hermosa hija.

La llamamos Margaret, en honor a mi auspicioso sueño. Y es el segundo gran amor de mi vida, puesto que me robó el corazón incluso cuando todavía no era nada más que un pequeño conjunto de células en mi vientre.

El tiempo pasa y Margaret crece a pasos agigantados, maravillándonos cada día con lo perfecta que es.

Cuando la niña de nuestros ojos cumple seis meses, Mónica aparece por la puerta con una sonrisa victoriosa en la cara y una carpeta tan gruesa como el antebrazo de mi alfa.

—Los tengo.

—¿El qué? —le pregunta Jared mientras le hace carantoñas al bebé, que se ríe al ver a su padre hacer el tonto.

Mónica rueda los ojos, pero su expresión de ternura no se me pasa por alto.

—Los nombres y datos de los *trolls* más agresivos que me pediste para joderles la vida, ¿recuerdas? ¿O es que ya no quieres vengarte de su acoso?

Jared alza la vista de Margaret y me observa con una pregunta en su verde mirada.

Aspiro una bocanada de aire y decido que, a veces, hay que joder al mundo para que el mundo aprenda a ser más empático para las generaciones venideras.

—Denúncialos a todos de todo lo que puedas encontrar que hayan hecho y sea remotamente un crimen o una falta, me da igual —dictamino en voz vindicativa—. Si tanto les gusta joder a otros, que aprendan a joderse ellos también.

Mónica suelta una risotada digna de una villana de Disney.

—Sabía que me caías bien por algo —replica con humor—. A tus órdenes, reina.

Me guiña un ojo y se queda a cenar, hablándonos de cómo muchos de esos *trolls* no solo nos han acosado a nosotros con mensajes de amenaza (desde muerte hasta violación) y noticias falsas y crueles, sino a muchos otros más.

—Están hechos de odio estos tipos —declara Mónica con una mueca de tirria—. No es que hayan tenido un momento o dos de odio y luego hayan dejado pasar las cosas y se hayan calmado, no. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene de esos de vez en cuando. —Niega con la cabeza—. Es que muchos de ellos llevan acosando a personas, tanto famosas como no, durante años de manera obsesiva. Por eso estas cosas hay que cortarlas de raíz. Y por eso opino que el acoso debe pagarse siempre con mano firme.

—Entonces, ¿vamos a tener que volver a declarar en un juicio? —suspiro.

El juicio de Carina ha sido hace poco. Mi antigua madrastra, de la que mi padre se ha divorciado tras lograr adoptar a Nigel, ha sido condenada a cuarenta años de cárcel. Tal y como dijo el detective Moreno, mi rapto y la extorsión a la familia Faust fueron solo la punta del iceberg. Había mucha más mierda que sacar de su pasado.

En cuanto al sicario, ha acabado en prisión otra vez y, por suerte, aunque intentó denunciarme por agresión (qué irónico), los cargos contra mí fueron desestimados por haber sido en defensa propia y de mi pareja, cosa que está registrada en el código penal como algo legal desde hace años.

—No —niega Mónica, acabándose su copa de vino y sacándole la lengua a Margaret antes de aclararse la garganta y fingir que no acaba de hacer eso—. Como la denuncia es grupal, ya que he contactado con varias de sus víctimas para ofrecerles mi ayuda y así acabar con el acoso, solo tendréis que realizar una declaración firmada esta vez y ya está. Los abogados se encargarán de todo, no te preocupes. Esta vez vuestros nombres permanecerán anónimos.

No sé muy bien cómo funciona la ley para que eso sea posible, pero siento tanto alivio que ni lo cuestiono. Sobre todo, cuando ocurre exactamente así unos meses después, tras lo cual ciento treinta y siete personas son condenadas en mayor o menor medida (ya sean multas o, en algunos casos más graves, años de cárcel) y la prensa no nos acosa por eso en particular.

Jared y yo despedimos a la alfa esa noche poco después de cenar y nos cogemos de la mano, subiendo a nuestro dormitorio con nuestra hija dormida en sus brazos.

Mi alfa ya está recuperado y dentro de unos meses volverá a la NBA por la puerta grande, así que está contento de poder volver a jugar.

Esa noche hacemos el amor con ganas hasta caer exhaustos.

A la mañana siguiente, Mónica, mis suegros, Kayla, Pablo, algunos jugadores de los Lakers y amigos de Jared que han estado viniendo a verle, mi padre (con el que tengo una tregua y al que he estado perdonando poco a poco) junto con el pequeño Nigel, Víctor, Janet (que está a punto de dar a luz) y su chiquillo, John, llegan a casa con una sonrisa en las caras y el vicario a cuestas para que realice la ceremonia, que al final va a ser algo muy íntimo, con nuestros amigos y familiares, sus parejas y sus hijos y nadie más.

La boda se celebra en el jardín trasero. Es preciosa, está llena de amor y lo pasamos genial. Margaret llena de flores la alfombra roja que hemos extendido sobre la hierba en brazos de su abuela, que la adora hasta decir basta y le llena de besos las regordetas mejillas entre las risas de la pequeña.

Es un momento tan perfecto que se queda grabado a fuego en nuestros corazones, haciendo que los momentos más desagradables vayan desvaneciéndose cuando los bonitos los sustituyen.

Cuando miro hacia atrás unos años después, embarazada de nuestro tercer hijo, pienso que, a pesar de los obstáculos, estoy contenta de haber caminado por el sendero que me ha llevado hasta Jared Faust, mi alfa.

Y de ser su omega y el amor de su vida hasta el fin de nuestros días.

FIN

SOBRE LA AUTORA

T. N. Hawke ha escrito más de una treintena de libros.

Desde romances apasionados con vampiros gruñones ambientados en un mundo distópico, hasta dulces historias de Almas Gemelas Cambiantes que transcurren en un valle idílico, en su **página de autor en Amazon** encontrarás novelas de amor de todos los géneros imaginables.

Puedes acceder a todos sus libros y sagas disponibles en Amazon [HACIENDO CLIC AQUÍ](#).

También puedes encontrarla en **Wattpad**, donde escribe como TNHawke y tiene varias novelas gratuitas publicadas, así como en **Sueñovela** y [Goodreads](#) como T. N. Hawke.

Además, en su **Instagram** encontrarás posts sobre en qué proyecto está trabajando en ese momento, juegos, preguntas de los lectores, sorteos y mucho más: [@tnhawke](#)

Mil gracias por leerme.